GREGORIO BONMATI "RODRIGUEZ"

FUNDARTE

Don Pedro Grases afirmaba alguna vez que uno de los senderos de estudio factibles de arrojar luz sobre la obra de Simón Rodríguez podría ser aquél que indagara en el universo sicológico de nuestro autor. Y no otra parece ser la tentativa de Gregorio Bonmatí. Exponiendo a fondo todas las posibilidades actuales del montaje teatral, Bonmatí nos ha entregado una pieza compleja, ambiciosa, diríase por momentos enciclopédica, cuya permanente y única línea de fuerza parece residir en la dimensión del gran personaje. Todo lo que de oscuro hay en Simón Rodríguez, todo lo que apunta a una biografía sombría, parece hallar aquí su reverso, parece hallar el preciso caldo de cultivo donde la ficción se hincha hasta desplazar con maestría a la historia. Con **Rodríguez** Bonmatí no sólo nos entrega una de las piezas teatrales más trascendentes de los últimos tiempos sino que también reivindica para nuestra imaginación a uno de los venezolanos más universales y, paradójicamente, desconocidos de nuestro siglo XIX.

CBC 6333
4f/1f/2
95,00 Bs

CUADERNOS DE DIFUSION

862.64
B718
e.2

GREGORIO BONMATI

RODRIGUEZ

Pieza en cuatro actos

https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15366/1/Rodriguez_pieza_en_cuatro_actos.pdf

FUNDARTE

RODRIGUEZ
Gregorio Bonmatí
Colección "Cuadernos de Difusión" No. 117
Diseño: Gisela Romero
Corrección: José Ramón Cova España
Impresión: Anauco Ediciones, C. A.
ISBN 980-253-035-2
Fondo Editorial Fundarte

FUNDARTE
Dirección de Publicaciones
Edif. Tajamar (Pent-House)
Parque Central, Av. Lecuna
Caracas, Venezuela
Apartado Postal 17.559
Caracas 1015-A

NOTA PRELIMINAR

Que una pieza de teatro no es necesariamente una obra literaria, me parece ocioso argumentarlo a estas alturas. Pero también lo es que una obra dramática puede constituir, a su vez, y sin detrimento alguno del teatro, una pieza literaria. Lo que, en cualquier caso, tiene relevancia es que el dramaturgo no pierda el sentido, ni por un momento, de que su invención está destinada a desarrollarse en un escenario, dentro de las exigencias, complejas o sencillas, de un *montaje*. Por esto conviene que adopte la disciplina de fundarse en una concepción escénica, lo que, de alguna manera, le implica *ver* el escenario durante el proceso mismo de la escritura. A partir de ahí, todo lo que suceda debe aparecer, en suma, con el *aspecto* de una *forma* teatral; es decir, a través de un *lenguaje* específico, que justifica el hecho de que escriba *teatro* y no otra cosa.

Ello me ha impulsado a no reducir la edición escrita de RODRIGUEZ a una mera publicación de los parlamentos. Junto a estos se encuentran incardinados los detalles de un *montaje*, asumidos como parte de la escritura teatral, que se fundamenta en los requerimientos de una estructura dramática *simultaneísta*, inherente a la pieza. Por lo tanto, la presencia de situaciones simultáneas no tiene, en este caso, un sentido de simple yuxtaposición. Engendra, más bien, una realidad dramática distinta; esto es, no sólo entre los elementos de cada escena, sino también en la peculiar inter-relación de las escenas entre sí.

Por otro lado, el carácter no subsidiario del *guión del montaje* posibilita en el lector la experiencia de

capturar la dimensión propiamente teatral de lo que está leyendo, y de comprobar que no es preciso salir de la concepción de un escenario para poder *volar* imaginativa y emotivamente con los temas dramáticos propuestos.

Desde luego, el *montaje* planteado —que siempre es, por necesidad, concreto— constituye la opción que considero preferible, dentro de unas condiciones técnicas sin duda complicadas, pero factibles de realizar hoy en día. Existen salas, incluso, que incorporan entre sus posibilidades las mutaciones de escenario que se señalan en el texto. Pero, por supuesto, no se trata, dogmáticamente, del único *montaje* válido. Otros mecanismos y recursos pueden resultar idóneos para lograr el significado sustancial de los efectos escénicos.

Eludo explicaciones de fondo acerca de la pieza. El lector la tiene en sus manos. Sólo quiero expresar que, durante los dos años y medio de gestación, la obra ha supuesto para mí una de mis emociones principales y que, en alguna forma, este inagotable personaje de la historia americana, Simón Rodríguez, tiene la virtud de romper los tiempos y de sugerir vivencias y problemas que traspasan ampliamente el marco de su personal anécdota. Lo mismo ocurre —y hay relación en esto— con la época que le tocó vivir. Quizás, una de las etapas de más brillante dialéctica en lo ideológico, social y político del acontecer humano.

En otro orden de cosas, me parece suficientemente comprobado que el objetivo de un dramaturgo, o de un novelista, no es escribir historia. Sin embargo, creo que resulta prescindible, si el motivo es histórico, la traición a los datos conocidos hasta el momento y a las presunciones que puedan construirse a partir de ellos. La información más exhaustiva posible, proporcionada por las fuentes bibliográficas, lejos de asfixiar la labor dramatúrgica, puede potenciarla, al servir de base sobre la que dar el salto creativo. De otra suerte, la alternativa preferible sería fabular sobre asuntos que no tuvieran el requisito de la historia. A no ser

que el autor pretendiera camuflar su intrascendencia con el recurso del tema histórico.

Deseo, finalmente, valorar el estímulo que me han proporcionado historiadores como Alfonso Rumazo González, Manuel Pérez Vila, Guillermo Morón, Blas Bruni Celli y Alberto Filippi. También el de poetas, dramaturgos y hombres de teatro como Julio E. Miranda, Jorge Goldenberg y Omar Gonzalo. Y, muy especialmente, quiero agradecer la orientación profesional y el aliento humano de José Luis Salcedo-Bastardo y Paul Verna, con quienes he compartido, en otro campo, más de cinco años de labores, y que propiciaron —tal vez, sin saberlo— una atmósfera de interés por los fenómenos históricos, la cual, en buena medida, me sugirió emprender la realización de esta obra.

G. B.

Caracas, Marzo de 1985.

PERSONAJES *

Simón Rodríguez (Niño, Joven, Adulto, Viejo).
Cayetano Carreño (Niño, Joven).
Presbítero Carreño.
María de los Santos Ronco.
Maestro Pelgrón.
Sacristán.
Párroco.
Mendigo (Venezolano, Francés, Chileno).
Simón Bolívar (Niño, Joven, Adulto).
Esclavo Damián.
Carlos Palacios.
Pablo de Clemente.
Escribano.
Marqués del Toro.
Fiscal Saravia.
Ayudante.
Mulato.

---

* Se evita toda caracterización previa, por su efecto simplificador. En la lectura del texto se encontrarán datos, o presunciones, para ello. En el caso de las figuras históricas que aparecen en la pieza, puede recurrirse, la mayoría de las veces, a retratos existentes, para lograr su tipificación física. Algunos de los personajes han sido comprendidos en los conceptos generales que cierran la lista, sin que ello implique depresión de su importancia escénica. Para el *montaje* será preciso pormenorizarlos, siempre sobre la base del texto. Muchos de los personajes señalados podrían ser interpretados por un mismo actor, si es posible modificar su caracterización. Por el contrario, también sucede que un mismo personaje requiera ser encarnado, en sus distintas edades, por actores diversos.

Comerciante.
Capitán.
Andrés Bello (Adolescente, Adulto, Viejo).
Alguacil.
Prensista.
Fray Servando Teresa de Mier.
Parroquiano.
Helie de Cambrai.
Científico.
Fanny du Villars.
Fernando Toro.
Carlos Montúfar.
Therése Laisney.

Régis Dervieux du Villars, Mariano Tristán, Madame Récamier, Madame De Staël, General Oudinot, Vizconde Lainé, Talma, Lagarde (personajes en la casa de Fanny).

Alexander von Humboldt.
Juan Bautista Picornell.
Jugador.
Presidente del Congreso.
Claire.
Carlos Bello.
Jefe de Aduana.
Francisco de Paula Santander.
Emisario.
Daniel Florencio O'Leary.
Antonio José de Sucre.
Manuela Gómez.
Mujer indígena.
Coronel.
José Rodríguez (Niño, Joven).
Manuela Sáenz.
Camilo Gómez.
Pescador.
Don Santiago Sánchez.
Aldeana.
Alumnos.
Sacerdotes.
Monaguillos.

Funcionarios.
Cabildantes.
Esclavos.
Policías.
Soldados.
Aduaneros.
Parroquianos.
Prostitutas.
Copleros.
Músicos.
Campesinos.
Pescadores.
Ciudadanos.

ACTO I

A unos quince metros del proscenio[1], *cuelgan longitudinalmente, de un lado a otro del escenario, veinte cuerdas de estimable grosor. Entre ellas, la separación suficiente para no entorpecer el paso hacia atrás de los personajes en algunos momentos de la obra, ni la visibilidad en esos casos. Como fondo, a unos dos metros de las cuerdas, un ciclorama*[2] *gris.*

Caracas, 1783.

Silencio absoluto. Escenario a oscuras, excepto un cenital[3] *intenso y concentrado en la parte anterior, al centro. Nadie bajo el cenital. Hacia él se dirige, hasta penetrar en el círculo luminoso, un niño de doce años. Dignamente vestido*[4]*, con sencillez, algo descuidado en su manera de llevar la indumentaria.*

SIMON RODRIGUEZ: (*Al público*). Simón Narciso Carreño Rodríguez. (*Después de recapacitar*). Simón Rodríguez. Expósito.

---

1 Parte anterior del escenario.

2 Gran panel de lienzo tensado, que generalmente presenta una cierta concavidad, y que cierra la totalidad del escenario en su parte posterior.

3 Foco que proyecta la luz perpendicularmente.

4 Conviene lograr en el vestuario una gran fidelidad a la época. También en lo relativo a los elementos de utilería. Todo ello en contraste con la actualidad del diseño y de los mecanismos escenográficos.

Inmediatamente emerge por el piso del escenario[5]*, al centro, un sacerdote que oficia la misa ante un altar. A la derecha, de rodillas, un monaguillo de nueve años, con una campanita en el suelo, junto a él. A la izquierda, ropa de monaguillo doblada sobre el piso.*

También se vislumbra ahora, en penumbras, a la izquierda y en la parte anterior, una mesa no muy grande y dos sillas. Sobre la mesa, papeles y objetos de escritorio. Constituye un ambiente diferenciado. Murmullo de los rezos del sacerdote, de espaldas al público, que sólo a veces se hacen inteligibles. Simón Rodríguez se voltea y se dirige hacia el altar. Al ver la campanilla junto a su hermano Cayetano, va hasta él y se la arrebata, para llevarla hacia el lado izquierdo. Cayetano tiene una contenida reacción de furia. Simón, con toda diligencia y naturalidad, se pone la indumentaria de monaguillo y se arrodilla en su lugar.

SACERDOTE: *(Después de voltearse hacia el público).* Dominus vobiscum.

MONAGUILLOS: *(Con rutinaria negligencia).* Et cum spiritu tuo.

El sacerdote gira hacia el altar y reza en forma poco perceptible. La parte izquierda del escenario, donde se encuentran la mesa y las sillas, se ilumina paulatinamente, mientras entra el Presbítero Carreño. De sotana, unos cuarenta años, cierta calvicie. Revisa la mesa. Toma unas hojas. Después, un extraño artefacto de madera, de tosca factura. Parece una palanca de juguete. El Presbítero queda de espaldas a la escena de la misa.

---

5 El mecanismo se utiliza repetidas veces en la obra. Se trata de franjas longitudinales del escenario, de dos o tres metros de ancho, que pueden descender o ascender, por debajo o por encima, respectivamente, del nivel del piso, ya sea cada una por separado o todas ellas —no más de cuatro— en conjunto.

PRESBITERO CARREÑO: Simón, ¿hiciste los deberes?

S. RODRIGUEZ: *(Mirándole sin dejar su posición).* Sí, tío.

P. CARREÑO: (*Volteándose ahora con el artefacto en la mano*). ¿Y ésto qué es?

Rodríguez abandona su puesto y se dirige hacia el Presbítero, sin ni siquiera despojarse de su indumentaria. En el área de la misa, nada de esto ha sido registrado. Las situaciones son independientes, aun cuando se conecten por el juego de los personajes.

S. RODRIGUEZ: Una palanca de primer grado.

P. CARREÑO: ¿La hiciste tú?

S. RODRIGUEZ: Yo la hice.

P. CARREÑO: Está bien que te ejercites en los asuntos de la ciencia. Pero, ¿no te parece demasiado pronto? Más te vale atender las disciplinas religiosas. No te muestras muy aplicado en eso. El saber humano no excluye a la Providencia, se apoya en ella. No lo olvides.

S. RODRIGUEZ: ¿Usted cree, tío?

P. CARREÑO: *(Al registrar insolencia en las palabras del niño).* ¡No me vengas con necedades! Sé muy bien que desestimas ese tipo de cuestiones.

S. RODRIGUEZ: ¿Yo, tío?

P. CARREÑO: Tú, ciertamente. ¡Y no voy a tolerarlo! (*Al sacerdote se le escucha decir*: . . . tuis dedita, et hostium sublata formidine. . . *Y se hace ininteligible de nuevo).* Nada más aborrecible que un imberbe pretencioso. Recuerda las palabras sagradas. (*Sentencioso).* Omnia per Deum facta sunt. Et sine ipso factum est nihil, quod factum est. ¿Entendiste?

S. RODRIGUEZ: (*Enfrentándolo*). Háble me en cristiano, tío.

P. CARREÑO: ¿Hay una lengua más cristiana que el latín?

S. RODRIGUEZ: Y será, entonces, que yo no soy cristiano.

P. CARREÑO: *(Con más desconcierto que indignación).* ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿O quieres terminar con mi paciencia?

S. RODRIGUEZ: No, tío.

P. CARREÑO: Retráctate inmediatamente de lo que has dicho. ¿Y en qué te fundamentas tú, pobre desgraciado?

S. RODRIGUEZ: (*Mirando el artefacto en las manos del Presbítero*). Y en una palanca.

P. CARREÑO: ¡ No hay palanca que sea movida sin la mano de Dios! Escúchalo bien. Y modera tu petulancia de una vez por todas. Aprende de tu hermano. Menor que tú y con mayor juicio. *(Pausa).* ¿Por qué peleabas con él hace un momento?

S. RODRIGUEZ: ¿Peleábamos?

P. CARREÑO: ¡Sin lugar a dudas!
El sacerdote se voltea hacia el público y dice: Dominus vobiscum. *Contesta Cayetano*: Et cum spiritu tuo. *El sacerdote*: Ite: Missa est. *Y el monaguillo*: Deo gratias. *El sacerdote, de nuevo hacia el altar, reza en un pausado murmullo. Cayetano comienza a interesarse por lo que ocurre en la escena contigua.*

S. RODRIGUEZ: Bueno, por la pluma.

P. CARREÑO: ¿Qué pasa con la pluma?

S. RODRIGUEZ: Yo estaba escribiendo y él me la pidió. Entonces yo le dije que esperara. Y él comenzó a gritar...
Cayetano abandona apresuradamente su posición y se dirige hacia donde está su hermano. El sacerdote, imperturbable en la misa.

CAYETANO: ¡Mentira! Yo tenía la pluma y él me la quitó. Siempre lo hace.

S. RODRIGUEZ: ¡Eso no es verdad!

P. CARREÑO: ¡Vamos! ¿Qué es esto?... ¿Quién tenía la pluma?

SIMON Y CAYETANO: ¡Yo!

P. CARREÑO: ¡Salomón me asista! ¿Tendré que partir la pluma en dos?

CAYETANO: ¡El miente!

S. RODRIGUEZ: *(Amenazante, a Cayetano).* ¡Tú mientes!

CAYETANO: (*Refugiándose en la sotana del Presbítero).* ¡Tío!

P. CARREÑO: ¡Basta! ¡Caín y Abel bajo mi propio techo!

S. RODRIGUEZ: ¿Y quién es quién?

P. CARREÑO: No es momento para precisiones de ese tipo. ¡Y cállate la boca! (*Intentando apaciguar la situación).* Nada más detestable que una pelea entre hermanos. Armonía, y no discordia, debe existir entre ustedes. (*Apelando a la metáfora para no ser plenamente comprendido*). Sobre todo cuando se viene de fuentes tan oscuras.
Simón y Cayetano, al escuchar esto último, quedan en suspenso por un breve instante. Luego, reaccionan con renovada violencia.

CAYETANO: ¡Pero él me la quitó!

S. RODRIGUEZ: ¡Tú querías quitármela!
En este preciso instante el sacerdote se voltea para dar la bendición: Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus. *De inmediato, Simón y Cayetano, al darse cuenta de que se acercan los momentos finales de la misa, se apresuran a ocupar su puesto. En la carrera han contestado*: Amén. *El sacerdote va hacia la izquierda del altar y se dispone a iniciar el último Evangelio. El Presbítero Carreño coloca, mientras tanto, con autoritario e impotente desagrado el artefacto de madera sobre la mesa. Después toma la pluma y queda pensativo hasta la conclusión de la misa.*

SACERDOTE: Dominus vobiscum.

CAYETANO: (*Simón todavía no está plenamente instalado).* Et cum spiritu tuo.

SACERDOTE: Initium Sancti Evangelii secundum Joannem.

MONAGUILLOS: Gloria tibi, Domine.

SACERDOTE: (*Concluyendo después de haber leído con rapidez. Con una genuflexión antes de escucharse sus palabras)* . . . gloriam quasi Unigeniti a Patre, plenum gratiae et veritatis.

MONAGUILLOS: Deo gratias.

Simón agita con placer la campanilla, anunciando el final de la misa. El sacerdote recoge los elementos litúrgicos y sale por la derecha, al tiempo que los monaguillos se despojan de su indumentaria y la dejan en las esquinas opuestas del altar. Luego, se dirigen hacia el Presbítero, mientras se diluye la iluminación en la zona central y el altar se hunde por el piso del escenario.

P. CARREÑO: *(Dejando la pluma en el tintero)* Desde mañana habrá dos plumas en esta casa. Y dos tinteros. (*Comienza a salir, pero, de improviso, se detiene y se voltea*). Aunque, pensándolo bien, con un tintero es suficiente.

Sale.

S. RODRIGUEZ: (*Mirando a Cayetano*). Tendremos que soportarnos. Supongo. (*Cayetano hace un gesto de irremediable asentimiento*). (*Ofreciendo la pluma a su hermano*). Toma. (*Cayetano se sienta, aproxima un modelo impreso y comienza a copiar en una hoja con esmerada caligrafía*). ¿Por qué mentiste?

CAYETANO: Te aprovechas. Como eres el mayor.

S. RODRIGUEZ: Bueno, los dos hacemos lo que podemos. Yo me aprovecho y tú gritas.

CAYETANO: Además, con la campanilla sí es cierto. Siempre te quedas con ella.

S. RODRIGUEZ: (*Con un contrastante tono de madurez, que puede resultar cómico*). A veces uno hace cosas extrañas. . . La gente no es tan simple.

CAYETANO: Me molesta.

S. RODRIGUEZ: No será para siempre.

Pausa.

CAYETANO: (*Interrumpiendo su caligrafía*). ¿Por qué dijo eso de las *fuentes?*

S. RODRIGUEZ: ¿Quién?

CAYETANO: El tío.

S. RODRIGUEZ: Creo que se refería a lo de nuestros padres.
CAYETANO: ¿Y por qué lo dijo así?
S. RODRIGUEZ: Debe pensar que no lo sabemos.
CAYETANO: Pero, ¿de verdad, es cierto?
S. RODRIGUEZ: Claro. ¿No te lo dije? Todo el mundo lo sabe. Yo me enteré en la calle.
CAYETANO: Me da rabia. ¿Y a ti?
S. RODRIGUEZ: No sé. No me gusta que me lo digan. (*Pausa*). Pero creo que me gusta mamá.
CAYETANO: ¿Y estás seguro de que es ella?[6]
S. RODRIGUEZ: Seguro.
CAYETANO: ¿Y papá es ese señor?
S. RODRIGUEZ: Parece.
CAYETANO: Yo prefiero a papá.
S. RODRIGUEZ: Porque murió. No lo puedes conocer bien.
CAYETANO: Dicen que es normal que los hombres hagan esas cosas.
S. RODRIGUEZ: ¿Qué cosas?
CAYETANO: Bueno, esas.
S. RODRIGUEZ: ¿Quién te lo dijo?
CAYETANO: El herrero.
S. RODRIGUEZ: A lo mejor él también lo hizo. Pero yo veo que luego sufren las mujeres. De todas formas, da igual. Si son nuestros padres, es como si no los tuviéramos. ¿Por qué le dan tanta importancia? ¡Qué tontos son los mayores! ¿verdad?
Cayetano vuelve a caligrafiar. Simón se sitúa a sus espaldas y mira distraídamente la escritura.
CAYETANO: (*Sin dejar de escribir*). A mí me gustaría ser como el tío.

---

6 Por informaciones recabadas, en su momento, en las familias caraqueñas, se supone que los padres de los dos hermanos expósitos fueron Cayetano Carreño, hermano del Presbítero, y Rosalía Rodríguez. La condición de *expósito* presentaba, en la época colonial, dificultades de aceptación social; entre otras cosas, por las dudas que podía plantear, relativas al prejuicio de la *limpieza de sangre.*

S. RODRIGUEZ: (*Con extrañeza*). ¿Cura?
CAYETANO: (*Después de asentir con un ademán*). También, músico.
S. RODRIGUEZ: (*Tras meditarlo rápidamente*). Mejor, músico.
CAYETANO: ¿Tú crees? (*Interrumpiendo de nuevo la caligrafía*). Tal vez. (*Vuelve a la caligrafía*). ¿Y tú?
S. RODRIGUEZ: No sé. (*Con gesto que indica inmensidad*). Algo así... No sé. (*Observando con más detenimiento la escritura de su hermano*). ¿Por qué haces las letras tan difíciles?
CAYETANO: Bonitas, ¿no?
S. RODRIGUEZ: Pero no se entienden. Mejor hacerlas más sencillas.
CAYETANO: (*Con cierto desencanto*). ¿No te gustan?
S. RODRIGUEZ: Si no se entienden, ¿para qué sirven? (*Guiando la mano de Cayetano*). Mira, así. (*De súbito, Simón se interrumpe*). (*Con irritación*). ¡Pero no es justo, ¿oíste?, no es justo!
CAYETANO: ¿El qué?
S. RODRIGUEZ: Que nos miren así. ¿Nosotros tenemos la culpa? Si pasó, pasó. Y, además, ¿por qué es malo? ¿Porque ellos lo dicen? (*Con resolución*). ¡Yo tampoco me voy a casar!
CAYETANO: (*Absolutamente sorprendido*). ¿No te vas a casar? Entonces no tendrás hijos.
S. RODRIGUEZ: Yo no he dicho eso. ¡Pero no me voy a casar!
CAYETANO: Simón, cállate. Me da miedo.

SIMULTANEAMENTE, Caracas, 1793.

Al tiempo que continúa la escena de la izquierda, aparece por el piso del escenario —iluminación gradual— la sólida estructura del interior de una sacristía. En su pared del fondo, hay una gran entrada en arco. Junto a un armario, el cura párroco, atendido por dos monaguillos, se despoja de las vestiduras litúrgicas de la misa. Sentado en una butaca, un joven sacerdote prepara el libro de registros matrimoniales. Tiene ante él una mesa grande. Cuando

el artilugio escenográfico se ha estabilizado a nivel del piso, entran Simón Rodríguez —joven, muy formalmente vestido— y María de los Santos Ronco, de su brazo y en traje de boda muy sencillo. Los siguen los testigos, una mujer y un hombre de edad ligeramente mayor a la de los contrayentes; familiares y amigos; entre ellos, la madre de María de los Santos y el Maestro Pelgrón —de unos cincuenta años, canoso, con barba y bigote—. Finalmente, un cojo, de indudable ascendencia indígena, con aspecto de mendigo y una gruesa vara como sostén. Todos se van aglomerando alrededor de la mesa, excepto el mendigo, que permanece distante.

En la escena de la izquierda.

S. RODRIGUEZ-NIÑO: No seas tonto. ¿Por qué vas a tener miedo?

CAYETANO: ¡Dices unas cosas! Si te oyera el tío.

S. RODRIGUEZ-NIÑO: ¿Qué importa si me oye?

CAYETANO: ¿Y si te castiga?

S. RODRIGUEZ-NIÑO: No será la primera vez.

CAYETANO: No te entiendo. Mi palabra de honor que no te entiendo. ¡Simón, es un pecado horrible! No lo vuelvas a decir.

En la escena de la derecha entra presuroso el sacristán y se dirige a Rodríguez-joven.

SACRISTAN: Maestro Rodríguez, su hermano viene enseguida. No encuentra la partitura para el final.

Rodríguez-joven hace un gesto de acuerdo.

En la escena de la izquierda.

S. RODRIGUEZ-NIÑO: No sé si es pecado, pero así lo siento. (*Aumentando la voz cada vez, ante el estupor de su hermano*). No me voy a casar. No me voy a casar. ¡No me voy a casar!

Al escucharse estas palabras, Rodríguez-joven se separa del grupo y va hacia el área de la izquierda, sin penetrar en ella. Mira a Rodríguez-niño con firmeza, tal vez con cierta irritación. Rodríguez-niño, de espaldas a la escena de la sacristía, se voltea de súbito, como presintiendo la mirada, y fija la suya en Rodríguez-joven. Cierta perplejidad.

S. RODRIGUEZ-JOVEN: (*A Rodríguez-niño*). La gente no es tan simple.

Rodríguez-niño da la espalda a Rodríguez-joven, toma a Cayetano de la mano y salen. La luz desaparece a la izquierda del escenario.

María de los Santos se acerca a su esposo.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Qué decías, Simón?

S. RODRIGUEZ: ¿Decía algo?

JOVEN SACERDOTE: *(A los contrayentes).* Cuando quieran. (*Simón y María de los Santos se aproximan a la mesa. El párroco ha terminado de quitarse las vestimentas. El sacerdote se pone de pie y lee en el libro de registros). (Con rápida solemnidad).* "En la ciudad Mariana de Caracas, a veinticinco días del mes de junio de mil setecientos noventa y tres, yo el infraescrito, Cura Teniente de esta Parroquia de Nuestra Señora de Altagracia, habiendo precedido todo lo prescrito por el Ritual Romano, pragmática sanción y licencia del señor Gobernador, don Pedro Carbonell, *(entra Cayetano —un joven bien puesto— y se incorpora procurando no importunar*) presencié el matrimonio que por palabra del presente contrajeron *in facie Ecclesiae* don Simón Rodríguez, expósito de esta feligresía, y doña María de los Santos Ronco, hija legítima de don Juan Ronco y de doña María Ignacia Pulido, de la misma feligresía. *(Haciéndose cada vez más ininteligible).* Fueron testigos don Antonio Aleado y doña Juana Nuevo y para que conste lo firmo. José Nicolás Fajardo". *(Sitúa el libro en la mesa, ofrece una pluma a los contrayentes y éstos firman).* Los testigos. *(Los testigos firman a su vez; finalmente lo hace el joven sacerdote, estampa un sello y cierra el libro). (A los contrayentes).* Que Dios los guarde. *Se producen felicitaciones. Cayetano va hacia su hermano, que está ahora con el Párroco y el Maestro Pelgrón.*

CAYETANO: ¿Te gustó?

S. RODRIGUEZ: Gracias, hermano. A decir verdad escuché la música con descuido. Todo esto me tiene todavía inquieto.

MAESTRO PELGRON: Aterrado, diría yo. (*Dando una palmada en la espalda de Cayetano*). Buena cepa musical la de los Carreño. Yo sí escuché con atención. Agil el contrapunto. Excelente pulso.

CAYETANO: ¿Usted cree, don Guillermo?

S. RODRIGUEZ: Pulso es justo lo que me falta en este momento.

PARROCO: (*Dando un fuerte manotazo en el brazo a Rodríguez*). Pues según me parece, hijo, vas a necesitarlo, porque es mujer muy firme.

MARIA DE LOS SANTOS: *(Que se ha acercado al grupo*). Muy hermoso el sermón, padre.

PARROCO: Hermoso, no lo aseguraría, pero certero, muy posiblemente. No echarlo en saco roto.

MARIA DE LOS SANTOS: Nos acompaña a la casa, ¿verdad, padre?

PARROCO: Nunca desprecio un buen vino.

De improviso, el cojo se sitúa frente a Rodríguez en actitud pedigüeña, no exenta de socarronería.

MENDIGO: Que las preciosísimas llagas de San Francisco den a mi señor don Simón fortaleza en el día y buen tino en las noches. ¿No habrá hoy alguna gracia especial para este pobre cojo?

El sacristán se abalanza sobre él y procura arrastrarlo de la jironeada camisa.

SACRISTAN: En la calle te voy a dar yo la gracia que mereces, ¡ladrón!

MENDIGO: (*Esgrimiendo violentamente la vara para zafarse*). ¡Quíteme las manos de encima, su merced hijo de puta!

PARROCO: ¡Cuida las palabras y muéstrate temeroso de Dios!

MENDIGO: Que cuide él las suyas. Ladrón es el que roba, no el que pide misericordia con piadosas advocaciones, dicho sea por lo del temor de Dios.

SACRISTAN: Excepto cuando echas mano al dinero de los cepillos.

MENDIGO: No son mis manos precisamente las que yo veo en ellos.

S. RODRIGUEZ: ¡Calma los dos! No quiero disputas en mi boda. *(Al mendigo).* Y tú, pasa luego por la casa. No habrá dinero, pero al menos hoy comerás completo.

MENDIGO: Dios nuestro Señor y la purísima Señora del Carmen guarden por muchos años a su merced. (*Haciendo una grotesca reverencia a María de los Santos*). Sin olvidar a la señora.
Sale.

S. RODRIGUEZ: (*A todos los presentes*). Entonces, todo dispuesto. Terminemos la ceremonia.

CAYETANO: Denme ocasión, al menos, para ocupar mi puesto.
Cayetano sale apresuradamente. Después, lo van haciendo los demás.

M. PELGRON: (*Buscando un aparte con Rodríguez*). Simón. (*Rodríguez se aproxima y María de los Santos detiene su marcha*). Es preciso que hablemos un momento. No voy a poder acompañarte a la casa.

S. RODRIGUEZ: *(A María de los Santos).* Ve con ellos, María.
María de los Santos sale.

M. PELGRON: ¿Te pagó el Cabildo?

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo, si no, podría haber celebrado la boda? Por dos veces tuve que posponerla.

M. PELGRON: No sentó bien que te adelantaras a su decisión. Consideran que hubo presión de tu parte.

S. RODRIGUEZ: ¿Y ha tenido en cuenta el Cabildo la presión que yo he soportado? ¿Y la que sufren diariamente los muchachos? La escuela es una po cilga, maestro, usted lo sabe muy bien. Y, que yo sepa, nuestro cometido no es educar cerdos. No me extraña que prefieran las enseñanzas de cualquier barbero. Al menos ahí tienen una silla digna donde sentarse.

M. PELGRON: ¡Pero amueblar la escuela por tu cuenta y riesgo! ¡Es una locura, Simón! Tú no tienes medios para eso. Lo vieron como un insulto. Poco faltó para que te negaran el pago.

S. RODRIGUEZ: ¿Y cuántos meses de trámites tuve que esperar? Dos años, don Guillermo, a usted le consta. De primeras miserias y no de primeras letras deberían llamar la escuela.

M. PELGRON: También consideraron muy delicado que admitieras expósitos entre tus alumnos.

S. RODRIGUEZ: No tanto, supongo, como dar la Dirección de la escuela a un expósito. ¿O es que olvidaron ese detalle? Si somos escoria, todos debemos serlo.

M. PELGRON: ¡Simón, no entiendes! Tu situación es muy particular. Yo sé hasta qué punto pusieron reparos para darte el cargo.

S. RODRIGUEZ: Y yo sé hasta qué punto usted intervino para que me lo dieran. Nunca terminaré de agradecérselo, maestro. Pero que no me pasen la cuenta.

M. PELGRON: No se trata de eso, Simón. La sociedad funciona sobre costumbres.

S. RODRIGUEZ: Malas costumbres.

M. PELGRON: Malas o buenas en ellas se fundamenta el orden. Y el orden *es*, Simón. No se califica. *Es*.

S. RODRIGUEZ: Y la naturaleza *es*, don Guillermo. Tampoco se califica. Y no me parece que la naturaleza haga razas de expósitos, de esclavos, de pobres y de ignorantes. La sociedad las hace, maestro, la estupidez de costumbres impropias para asumir realidades que ya no podemos ocultar.

Pausa.

M. PELGRON: ¿Es cierto que preparas un informe para el Cabildo?

S. RODRIGUEZ: Algo más que un informe. Quiero presentar un nuevo proyecto.

M. PELGRON: Mide, entonces, los conceptos. Yo estoy viejo, Simón, y no sé hasta cuándo podrás seguir contando con mi apoyo.

S. RODRIGUEZ: Hay momentos, maestro, en que la prudencia debe someterse a la verdad. Y la verdad es que América tiene una presencia propia, distinta, original. Y la educación debe tenerlo en cuenta.

M. PELGRON: ¿De qué estás hablando? No te dejes engañar por la distancia de un océano. (*Con cierta alteración*). ¡Estamos en España, Simón! Esto es España.

S. RODRIGUEZ: (*Intentando apaciguarlo*). Lo sé, don Guillermo.

M. PELGRON: (*Después de pensarlo*). Aunque debo confesar que no resulta del todo detestable.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué maestro?

M. PELGRON: Comenzar a hablar de América.

Rodríguez mira con sorprendido entendimiento al maestro Pelgrón, quien también lo mira.

Entra muy apurado uno de los monaguillos.

MONAGUILLO: ¡Don Simón, lo esperan!

S. RODRIGUEZ: ¿Quién? (*De inmediato*). Perdón. Estaba distraído.

El Maestro Pelgrón suelta una carcajada, que acompaña la salida de los tres personajes. Breves instantes de soledad y silencio. De súbito, irrumpen con toda intensidad las notas jubilosas y solemnes de un himno sacro, interpretadas al órgano, al tiempo que la sacristía comienza a desaparecer y la iluminación se va esfumando con gran lentitud.

Mientras tanto, ha descendido, en la parte izquierda, al frente, un bastidor de considerable tamaño, que oculta la mesa y las sillas de la casa del Presbítero[7] *y queda como pared de fondo de un nuevo ambiente escénico. También se ha producido el ascenso del ante-proscenio*[8]*, que se integra al bastidor, con dos sillones, una mesa y una silla; contrastan por su lujoso aspecto con los elementos aparecidos hasta ahora.*

---

7 Estas serán retiradas luego, sin que ningún tramoyista sea visto por el público, tanto en este caso como en los sucesivos cambios de escena que se producen a lo largo de la obra. Por supuesto, si no se indica lo contrario, la parte del escenario que haya descendido, ascenderá después, desembarazada de la escenografía, para integrarse al piso.

8 Zona situada por delante del propio proscenio y que, en algunos teatros, suele ocupar el foso de la orquesta.

Cuando la sacristía deja prácticamente de percibirse, junto con la música, y sin que la luz haya disminuido todavía hasta el oscuro total, comienza a iluminarse la parte de la izquierda hacia un nivel de fuerte resplandor diurno.

Entra Simón Bolívar. Tiene diez años. Lleva una camisa bordada. En sus manos, una caja que voltea sobre el piso, dejando que se desparrame una considerable cantidad de soldaditos de plomo. También caen al suelo unos tacos de madera. Enseguida, con incesante capacidad de movimiento, coloca una parte de los soldados en un sillón —en el centro resalta en particular una de las figuras— y la otra sobre el sillón opuesto. Después toma los tacos de madera, se sitúa junto al primer sillón e inicia el juego.

SIMON BOLIVAR: (*Con gran euforia, que produce un tono agudo en su voz*). ¡El ejército invencible del Rey de España lucha heroicamente contra las tropas del enemigo! (*Simulando la unitaria voz del bando español*). ¡Contra ellos, sin tregua! (*Tira un taco de madera hacia el otro sillón. De inmediato, salta hasta esa posición y simula la voz del adversario*). ¡Cuidado, el poderoso ejército español! (*Pasa al sillón opuesto*). ¡Mueran los franceses!

En este momento entra Simón Rodríguez. Su indumentaria es ahora muy sencilla. Sujeta un cartapacio.

S. RODRIGUEZ: ¿Me quieres decir, Simón, qué irremediable falta han cometido los franceses para merecer la muerte?

Bolívar interrumpe el juego.

S. BOLIVAR: Buenas tardes, maestro. (*Explicando*). Aquí nuestras tropas. (*Señalando la figura en el centro del sillón*). Con el Rey, Y estos son los franceses. Y están en plena batalla...

S. RODRIGUEZ: ¿Y quién lucha por los franceses?

S. BOLIVAR: Yo, cuando cambio de lugar.

S. RODRIGUEZ: Me parece interesada la contienda. Vamos a dar realismo al asunto. ¡Tomo el bando de los franceses! (*Deja el cartapacio en la mesa y se dispone a jugar*). Dame municiones. (*Bolívar le surte con algunos tacos de madera. Rodríguez se*

sitúa junto al sillón que le corresponde). (Tirando un proyectil cada vez que grita). ¡Y ataca el ejército de los franceses!... ¡libres!... ¡iguales!... ¡con arrojo indescriptible!...

S. BOLIVAR: ¡Nada ni nadie podrá derrotar al Rey de España!

Tira unos tacos que el nerviosismo hace no muy eficaces.

S. RODRIGUEZ: ¡No me parece efectiva la estrategia! *Causa estragos en las piezas contrarias, ante la perplejidad de su discípulo.*

S. BOLIVAR: ¡Morderéis el polvo!

S. RODRIGUEZ: ¡La guerra no se gana con palabras!

S. BOLIVAR: (*En el paroxismo de la emoción*). ¡Dios está con nosotros!

Entra el esclavo Damián con apresuramiento. Tiene fuerte contextura, que resalta su brillante tez morena.

DAMIAN: Niño Simón, su abuelo manda decir que dejen el alboroto, que no puede dormir la siesta.

S. RODRIGUEZ: Creo, Simón, que ha terminado la batalla. (*Al esclavo*). Mi buen Damián, dile a don Feliciano[9] que repose tranquilo. Ciertamente, nuestros gritos han podido inquietarle. (*Damián sale y Rodríguez se dispone a sentarse en el sillón que defendía Bolívar, cuando se da cuenta de la presencia del soldadito que ocupa su centro*). Si no quieres que ponga mi trasero sobre Su Majestad, el Rey, retíralo de inmediato. (*Bolívar lo quita con rapidez, al tiempo que comienza a reír de forma incontenible. Rodríguez se sienta*). ¡Cálmate muchacho o tu abuelo enfilará sus baterías contra nosotros!

S. BOLIVAR: (*Apaciguándose*). Don Simón, usted es un maestro bien raro.

S. RODRIGUEZ: *Bien,* no. ¡Correcto castellano *¡Muy. Muy* es cantidad y *bien,* cualidad. Y puesto que la cualidad ya está presente por... ¿cómo dijiste?

---

9 Feliciano Palacios, abuelo materno de Bolívar, con quien éste vivía en ese tiempo. El niño Simón perdió a su padre, el coronel Juan Vicente Bolívar, a los tres años de edad, y a su madre, Concepción Palacios, a los nueve.

S. BOLIVAR: Raro.

S. RODRIGUEZ: Por la palabra *raro,* poco sentido tiene calificar cualidad con cualidad. Y, ahora, vamos al fondo del asunto. ¿Se puede saber por qué soy *muy raro?*

S. BOLIVAR: No sé, don Simón. Yo creí que los maestros eran gente... bueno, personas *muy* tiesas, con la cara *muy* seria...

S. RODRIGUEZ: Has tenido la *rara* suerte de contar con un maestro absolutamente contrario a ese refrán de que "la letra, con sangre entra". Y hablando de *letra,* ocupémonos de ella. Toma papel y pluma.

Bolívar va hacia la mesa, se sienta y se prepara para escribir. Algo le perturba.

S. BOLIVAR: Maestro, ¿qué es lo que usted dijo?

S. RODRIGUEZ: ¿Cuándo?

S. BOLIVAR: En la batalla.

S. RODRIGUEZ: ¿En la batalla?

S. BOLIVAR: Lo de libres, iguales...

S. RODRIGUEZ: ¡Ah, ya!... Ideas que surgen. Una nueva manera de ver las cosas... Pero, por el momento, más vale no insistir.

S. BOLIVAR: (*Insistiendo*). ¿Y todos somos libres?

S. RODRIGUEZ: ¿Te parece que Damián lo es?

S. BOLIVAR: ¿Y él es igual a mí?

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose, dispuesto a asumir finalmente el tema*). ¿Dirías tú que tiene aspecto humano?

S. BOLIVAR: ¡Claro!

S. RODRIGUEZ: ¿Que, a veces, se alegra y, a veces, se entristece, como tú?

S. BOLIVAR: Sí.

S. RODRIGUEZ: ¿Que habla, igual que tú, y por lo tanto cabe asegurar que piensa?

S. BOLIVAR: Sí, maestro.

S. RODRIGUEZ: ¿Que ha nacido, vive y necesariamente va a morir?

S. BOLIVAR: Sí. Pero él es negro y yo no.

S. RODRIGUEZ: ¿Y piensas que el color de la piel es algo superficial o profundo en un hombre?

S. BOLIVAR: Superficial.
S. RODRIGUEZ: ¿Es, en tal caso, algo importante?
S. BOLIVAR: No creo. (*Concluyendo el mismo*). Entonces, somos iguales. (*De improviso, le asalta una sospecha*). ¡Don Simón, usted me hace decir unas cosas!
S. RODRIGUEZ: ¿Estás seguro de que no las dijiste tú?
S. BOLIVAR: ¡Son cosas muy *raras*!
S. RODRIGUEZ: Veo que últimamente utilizas mucho esa palabra. Parece que te obsesiona. ¿No será que tú eres *raro*?
S. BOLIVAR: (*Cambiando de actitud*). ¡No se burle, don Simón!
S. RODRIGUEZ: No lo hago. Pregunto simplemente. ¿Por qué te enojas?
S. BOLIVAR: No sé. No me gusta. Yo sé que usted sabe muchas cosas. Muchas más que yo. Y que ahora es más fuerte. Y tiene mejor puntería también. Cuando estábamos jugando, yo no creí que usted... No sé. (*Relacionando de súbito*). ¡A mí no me gusta perder!
S. RODRIGUEZ: ¡Cómo! ¿Ganaron los franceses?
S. BOLIVAR: (*Levantándose*). ¡Claro, don Simón! (*Señalando los soldaditos tumbados en el suelo*). ¿No lo ve usted?
S. RODRIGUEZ: Bueno, no hay que preocuparse. Perder y ganar no siempre son cosas tan absolutas. (*Bolívar mira a Rodríguez con atenta incomprensión*). (*Cortando la actitud del discípulo*). ¡Vamos! A escribir. Tienes que ejercitarte mucho. Me parece conveniente que vayas pensando en ir a la escuela. (*Bolívar se sienta de nuevo*). ¿Te atreverías a componer tú mismo un texto? (*Bolívar asiente*). Entonces, prepárate. Buena letra. Clara. Que *pinte* en el papel lo que quieres decir. Tema de la composición...
S. BOLIVAR: ¿La guerra?
S. RODRIGUEZ: (*Concediendo sin mucho agrado*) La guerra.

La luz desciende, al mismo tiempo que se va iluminando el espacio situado detrás del ciclorama. Bolívar sale aprovechando la penumbra. Junto con el juego de la iluminación, se ha elevado, hasta desaparecer, el bastidor y también el ciclorama. La nueva extensión del fondo está cerrada ahora por un ciclorama negro. En la parte central, y tras las cuerdas, se ven, explayados, cuatro bancos largos, con sus mesas, en dos filas. Forman un aula de clases. En los bancos se encuentran distribuidos doce niños, cuyas edades oscilan entre diez y doce años. Hay espacios vacíos. Además, dos pupitres individuales, cada uno ocupado por un estudiante, y con la tabla cubierta de paño verde, están en posición ligeramente más avanzada. Corresponden a los Decuriones, *alumnos sobresalientes. En un extremo del aula se ve, asimismo, una butaca de madera.*

Caracas, 1794.

Simón Rodríguez sale de la casa de Bolívar y va directamente hacia la butaca, que tiene una carpeta sobre el asiento. Coge la carpeta, toma la butaca y la coloca en una determinada posición, más cercana a la parte anterior del escenario. No le satisface, y vuelve a colocarla más próxima todavía al proscenio. Se sienta, totalmente de espaldas al público, y un cenital cae sobre él.

Mientras esto sucede, baja una lámpara de aceite en la parte anterior derecha, apoyada por una tenue iluminación nocturna. Este ambiente distinto queda situado en posición algo más adelantada al lugar que ocupa Rodríguez, quien registrará simultáneamente lo que ocurra en los dos espacios diferenciados.

En este último sector entra María de los Santos arrastrando una rústica mecedora, que coloca en alguna parte. En una mano, un juego para tejer. Como en el caso de Rodríguez, no le satisface la posición y la varía para buscar la mejor luz posible. Se sienta y comienza su labor.

Rodríguez abre la carpeta.

S. RODRIGUEZ: (*A los alumnos*). Alba... (*Un muchacho contesta*: Presente). Alcántara... *(También contesta)*. Bolívar... (*Alguien dice*: No está. *Rodríguez apunta la falta*). Bujanda... (*Contesta*).

MARIA DE LOS SANTOS: (*Siempre a Rodríguez*). Vas a tener problemas.

S. RODRIGUEZ: Cazorla... (*Contesta*). Del Toro... (*Alguien dice*: No vino. *Rodríguez apunta*).

MARIA DE LOS SANTOS: A veces pienso que vives en otro mundo.

S. RODRIGUEZ: (*A su esposa*). Desde luego. (*A los alumnos).* Guzmán, Juan Nepomuceno... *(Contesta).* Guzmán, Tomás... *(Contesta).*

MARIA DE LOS SANTOS: Aquí a nadie le interesa la educación. Y menos, una escuela.

S. RODRIGUEZ: Lander... *(Contesta).* Llamozas... (*Alguien dice*: No está. *Rodríguez apunta*).

MARIA DE LOS SANTOS: Nunca saldremos de abajo.

S. RODRIGUEZ: (*A su esposa*). ¿Quién?

MARIA DE LOS SANTOS: Nosotros.

S. RODRIGUEZ: María, entiéndelo. Tuve que presentar el Proyecto. (*A los alumnos*). Madriz... (*Contesta. Es uno de los* Decuriones). Monagas... (*Contesta*).

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Y crees que vas a cambiar algo?

S. RODRIGUEZ: Sé que nada cambiará, si no se propone el cambio. (*A los alumnos*). Parra... (*Contesta*).

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Maldita escuela!

S. RODRIGUEZ: Plaza... (*Contesta*). ¡Maldita inercia! (*A los alumnos*). Ravelo... (*Contesta*). (*Entra Bolívar. Se sienta procurando no perturbar. Rodríguez lo ve*). ¿Por qué llegas tarde?

S. BOLIVAR: (*Levantándose*). No me pudieron traer antes.

S. RODRIGUEZ: Supongo que había una tumultuosa aglomeración en las calles. (*Bolívar registra el sarcasmo y se sienta de nuevo*). No basta con llegar. Llegar tarde puede ser como no haber venido. Piensa en eso.

MARIA DE LOS SANTOS: Siempre llegas tarde a casa.

S. RODRIGUEZ: Tovar... (*Contesta. El otro* Decurión).

MARIA DE LOS SANTOS: Pero nunca a la escuela.

S. RODRIGUEZ: ¡Hay actitudes que me irritan, María de los Santos! (*María de los Santos interrumpe su labor*). (*A los alumnos*). Torralva... (*Contesta. Rodríguez cierra la carpeta*). Tenemos Religión para hoy. Repasen. (*Los alumnos toman un libro y comienzan una lectura desordenada, confusa y estridente. Rodríguez se levanta*). ¡En perfecto silencio! La cuestión no es repetir sin saber lo que se dice. Es preciso entender. Y eso requiere concentración. *Entiendan* el Ripalda[10]. (*Como para sí*). Si es posible. *(Señalando los pupitres de los Decuriones).* Quiero verlos a todos turnarse en los primeros puestos.

María de los Santos ha dejado el ganchillo sobre la mecedora y se dirige hacia Rodríguez.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Sabes que te amo?

S. RODRIGUEZ: ¿Debería dudarlo?

MARIA DE LOS SANTOS: Vamos a la habitación.

S. RODRIGUEZ: ¡Ya era hora de que lo dijeras!

Rodríguez deja la carpeta, se quita la casaca —la misma que meses atrás llevaba en la casa de Bolívar—, la cuelga sobre el espaldar de la butaca, toma a María de los Santos de la mano y salen por la derecha. Los estudiantes siguen con la butaca como referencia. Incrementan el murmullo. Alguien chista para que bajen la voz. Algún codazo. Alguna risa contenida. Miradas cautelosas. Entretanto desciende el ciclorama gris y oculta el aula. En el área de la casa de Rodríguez se apaga la lámpara de aceite

---

10 Jerónimo Ripalda, jesuita español del siglo XVI, cuyo *Catecismo* ha sido utilizado en las escuelas primarias, casi hasta nuestros días, para enseñar los rudimentos de la doctrina católica.

y la tenue pátina nocturna; y, en el centro, gradualmente, el cenital.

Antes de que el descenso de la iluminación llegue hasta el oscuro total[11]*, aparecen dos faroles, a un extremo y otro del escenario y a la altura de las cuerdas, que definen el espacio de una calle. El resplandor de los faroles está apoyado por una iluminación nocturna, que se proyecta de manera longitudinal y paralela al foro*[12]*, y luego, con un cambio brusco de dirección, en una franja que atraviesa oblicuamente el escenario, desde el farol de la derecha hasta la esquina anterior izquierda. La franja luminosa pasa ante la casa de Rodríguez y, cuando la acción comienza, baja, en esa zona, una aldaba, con su correspondiente mano de hierro, la cual queda suspendida a la altura suficiente para que la manipule una persona. El elemento aislado representa la puerta de entrada al caserón.*

Caracas, 1795.

Entran con premura, por la izquierda y al fondo, Carlos Palacios, tío y tutor de Bolívar, Pablo de Clemente, su cuñado[13]*, un escribano, que porta un cartapacio, y el esclavo Damián con Simón Bolívar en brazos, que patalea y procura zafarse con gran escándalo.*

CARLOS PALACIOS: *(Señalando el camino).* Por aquí, señor Escribano. (*Bolívar grita. Pide que lo bajen*). (*A Bolívar*). ¡Por el amor de Dios, Simón, deja los gritos! ¡Despertarás a toda la ciudad!

---

11 A lo largo de todo el *montaje* se observará el criterio de que el escenario no quede en absoluta oscuridad, excepto en los finales de los *actos.*

12 Parte posterior del escenario, opuesta al *proscenio.*

13 Casado con la hermana mayor de Bolívar, María Antonia, Pablo de Clemente no participó en la situación de esta escena, que verdaderamente sucedió. Sus disensiones con Carlos Palacios por la custodia de su cuñado Simón tuvieron lugar en circunstancias anteriores. Por razones de sintetización dramática incluimos aquí su presencia.

Cuando la comitiva se acerca al farol derecho, aparecen, próximas a él, dos mujeres vestidas de oscuro, que apartan una de las cuerdas, como si se tratara de un visillo, para mirar con extrema curiosidad. Bolívar renueva sus esfuerzos.

ESCRIBANO: ¡Recio el muchacho! No le arriendo las ganancias al maestro Rodríguez.

PABLO DE CLEMENTE: Defiende su evidente preferencia.

CARLOS PALACIOS: (*Enfrentando a Pablo de Clemente, sin dejar de caminar*). ¡Desafortunada preferencia resistirse a las órdenes de la Audiencia[14]!

Enfilan todos la diagonal. Por la izquierda entran en silencio varios personajes, que forman grupos reducidos. Son familias que se aproximan al límite de la franja tenuemente iluminada, simulan también apartar visillos y observan el suceso. Una madre carga a su hijo, que no logra ver bien. Algunos visten ropa de dormir.

La comitiva se detiene ante el figurado portón de la casa de Rodríguez. El escribano sujeta la aldaba y llama repetidas veces. Damián deja a Bolívar en el suelo y lo atenaza por la mano.

S. BOLIVAR: (*Al esclavo*). ¡Suéltame! (*Damián lo sujeta con más fuerza*). ¡Tú tienes que estar de mi parte!

DAMIAN: ¡No me diga eso, niño Simón! Por la virgencita del Carmen, quédese quieto.

S. BOLIVAR: ¡De mi parte, te digo! ¡Déjame libre!

CARLOS PALACIOS: (*Levantando la mano contra Bolívar*). De una vez por todas, ¡cállate!

Bolívar enfrenta a su tío, que no llega a pegarle. Pablo de Clemente le pone amistosamente el brazo en la espalda.

---

14 La Real Audiencia, organismo básico de la organización colonial española en América. Tenía funciones judiciales y gubernativas y estaba presidida por el Capitán General, que también era el Gobernador. Ante esta institución, el Cabildo, o Ayuntamiento, constituía, en cambio, la representación de la comunidad.

PABLO DE CLEMENTE: Tranquilízate, Simón, o empeorarás las cosas. Ya veremos después qué puede hacerse.

Entra por la derecha Simón Rodríguez en atuendo de dormir. Lleva una palmatoria con una vela encendida. Va hasta la aldaba y la voltea como si abriera el portón.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué sucede, señores?

ESCRIBANO: Ordenes de la Real Audiencia. ¿Es usted don Simón Rodríguez?

S. RODRIGUEZ: Incluso a estas horas de la noche, yo soy.

ESCRIBANO: Por decisión de la Real Audiencia, el niño Simón Bolívar, que ha dado muestras graves de indisciplina, queda bajo su custodia, según lo propuesto por don Carlos Palacios, su tutor. (*Abre el cartapacio y presenta un documento a Rodríguez)* ¿Acepta usted el cometido?

S. RODRIGUEZ: (*Sin tomar el documento*). ¿Cómo negarse a la Real Audiencia?

ESCRIBANO: ¿Lo acepta?

S. RODRIGUEZ: (*Que no ha tomado el escrito*). Lo acepto. Don Carlos ya me había informado del problema.

María de los Santos entra cubriéndose con una bata y observa rezagada. El escribano mete el documento en el cartapacio.

S. BOLIVAR: (*Soltándose de Damián y aferrándose a Pablo de Clemente*). ¡Yo quiero irme con él! ¡Yo quiero vivir en la casa de mi hermana!

CARLOS PALACIOS: Menos mal que tu abuelo no se encuentra entre nosotros. Imagino su vergüenza ante un espectáculo como el de esta noche.

S. BOLIVAR: ¡Si mi abuelo viviera, yo no estaría dando tumbos de un lado a otro! Hasta a un esclavo se le permite elegir amo. ¡Y yo no puedo quedarme donde quiero!

CARLOS PALACIOS: (*A Bolívar, pero refiriéndose a Pablo de Clemente*). ¡Vaya, insólitos principios! ¿Dónde los aprendiste? Así que un esclavo es libre

de elegir. ¿Oye usted bien, señor Escribano? ¡La ignorancia convertida en estupidez! Si no es la misma cosa.

PABLO DE CLEMENTE: (*Asumiendo la alusión*). No se esfuerce tanto en la esgrima, don Carlos. Tenga por seguro que en mi casa no ha escuchado esas ideas.

CARLOS PALACIOS: ¿Y en cuál, entonces?

Rodríguez se voltea y se aparta un breve espacio.

PABLO DE CLEMENTE: ¡A usted, como tutor, le corresponde averiguarlo! No parece estar muy informado de las compañías que frecuenta su sobrino.

CARLOS PALACIOS: ¡Pero estoy informado de las que no debe frecuentar! Razón de más, por otra parte, para dejar a Simón en compañía tan inobjetable como la del maestro Rodríguez, cosa con la que usted no se ha mostrado muy de acuerdo.

ESCRIBANO: Vamos, señores. Entremos. Siento que las miradas se me clavan en la espalda.

Entra el escribano. Después Pablo de Clemente y Simón Bolívar. Carlos Palacios se voltea hacia el esclavo.

CARLOS PALACIOS: Espera aquí. Y si hubiera curiosos, procura dispersarlos.

Entra y sitúa la aldaba en posición de puerta cerrada. Hay murmullos entre las familias que observan. Damián no logra ver a nadie.

ESCRIBANO: (*A María de los Santos*). No quisiera importunar, pero debo, señora, hacer una inspección de la casa y de quienes viven en ella.

S. RODRIGUEZ: No se preocupe, señor Escribano. En todo caso, es inoportuna la orden y no quien la cumple, . . . María, di a la gente que se levante, que el señor Escribano espera.

María de los Santos sale y Rodríguez prende la lámpara de aceite con la vela, que luego apaga. A pesar del incremento de iluminación, predomina la penumbra.

CARLOS PALACIOS: (*A Rodríguez*). Queda claro, maestro Rodríguez, que no quiero concesiones con

el muchacho. Es preciso inculcarle muy sólidos principios de disciplina.

S. RODRIGUEZ: Simón y yo nos entendemos perfectamente. Hasta las mañas nos conocemos. (*A Bolívar*). ¿No es cierto?

Bolívar no contesta.

CARLOS PALACIOS: La inspección ha sido necesaria por el quizás excesivo celo de mi sobrina María Antonia y (*señalándolo sin mucha precisión*) de su esposo, don Pablo. Pero usted sabrá comprender...

PABLO DE CLEMENTE: *(A Rodríguez).* En ningún momento hemos pretendido perturbar. Ciertamente, la hora no es muy propicia...

S. RODRIGUEZ: Por favor, señores. No insistan en sus excusas. Esta oscuridad tal vez resulte favorable para desdibujar algunos pequeños defectos del lugar. *En este momento sale Cayetano, seguido de María de los Santos. Es evidente que se ha levantado de la cama.*

CAYETANO: ¿Ocurre algo, Simón?

S. RODRIGUEZ: El señor Escribano tiene orden de hacer una inspección.

ESCRIBANO: Cuestiones de rutina.

S. RODRIGUEZ: (*A Cayetano*). La rutina se debe a que Simón va a quedarse con nosotros. Será interesante contar con dos *simones* en la casa.

Todos con vestimentas blancas, van saliendo en actitud adormilada, hasta componer hacia el fondo un cuadro compacto, los habitantes del caserón de Rodríguez. Inquilinos. La madre de María de los Santos. La suegra de Cayetano. La esposa, con el hijo de ambos en brazos. Alumnos del maestro. Domésticos.

ESCRIBANO: Todo un ejército, maestro Rodríguez.

S. RODRIGUEZ: Pero de fantasmas. (*Invitándolo a que se aproxime al grupo*). Nombres, parentescos y oficios se los puedo detallar después. *(El escribano cuenta a los integrantes de la masa aglutinada).* ¿Quiere ver el resto del *cuartel?*

ESCRIBANO: (*Por Bolívar*). Tan sólo la habitación que va a ocupar el niño.

S. RODRIGUEZ: Venga conmigo.

Rodríguez y el escribano salen. El grupo permanece estático.

MARIA DE LOS SANTOS: (*A Bolívar*). Ven.

Bolívar no se mueve.

CARLOS PALACIOS: ¿No escuchas a la señora?

Bolívar va hacia donde está ella, quien le acaricia la cabeza.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Te portarás bien?

Bolívar no contesta.

CARLOS PALACIOS: Más le vale. Si no, que se atenga a las consecuencias.

MARIA DE LOS SANTOS: Se portará bien. Es un buen muchacho.

A Bolívar comienzan a molestarle las caricias de María de los Santos. Pablo de Clemente pasea ahora ante el grupo, lo observa, lo rodea.

Entran Rodríguez y el Escribano.

ESCRIBANO: Todo en orden.

CARLOS PALACIOS: ¡Gracias a Dios! (*A Rodríguez*). ¡Mañana le serán enviadas las cosas del muchacho.

ESCRIBANO: Es hora de retirarse.

CARLOS PALACIOS: (*A Rodríguez*). ¿Podría usted proporcionarnos un candil? Salimos de mala manera y es noche cerrada.

Rodríguez hace un gesto y María de los Santos sale para traerlo.

S. RODRIGUEZ: (*Al grupo*). Vuelvan a la cama... si don Pablo ha terminado ya su inspección particular.

PABLO DE CLEMENTE: (*Interrumpiendo sus paseos*). Jugaba con la penumbra.

S. RODRIGUEZ: No se acostumbre. Los malos agüeros se esconden en ella. (*María entra con el candil encendido y Rodríguez lo toma*). Luces es lo que estamos necesitando.

Entrega el candil a Carlos Palacios. El grupo se retira.

ESCRIBANO: Buenas noches, maestro Rodríguez. (*A María de los Santos*). Señora...

S. RODRIGUEZ: Que el candil los ilumine.

Pablo de Clemente sitúa la aldaba en posición de puerta cerrada. Salen y el Escribano cierra. Carlos Palacios pasa el candil al esclavo y todos emprenden con rapidez el camino de vuelta, hasta salir por donde entraron. Durante el trayecto se escuchan los murmullos, al principio moderados, de los fisgones, quienes, a medida que pierden de vista a la comitiva, aumentan el volumen de los cuchicheos y salen del escenario en grupos. Al dejar en el suelo al niño la madre que lo cargaba, éste comienza a llorar hasta desaparecer.

S. RODRIGUEZ: (*A María de los Santos*). Déjanos solos un momento. (*María sale*). (*A Bolívar*). Creí que éramos amigos, pero, a juzgar por el escándalo, no te gusta vivir en mi casa.

S. BOLIVAR: No es con usted, don Simón. ¡No quiero que me obliguen!

S. RODRIGUEZ: Estuviste muy imprudente.

S. BOLIVAR: Usted me ha dicho siempre...

S. RODRIGUEZ: Sé lo que te he dicho. Lo que no te he dicho es cuándo debes aplicarlo... Tú no tienes edad para imponer nada, Simón. Ellos no van a entender. Mira el resultado. ¡A rastras a través de toda la ciudad por las reales órdenes de la Real Audiencia! No pensé que fueras tan importante.

S. BOLIVAR: Entonces, usted tampoco me apoya. ¡Usted tampoco!

S. RODRIGUEZ: ¡Vete a la habitación!

Bolívar sale. Rodríguez se queda mirándolo. Luego, da un crispado puñetazo en el aire y sale también. Desaparecen los faroles, la lámpara de aceite, la aldaba y el apoyo de iluminación nocturna, al tiempo que desciende, hacia la parte izquierda, una gran puerta cerrada de dos hojas, que representa el acceso

a la sala de sesiones del Cabildo caraqueño. Luz diurna en el área.

Aparece un cabildante rigurosamente vestido. Abre una de las hojas de la puerta —no se percibe la sala de sesiones—, entra y cierra. Entran el Maestro Pelgrón y Simón Rodríguez —visten sencillamente, pero con cierta formalidad—. Se detienen en el espacio situado ante la gran puerta. Un segundo cabildante pasa hacia la sala y, al ver a Rodríguez, se dirige a él.

CABILDANTE 2: Excelente el Proyecto. Cuente conmigo.

Se despide de los dos con un gesto, entra en la sala y cierra.

Rodríguez comienza a caminar de un lado a otro.

M. PELGRON: Todos los padres del mundo creen que aceleran el tiempo, agotando el espacio en el que se mueven. Así sean los padres de un Proyecto.

Rodríguez se detiene.

S. RODRIGUEZ: ¿Piensa usted que podría resultar excesivo?

M. PELGRON: Me parece que ya no es tiempo de pensar. Esperemos.

Rodríguez sigue caminando.

S. RODRIGUEZ: (*Deteniéndose de nuevo*). ¿Y usted no dice nada? ¡Hable, por lo que más quiera! ¿Considera positivo que hayan tardado más de un año en estudiar el Proyecto?

M. PELGRON: Lo considero... dilatado.

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo me puede contestar de esa manera? Si todo sale bien, usted será el primer Director General.

M. PELGRON: Supongo que así agradeces mi colaboración. Con una improbable Dirección, en un lugar que improbablemente se preocupa por la enseñanza. Ni lo pienses. Tú serás el primer Director General.

S. RODRIGUEZ: ¿Cree, entonces, que aprobarán el Proyecto?

M. PELGRON: A veces, Simón, descubres finalmente tu juventud, a través de tu impaciencia. Creí que habías nacido sin edad.

S. RODRIGUEZ: No es momento para sarcasmos.

M. PELGRON: Nos dijeron que están reunidos desde hace tiempo. Por lo tanto, calma. No tardarán. (*Pausa. Rodríguez pasea*). ¿Por qué no te quedas quieto? (*Sin registrarlo demasiado, Rodríguez se detiene*). Me alegra comprobar que sigues alguno de mis consejos.

Se abre la puerta y aparece el Cabildante 1. Al ver a Pelgrón y a Rodríguez, se dirige a ellos.

CABILDANTE 1: (*A Rodríguez*). Le felicito por su brillante Proyecto[15]. Aprobado sin reservas.

Rodríguez, estupefacto, no responde.

M. PELGRON: ¿Sin reservas? *(El Cabildante 1 corrobora*). ¡Vaya! Todavía hay milagros perfectos. *Aparece el Cabildante 2. De inmediato va hacia Rodríguez.*

CABILDANTE 2: (*Tendiéndole la mano*). Ni siquiera mi apoyo hubiera sido necesario.

Rodríguez toma la mano que le ofrece. Aparece ahora el Marqués del Toro. Unos cuarenta años. Se dirige a Pelgrón.

MARQUES DEL TORO: ¿Y dónde se esconde usted? No lo veo desde hace tiempo.

M. PELGRON: En la Escuela, señor Marqués. Como siempre.

MARQUES DEL TORO: (*Mirando a Rodríguez*). Así que este es el joven autor de tan audaces ideas educativas.

S. RODRIGUEZ: ¿Audaces, señor Marqués?

MARQUES DEL TORO: Por decirlo de alguna manera. No está mal que las cosas se muevan, siempre

---

15 El Proyecto al que se está haciendo referencia lleva por título "Reflexiones sobre el estado actual de la Escuela". Publicado en, Simón Rodríguez, *Obras Completas*, Tomo I, pp. 197 a 222. Ediciones de la Universidad Simón Rodríguez. Caracas, 1975.

que lo hagan en la dirección correcta. Mi hijo me habla mucho de usted. Lo tiene en su clase, ¿no es cierto?

S. RODRIGUEZ: Cuando viene, señor Marqués.

MARQUES DEL TORO: (*Con alguna distancia*). Cierta frecuencia en las faltas se justifica por los compromisos familiares, que también son una forma de enseñanza, ¿no le parece?

M. PELGRON: (*Interviniendo*). Nos informan que se aprobó el Proyecto.

MARQUES DEL TORO: Por desconcertante unanimidad, a la que evidentemente me sumé.

S. RODRIGUEZ: Entonces, ¿ya se puede proceder?

MARQUES DEL TORO: Se resolvió en Cabildo, mi impaciente amigo. Pero falta el requisito de la Audiencia.

Entra por la derecha una plataforma rodante. Sobre ella se encuentran el Fiscal Saravia, de la Real Audiencia, y su joven Ayudante. Una mesa y un gran sillón tras ella. Sentado, el Fiscal está pensativo, mientras sostiene en sus manos un escrito, que ya no está leyendo. El Ayudante, de pie, observa. Luz de atardecer en la zona .

M. PELGRON: (*A Rodríguez*). Una resolución tan franca del Cabildo es un aval difícil de ignorar.

MARQUES DEL TORO: Pero ignorar, mi buen don Guillermo, es a veces la única profesión de un gobernante. (*Despidiéndose*). Señores...

Sale.

S. RODRIGUEZ: (*Desconcertado*). ¿Entonces?

CABILDANTE 2: El respaldo es muy fuerte, maestro Rodríguez. Considérelo un hecho.

El Cabildante 1 se dispone a salir.

CABILDANTE 1: (*Al 2*). ¿Usted no viene?

CABILDANTE 2: Vuelvo a la sala. Hay que ultimar algunos detalles de redacción.

El Cabildante 1 sale definitivamente. El Cabildante 2 desaparece tras la puerta.

En la escena contigua.

AYUDANTE: ¿Todo bien, señor Fiscal?

El Fiscal Saravia mira a su ayudante. En la escena de la izquierda, Pelgrón palmotea efusivamente en la espalda a Rodríguez, quien no puede ocultar su satisfacción.

FISCAL SARAVIA: Me parece inconveniente. Inconveniente e irrealizable.

S. RODRIGUEZ: ¿Se da usted cuenta, maestro? ¡Es posible! El cambio es posible.

FISCAL SARAVIA: En primer lugar, el presupuesto. Dos mil ochocientos reales al año. Pero, ¿qué se ha creído ese Rodríguez? ¡Una escuela por parroquia! La gente que puede estudiar resolvería el problema incluso en su propia casa, con particulares.

S. RODRIGUEZ: Perseguir la luz con toda tenacidad y toda esperanza.

FISCAL SARAVIA: Y los que no pueden, ¿para qué llevarlos por un camino que no se requiere con urgencia? Hay muchos oficios que deben ser cubiertos fuera del estudio.

S. RODRIGUEZ: ¡Le dije que usted sería el primer Director General!

Pelgrón ríe desechando la idea.

FISCAL SARAVIA: Pero lo más grave es esto. Reducir el magisterio a un cuerpo de profesores controlado por el Cabildo. ¡Es ignorar nuestra realidad! La Iglesia también ejerce esas funciones. ¡Y cuántos otros enseñan las primeras letras! Encuentro oscuro el intento de centralizar este tipo de enseñanza, ¿no crees?

AYUDANTE: Extraño, señor Fiscal.

FISCAL SARAVIA: Podría engendrar descontento.

AYUDANTE: Podría.

Saravia vuelve a quedar pensativo.

M. PELGRON: Debo confesar que no esperaba este resultado.

S. RODRIGUEZ: ¡Vaya a la casa, don Guillermo! Dígaselo.

M. PELGRON: ¿Y tú?

S. RODRIGUEZ: Quiero quedarme hasta que redacten la resolución.

M. PELGRON: En nada la alterará... Pero está bien. (*Saliendo*). No tardes.

Rodríguez queda sólo en la escena de la izquierda. Mira la puerta de la sala de sesiones. Pasea, a ratos, más pausadamente que antes. A veces gesticula como si apoyara algún pensamiento.

En la escena de la derecha.

FISCAL SARAVIA: Ese tal Rodríguez es, sin duda, un hombre extravagante. ¿Qué has oído tú de él?

AYUDANTE: Que tiene mal genio... Alguien me dijo que lee libros poco recomendables.

FISCAL SARAVIA: La *Enciclopedia* de los horrores, supongo. Un peligro, en verdad. Haití es un buen ejemplo. La abolición de la esclavitud deterioró irremediablemente la situación económica. Sin mencionar la catástrofe de todo el sistema de jerarquías. Esa *Ley de los franceses* comienza a resultar un azote. ¿Recuerdas que te lo dije hace tiempo? (*El Ayudante asiente*). Por fortuna, nosotros supimos responder adecuadamente a esa inconcebible algarada de Coro[16]. Me parece muy aventurado suponer en un negro, por instruido que sea, la capacidad suficiente para controlar una estructura de poder tan compleja como la de nuestros días. Y esto, desde un punto de vista meramente científico.

AYUDANTE: ¿Se fijó usted que en el Proyecto se plantea la posibilidad de abrir escuelas para negros?

FISCAL SARAVIA: Para "pardos y morenos", con más exactitud. Y en una volandera nota final. Ya he percibido esa inocente sugerencia. (*Pausa*). Definitivamente, el Proyecto debe ser rechazado.

AYUDANTE: Totalmente de acuerdo, señor Fiscal.

FISCAL SARAVIA: Por supuesto, conviene proponer, por nuestra parte, algunas recomendaciones al respecto, ¿no te parece? Si el Cabildo tiene un celo

---

16 Se refiere a la sublevación de los negros y mestizos, que tuvo lugar en la región venezolana de Coro, exigiendo que se les tratara como a seres humanos, la cual fue cruentamente sofocada.

tan unánime, debemos de alguna manera consolar al Cabildo.

AYUDANTE: (*Con cierta irreflexiva admiración*). Sí, señor Fiscal.

FISCAL SARAVIA: Por ejemplo... eso que Rodríguez balbucea como una tímida sugerencia, podríamos tomarlo nosotros como una propuesta sustancial...

AYUDANTE: ¿El qué, señor Fiscal?

FISCAL SARAVIA: Lo de los "pardos y morenos"...

AYUDANTE: (*Con absoluto desconcierto*). ¿Una escuela para negros?

FISCAL SARAVIA: Dos... Y, desde luego, una más para blancos. Dos y dos. ¡Equilibrio perfecto! (*Observando a su Ayudante*). ¿Te sorprende? Mi querido amigo, la política se construye sobre lo insólito. En la sorpresa está justamente la oportunidad del acierto. Y tú quieres ser político...

AYUDANTE: Sí, señor Fiscal.

FISCAL SARAVIA: Escucha, entonces.

En la escena de la izquierda, Rodríguez se detiene y queda de espaldas a la escena de la derecha, hacia la que no se voltea en ningún momento. Hay en él como una presencia de la situación contigua, a través del presentimiento que va convirtiéndose en certeza.

FISCAL SARAVIA: La reciente revuelta de Coro puede resultar inconcebible, pero es un hecho. Y un hecho es lo único que un Gobierno no puede permitirse el lujo de despreciar. Desatenderlo, quizás, pero nunca despreciarlo. Una propuesta como la nuestra no sólo calmará los ánimos. Será un modelo de reconfortante atención a la realidad del momento.

AYUDANTE: (*Absolutamente confuso*). Claro... Sí... (*Abordando su desasosiego*). Pero, señor Fiscal, ¿no irá en contra de los fines?

FISCAL SARAVIA: (*Sonriendo*). Mi joven amigo, una recomendación en política puede ser tan sólo la vestimenta de un incumplimiento. (*Observando de nuevo la reacción del Ayudante*). ¿Qué ocurre? ¿Algún escrúpulo? (*Pausa*). Todos hemos pasado por eso. Pero no te inquietes. Es verdad que el fin

no justifica los medios, pero también lo es que sin medios no se realizan los fines. Y, puesto que quieres ser político, fíjate bien en lo que voy a decirte. Hace mucho tiempo que la auténtica moral de Estado es la sobrevivencia. Elemental... Desde luego, esto sólo nosotros podríamos entenderlo.

El Fiscal Saravia se levanta y sale por la derecha. Su Ayudante lo sigue. En la escena de la izquierda, Rodríguez se quita la casaca y, en una transposición situacional y temporal, registra finalmente lo que ha ocurrido en la Real Audiencia.

S. RODRIGUEZ: (*En progresión*). No... No... ¡No!...

Cuelga la casaca sobre la espalda, se dirige hacia el extremo izquierdo, tras las cuerdas, y se detiene de espaldas al público.

En este momento, todos los elementos que permanecen en el escenario descienden por el piso, excepto la puerta del Cabildo, que desaparece por la parte superior. Queda, como suelo, una franja, en el proscenio, y otra, al fondo, donde está situado Rodríguez. Entre ambas, un abismo.

Sale María de los Santos y se coloca, mirando a su esposo, en el extremo derecho de la franja anterior. Toda la iluminación ambiental cesa, al tiempo que cae un cenital sobre cada uno de los personajes.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Qué sucede?

Rodríguez se voltea hacia su esposa.

S. RODRIGUEZ: La Audiencia rechazó el Proyecto.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Lo rechazó?

S. RODRIGUEZ: Renuncié a la Escuela.

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Dios mío!... ¿Y lo aceptó el Cabildo?

S. RODRIGUEZ: Necesariamente lo aceptará.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿De qué vamos a vivir?

S. RODRIGUEZ: ¡De la locura! En una sociedad de locos hay que vivir de la locura.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Qué dices, Simón?

S. RODRIGUEZ: ¡No puedo, María! No puedo seguir en la Escuela. Es una burla demasiado áspera. Me quema.

MARIA DE LOS SANTOS: Te dije que nada cambiaría.

S. RODRIGUEZ: ¡No es cierto! La historia lo niega, la ciencia lo niega. . .¡Las cosas cambian! Los necios, no.

MARIA DE LOS SANTOS: Ya veo cómo. Nos hemos quedado sin nada.

S. RODRIGUEZ: ¡Cállate! (*Pausa*). Me equivoqué. No se puede transformar la educación, si no se transforma el poder que la mantiene. Ese es el punto. ¡El poder, María! Hay que cambiar el poder.

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Ahora sí creo que estás loco!

Rodríguez arroja con furia la casaca contra María de los Santos a través del hueco del escenario. María mira a su esposo, recoge la casaca. Se voltea y sale. Desaparece su correspondiente cenital.

Rodríguez mantiene la mirada sobre el área de ella, como si la siguiera viendo, mientras se levanta el ciclorama gris, dejando ver en el nuevo fondo, cerca del ciclorama negro, a tres personas, sentadas sobre taburetes alrededor de una pequeña mesa, muy tosca, e iluminadas únicamente por el resplandor de un par de velas.

Caracas, 1796.

La conspiración. Uno de los personajes, mulato, observa con detenimiento a su compañero, comerciante, que está en actitud de escribir lo que otro dicta. El tercero, capitán del ejército, fuma un tabaco. La edad de todos ellos oscila entre los veinticinco y los treinta años. Están en camisa. Hay un taburete vacío.

Rodríguez deja su posición, al tiempo que se apaga el cenital, se dirige hacia el grupo y se sienta en el taburete, como si hubiera estado en él desde antes.

COMERCIANTE: (*Dejando de escribir y leyendo lo inmediatamente escrito*) "...para proceder, dentro de los términos convenidos...".

S. RODRIGUEZ: (*Dictando*) ...y con extrema discreción...

COMERCIANTE: (*Escribe y después lee*) "...discreción...".

CAPITAN: (*Sugiriendo una variante*) ...con obligatoria y extrema cautela... Se han cometido imprudencias inexcusables.

S. RODRIGUEZ: (*Admitiendo la corrección*) ...y con obligatoria y extrema cautela... coma... (*El comerciante tacha y vuelve a escribir). (Cuando ha terminado*)... debido a los intereses de la competencia... coma... a llevar a cabo... la operación comercial... de la que hablamos. Punto. *(Pausa)* ...Queda de usted... etcétera... La firma de siempre. (*Al mulato*). Tú te encargas de hacerla llegar.

MULATO: Por la mañana sin falta.

COMERCIANTE: (*Al concluir la escritura*). ¿Leyeron la *Carta del Abuelo?*[17]

MULATO: Buena, me dijeron. El Gobernador echó candela.

CAPITAN: Candela es lo que nosotros deberíamos echar. ¡Ya está bien de escritos!

---

17 Uno de los escritos de Juan Bautista Picornell, en el cual hostiga a las autoridades españolas. El movimiento, en el cual participó Rodríguez, constituyó el primer intento venezolano coherentemente organizado por lograr la independencia de España y la instauración de un Gobierno Republicano. Motores fundamentales del proyecto revolucionario fueron Manuel Gual y José María España. Y Picornell, nacido en Palma de Mallorca, su principal ideólogo y planificador, no obstante encontrarse, en aquellos momentos, recluido en una celda de La Guaira por sus actividades políticas en la Península. Junto a ellos había, desde luego, pedagogos e intelectuales de vanguardia como Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés. Integrantes de todos los estamentos de la sociedad participaron en las labores conspirativas.

S. RODRIGUEZ: Los republicanos combatimos desde muy diversos frentes, Capitán. Con la *candela* de la palabra se llega a las conciencias y, sin ellas, los tiros podrían volverse contra usted. Picornell sabe lo que hace. Agradezcámosle que haya convertido su celda en un polvorín de ideas.

CAPITAN: Espero que no resulten fuegos de artificio.

El mendigo cojo, que protagonizó el incidente en la boda de Rodríguez, ha entrado por la izquierda y pasa, sorteando las cuerdas, hasta la mitad del escenario. Sólo el resplandor de las velas —aun cuando éstas se supongan situadas en un interior— dará noticia de él. En ningún momento mirará al lugar en donde se encuentran los conspiradores. A lo sumo, alguna intuición auditiva.

El mendigo camina de nuevo, esta vez en oblicuo, hacia el extremo anterior derecho. El ruido del palo, que le sirve de bastón, se oye ahora con fuerza. El mulato se levanta de súbito y pide, con un gesto, silencio a sus compañeros. Tampoco mirará al mendigo. Aproxima el oído a la supuesta puerta del sitio en donde están. Cierta tensión en todos. Cuando el mendigo sale, el mulato vuelve a sentarse.

MULATO: El cojo. Siempre rondando.

S. RODRIGUEZ: A lo nuestro. (*Al Capitán*). ¿Noticias del Comandante Gual?

CAPITAN: Todo se desarrolla según lo previsto. En la milicia de pardos la causa se propaga. Algunas dificultades en la de blancos. Pero es cuestión de tiempo.

S. RODRIGUEZ: *(Al comerciante).* ¿Qué pasa con el comercio?

COMERCIANTE: Montesinos está dispuesto. Fue a La Guaira para entrevistarse con José María España. No sé nada de la reunión.

S. RODRIGUEZ: ¿Cuándo regresa?

COMERCIANTE: Mañana.

El mulato se levanta de nuevo y se aproxima a la puerta. Escucha.

CAPITAN: ¿Qué ocurre?

MULATO: (*Después de una pausa*). No me gusta tanto silencio.

S. RODRIGUEZ: El silencio es, por ahora, el aire que debemos respirar. (*El mulato vuelve hacia la mesa*). (*A todos*). Oigan bien. Hay algo que puede modificar favorablemente las cosas. Se prepara la fuga de Picornell.

CAPITAN: Yo mismo le quitaré la pluma y pondré en su mano una pistola.

S. RODRIGUEZ: Pero no le arranque la mano o no habrá quien sostenga el movimiento.

CAPITAN: Las personas no son imprescindibles.

S. RODRIGUEZ: Pero hacen falta. (*Pausa*). Campomanes, Lax y Sebastián Andrés participan también en el intento.

MULATO: ¿Para cuándo sería?

S. RODRIGUEZ: En muy breve tiempo. Les iré informando sobre esto. Por su parte, más que indagar, escuchen.

COMERCIANTE: Tengo miedo. Los intereses de los comerciantes no pasan por un buen momento. Muchos se aferran todavía a la bolsa de la Península.

CAPITAN: En ruinas. ¡Estúpida esperanza!

COMERCIANTE: Precipitar las cosas puede provocar la estampida total.

CAPITAN: Y retrasarlas reforzaría fatalmente la reacción.

MULATO: ¿Cómo encontrar el punto?

S. RODRIGUEZ: Cuando lo sepamos, la República estará en las calles. (*Levantándose*). Señores, de hoy en una semana... Si todo va bien.

Se dan las manos. El mulato recoge el escrito y lo guarda. El capitán apaga el cigarro, va hacia la puerta figurada, la entreabre y observa la calle. Rodríguez apaga las velas. Salen y se dispersan.

Al momento de apagar las velas, comienzan a esbozarse, en la parte anterior y en los extremos opuestos, dos seguidoras[18]. *Rodríguez —los demás conspira-*

[18] Se llama *seguidora* —o *seguidor*— al foco cuya luz *sigue* el movimiento del personaje en el escenario.

dores han salido ya— se dirige en su trayecto hacia la luz de la izquierda. Cuando llega, entra bajo la seguidora de la derecha Andrés Bello, de quince años. Desciende el ciclorama gris.

ANDRES BELLO: ¡Don Simón!

S. RODRIGUEZ: (*Después de voltearse*). Andrés... ¿Cómo sigue tu abuelo?[19].

A. BELLO: (*Aproximándose a Rodríguez hasta la unión de las dos seguidoras*). No está bien.

S. RODRIGUEZ: El achaque del tiempo, supongo. ¿Pinta todavía?

A. BELLO: No puede hacerlo.

S. RODRIGUEZ: Dile que este joven, que no lo es tanto como tú, se acuerda de él.

A. BELLO: Quiero hacerle una consulta. Don Carlos Palacios me ha pedido que dé clases a su sobrino.

S. RODRIGUEZ: Pronto empiezas.

A. BELLO: Tengo entendido que usted ha sido su maestro, lo tuvo en casa...

S. RODRIGUEZ: Por unos meses.

A. BELLO: ¿Qué método me aconseja seguir con él?

S. RODRIGUEZ: Me pones en un aprieto. Acostumbro a orientar discípulos, pero no maestros. (*Pausa*). Obsérvale con atención. Simón puede resultar extraño, pero no impenetrable. ¿Qué le vas a enseñar?

A. BELLO: Artes.

S. RODRIGUEZ: Bellas materias para un Bello, profesor. Examina muy bien qué es lo que quieres formar en él. Ponlo en relación con las características suyas que hayas visto. Y busca tú el método... ¡Ah! Y no te preocupes mucho si al principio no aprende la materia. (*Consciente del desconcierto de Bello*). Es lo menos disparatado que puedo decirte.

A. BELLO: ¿Y si no resulta?

S. RODRIGUEZ: No te dediques a enseñar.

---

19 El abuelo de Bello, el pintor Juan Pedro López, vivía en el caraqueño Callejón de la Merced, en la casa contigua a la del Presbítero Carreño, en la que Rodríguez pasó su infancia y adolescencia.

A. BELLO: Bueno, don Simón. Lo intentaré.

Andrés Bello se dirige apresuradamente hacia la izquierda, al tiempo que desciende la intensidad de su seguidora hasta desaparecer, cuando sale. Mientras tanto, al centro y al fondo, ha ido surgiendo un cenital. Entra bajo su luz Simón Bolívar.

S. BOLIVAR: Cuentan muchas cosas de usted, maestro.

S. RODRIGUEZ: (*Encarándole*). ¿Qué cosas, Simón?

S. BOLIVAR: Mi tío dice que usted no debió dejar la Escuela.

S. RODRIGUEZ: Habría que preguntarle a tu tío por qué aceptó mi renuncia en el Cabildo.

S. BOLIVAR: No sé. Eso dice. Y también...

S. RODRIGUEZ: También, ¿qué?

S. BOLIVAR: Otras cosas.

Pausa.

S. RODRIGUEZ: El sol pica insufriblemente esta mañana. Habla pronto.

S. BOLIVAR: Que un grupo de personas está contra el Rey. Que quieren la independencia, o algo parecido, y que es una traición.

S. RODRIGUEZ: ¿Y de dónde saca eso tu tío?

S. BOLIVAR: No me dijo.

S. RODRIGUEZ: ¿Grande o pequeño el grupo?

S. BOLIVAR: Pequeño, supongo. No creo que haya mucha gente así.

S. RODRIGUEZ: ¿Y yo qué pinto en todo esto?

S. BOLIVAR: Mi tío teme que, como usted tiene ideas tan extrañas...

S. RODRIGUEZ: No debieron parecérselo cuando te encomendó a mi cuidado.

S. BOLIVAR: Usted no es un traidor, ¿verdad?

S. RODRIGUEZ: ¿Y tú que crees?

S. BOLIVAR: Que no.

S. RODRIGUEZ: Pues dile eso a tu tío... ¿Cómo te va con el maestro Bello?

S. BOLIVAR: Sabe bastante. Aburrido, a veces.

S. RODRIGUEZ: ¡Qué le vamos a hacer! Salúdalo de mi parte... Y que no se preocupe don Carlos. Dejé

la Escuela, pero no la enseñanza... Ven a verme cuando quieras.

El cenital de Bolívar se apaga y éste sale, mientras unas voces comienzan a cantar la "Carmañola americana"[20]*. Rodríguez escucha atentamente. El mendigo aparece por la derecha, iluminado por una seguidora. Va hacia la izquierda y bordea a Rodríguez, quien se dirige al lado opuesto, bajo su seguidora, con lentitud, sin mirar al mendigo.*

MENDIGO: Escucha su merced un canto peligroso...

S. RODRIGUEZ: (*Asumiéndolo*). ¿Te parece?

MENDIGO: Más les valdría bajar la voz. En esta ciudad se alcanza hasta el respirar de una *pereza.*

S. RODRIGUEZ: Algo debe ocurrir cuando la gente se atreve a entonarlo.

MENDIGO: Pues cuídese, mi señor don Simón, de las malas tonadas.

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué dices eso?

MENDIGO: Soy cojo, pero no sordo. Y yo aprecio a su merced.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué es lo que tú sabes?

MENDIGO: Un pobre ignorante como yo, escucha sin entendimiento. Por Dios todopoderoso que nada sé.

S. RODRIGUEZ: Que son los que más saben. ¿A cuántas puertas llamas cada día? ¿Cuántos secretos te llegan por sus rendijas?

MENDIGO: La virgencita, nuestra Señora, me sirva de testigo...

S. RODRIGUEZ: ¡No me pongas testigos imposibles, Baltasar!

MENDIGO: Gaspar es mi nombre.

---

20 Inspirada musicalmente en la *Carmagnole* que se cantaba en los momentos de la Revolución Francesa, su letra fue compuesta por Manuel Cortés de Campomanes. Consta de veinticinco estrofas y un estribillo, que dice:

Bailen los sin camisa
y viva el son, y viva el son.
Bailen los sin camisa
y viva el son del cañón.

S. RODRIGUEZ: ¿Y no te llamabas Baltasar?

MENDIGO: Varío según los vientos. Y los vientos que corren inquietan a los zamuros.

El mendigo hace una inacabada reverencia y sale por la izquierda. Rodríguez ha tratado infructuosamente de detenerlo con un ademán.

El ciclorama gris sube de nuevo, dejando ver el despacho del Capitán, que se supone situado en un cuartel. Tres sillas, una mesa y un sillón detrás. El Capitán, sentado en el sillón, lleva puesto el uniforme. El mulato, en camisa, permanece de pie. Falta el comerciante. Iluminación nocturna.

Caracas, 1797.

Simón Rodríguez, tras la salida del mendigo, se dirige hacia el despacho del Capitán, al tiempo que se pierde paulatinamente el canto de la "Carmañola". Cuando entra en el espacio de los conspiradores, cesa la seguidora.

CAPITAN: (*Levantándose al ver entrar a Rodríguez*). ¡Al fin!

S. RODRIGUEZ: (*Registrando la ausencia del comerciante*). Y, al parecer, no soy el último.

CAPITAN: Dudo que, a estas horas, venga alguien más.

S. RODRIGUEZ: ¿Y nuestro amigo, el comerciante? ¿Lo dejarían entrar en la puerta? A mí me vieron con muy malos ojos.

CAPITAN: Tienen órdenes de hacerlo pasar.

S. RODRIGUEZ: Dificultades, entonces.

CAPITAN: ¡Hay dificultades! ¿Sabe usted que detuvieron a Sebastián Andrés?

S. RODRIGUEZ: Lo sé. Y Picornell va camino de Curazao.

CAPITAN: ¿Y por qué no está entre nosotros?

S. RODRIGUEZ: Urge encontrar apoyo exterior.

CAPITAN: ¡Urge implantar la Revolución! Y es aquí donde hay que hacerlo. Ahora.

S. RODRIGUEZ: ¿Sabe usted que Picornell defendió ese punto de vista? ¿Y que *su* comandante Gual aconsejó esperar?

CAPITAN: No importa quién se equivoca. Importa el error. El movimiento es demasiado grande. (*Pausa*). Usted dirige este grupo. Y yo sé lo que implica la disciplina. Sin embargo, déjeme decirle algo. Pretendemos objetivos muy opuestos a la realidad. Autonomía frente a siglos de dependencia. Unificación frente a todo tipo de diferencias, usted lo sabe bien. Predicamos justicia y concordia en una sociedad intencionalmente incapacitada para eso por la prepotencia de la Península. ¿Y cómo? Con un código de acción que es un ejemplo de inobjetable dignidad. Habría que incluirlo entre los manuales de buenas maneras, maestro Rodríguez. Lo llaman *maestro*, ¿no es cierto? Ni siquiera contemplamos la pena de muerte. ¡Y yo le digo que no se puede insurgir sin irrespeto! Y con todo respeto, maestro, aprenda esto. Los paraísos quizás se conciban con lecturas. ¡Pero se hacen con sangre!

S. RODRIGUEZ: ¿Y un paraíso de sangre, capitán, en qué modifica la realidad?

CAPITAN: En los motivos por los que se derrama.

S. RODRIGUEZ: Me duele escuchar eso.

CAPITAN: Tal vez porque le altera la sangre.

S. RODRIGUEZ: (*Sentándose*). Porque, de alguna manera, me derrumba.

CAPITAN: Lo siento.

MULATO: ¡Dios nos proteja!

Entran por la izquierda, a la altura de las cuerdas y por detrás de ellas, un alguacil y dos soldados. Llevan candiles. Los conspiradores han quedado en silencio en su escena independiente. La aldaba de la casa de Rodríguez desciende. De nuevo, la pátina de iluminación nocturna, proyectada longitudinalmente en la zona. Cuando los integrantes de la comitiva armada alcanzan el extremo derecho, giran en oblicuo, enfilan la supuesta calle y se detienen ante la aldaba. El Alguacil golpea con fuerza. No hay

curiosos esta vez. En este instante, Rodríguez se levanta, camina hasta la altura de las cuerdas, al extremo izquierdo del escenario, y permanece observando la escena de la derecha. El ciclorama gris baja, haciendo desaparecer el espacio de los conspiradores.

Sale Cayetano Carreño en ropa de dormir. Detrás de él, María de los Santos. Lleva un chal en la mano que no ha tenido tiempo de ponerse.

CAYETANO: (*Sin abrir la puerta*). ¿Quién es?

ALGUACIL: ¡Abran a la Autoridad! (*Cayetano gira la aldaba con nerviosismo*). ¿Vive aquí Simón Carreño Rodríguez?

MARIA DE LOS SANTOS: *(Adelantándose).* Esta es su casa.

ALGUACIL: (*Encarando a Cayetano*). ¿Es usted?

CAYETANO: Soy su hermano. ¿Qué ocurre?

ALGUACIL: Por órdenes del señor Gobernador, Simón Carreño Rodríguez queda detenido.

Rodríguez da la espalda a la escena.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Qué dice, señor Alguacil? ¿Qué es lo que ha hecho?

ALGUACIL: ¡Traición al Rey! Debe acompañarnos.

CAYETANO: No está en casa.

Al oír esto, el Alguacil y los soldados entran sin ningún reparo en el lugar. El Alguacil indica direcciones. Los soldados penetran en las presumibles dependencias de la casa, fuera del escenario.

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Dios mío, eso no es posible!

S. RODRIGUEZ: (*Desde su espacio, después de voltearse hacia su esposa*). Es posible, María.

MARIA DE LOS SANTOS: (*A Rodríguez, sin que los demás registren la situación interpuesta). Y no* me dijiste nada.

S. RODRIGUEZ: No podía hacerlo.

Sale la esposa de Cayetano y la madre de María de los Santos. La esposa de Cayetano da un grito al ver aparecer a uno de los soldados, que penetra

de nuevo a las habitaciones de la casa a otra altura del escenario.

CAYETANO: ¡Señor Alguacil, usted no tiene derecho...!

ALGUACIL: ¡Cállese! (*A María de los Santos*). ¡Y usted, a un lado!

María de los Santos se aparta hacia el proscenio. Sale la suegra de Cayetano, arrastrada de un brazo por el otro soldado.

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Por Dios, Alguacil, es una anciana!

SOLDADO 1: ¡No está! Hay niños... muchos niños...

ALGUACIL: (*A María de los Santos*). ¿De quién son esos niños?

MARIA DE LOS SANTOS: Alumnos de mi marido.

ALGUACIL: ¿Qué es esto? ¿Una escuela de traidores?

MARIA DE LOS SANTOS: (*A Rodríguez*). ¡Pero sí pudiste ponernos a todos en peligro!

S. RODRIGUEZ: No lo quise, María. Sencillamente, no hay opción.

Sale el Soldado 2.

ALGUACIL: *(Al Soldado 2).* ¿Encontraste algo?

SOLDADO 2: Nada.

ALGUACIL: ¡Carajo!... ¡Escuchen todos! Nadie puede salir hasta nueva orden. La casa queda custodiada.

El Alguacil hace una seña al Soldado 1, y ambos se retiran. El Soldado 2 permanece en la casa. Los familiares de Rodríguez observan con temor a su guardián. Sólo Cayetano procura componer, sin mucho éxito, un aspecto de firmeza. Cuando el Alguacil y el Soldado 1 llegan, por la figurada calle, hasta el extremo posterior derecho, la parte central desciende, llevándose la escena de la casa de Rodríguez. La aldaba sube. María de los Santos queda en la zona anterior, separada de nuevo de su esposo por el hueco longitudinal. El Alguacil y el Soldado 1 pasan, por detrás de las cuerdas, junto a Rodríguez, sin asumirlo, y salen por donde entraron.

MARIA DE LOS SANTOS: (*Dirigiéndose hacia el centro del espacio, mientras se pone el chal*). ¿No era suficiente con lo de la Escuela?

S. RODRIGUEZ: ¿Estás segura de que no te siguieron?

MARIA DE LOS SANTOS: No me siguieron... En la casa no se puede vivir. Nos vigilan.

S. RODRIGUEZ: Esto no es lo mismo, María. Mataron a mis compañeros[21]. Y el grupo estaba a mi cargo. ¿Te das cuenta?

Rodríguez camina y queda a la derecha de su esposa.

MARIA DE LOS SANTOS: Me doy cuenta. ¿Y tú? (*Rodríguez comienza a caer de rodillas, dominado por un temblor incontenible*). ¿Qué te pasa, Simón? (*Rodríguez intenta mirarla*). Pero, ¿por qué lo hiciste?

S. RODRIGUEZ: ¡No me preguntes nada!

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Ellos tienen tanta fuerza! ¿Pensaste que iban a cruzarse de brazos?

S. RODRIGUEZ: ¡No me preguntes!

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Luchar contra el Rey! ¿Para qué, Simón? ¿Tienes algo mejor que ofrecer? ...Ellos sí tenían qué ofrecerte. Te respetaban. ¡Te temían! Por eso rechazaron tu Proyecto. Pero tú no te diste cuenta.

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose*). ¡Estúpida! Ellos sólo respetan la sumisión, justo porque tienen la fuerza. Sumisión y poder. Ahí está toda la fórmula.

MARIA DE LOS SANTOS: Podrías haberlo *sido* todo.

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo es posible que hayamos vivido juntos?

MARIA DE LOS SANTOS: ¿Qué dices?

S. RODRIGUEZ: ¡*Así* no quiero *ser*, María! ¡Que no quede ni el nombre!

Pausa.

MARIA DE LOS SANTOS: Entonces, te vas.

S. RODRIGUEZ: Tengo que hacerlo.

---

21 Presumiblemente, el complot se descubrió por la imprudencia de uno de los más connotados comerciantes caraqueños: Manuel Montesinos, mencionado con anterioridad, quien participó en el movimiento.

MARIA DE LOS SANTOS: ¿A dónde?
S. RODRIGUEZ: Lejos de todo esto.
MARIA DE LOS SANTOS: ¿Y nosotros?
S. RODRIGUEZ: El peligro es conmigo. Sin mí, no.
MARIA DE LOS SANTOS: ¿Cuándo volverás?
S. RODRIGUEZ: No lo sé.
MARIA DE LOS SANTOS: ¿Tendré noticias tuyas?
S. RODRIGUEZ: No dependas de eso. Vive.

Rodríguez sale por la derecha.

MARIA DE LOS SANTOS: ¡Que Dios te ampare, maldito seas!

Por el piso del escenario emerge una mesa muy sencilla, detrás de la cual está sentado un funcionario de aduana. María de los Santos sale por la izquierda y, en ese momento, la iluminación total asciende a un suave tono diurno. Se escucha, de manera progresiva, ruido de mar y, sobre el ciclorama, se percibe reflejos de agua.

Baltimore, 1797.

Una hilera de viajeros entra por la derecha y se dirige hacia la mesa del funcionario. Entre ellos se distingue a Simón Rodríguez, con casaca, que arrastra un grueso bulto. El funcionario pide documentos y revisa los equipajes. Cuando Rodríguez llega hasta él, pone el bulto sobre la mesa.

FUNCIONARIO: Passport. *(Rodríguez busca en la casaca, mientras el funcionario inspecciona el bulto. Extrae algún libro. Lo vuelve a meter. Se impacienta ante Rodríguez, que no logra dar con los documentos).* Your name. *(Rodríguez no contesta).* Your name, sir!

S. RODRIGUEZ: Robinson. Samuel Robinson.

Rodríguez saca finalmente sus papeles y los sitúa sobre la mesa. El funcionario los ojea sin mucho detenimiento y se los da. Rodríguez los recoge, toma el bulto y camina hacia el proscenio, al centro. Un poco frontal cae sobre su figura, al tiempo que continúa la actividad de los viajeros, ahora en contraluz, frente a los reflejos del agua, por haber desaparecido la iluminación ambiental.

Rodríguez mira hacia los espectadores, de un extremo a otro de la sala, en un lento transitar visual. Luego, se detiene en algún punto y queda en él como abstraído. No se detecta muy bien qué hay en la mirada de Rodríguez, si lo que dejó o lo que encuentra.
Cesa paulatinamente el ruido del mar y la iluminación desciende hasta el oscuro total.

ACTO II

Se ilumina la parte izquierda del escenario y, sobre una plataforma rodante, se ve a Simón Rodríguez, sentado en un taburete, quien compone una página de imprenta. Ante él, un mueble de cajista con diversos moldes de letras.

Baltimore, 1798.

Entra un prensista con una hoja impresa en la mano.

PRENSISTA: El Director pregunta si estás loco.

S. RODRIGUEZ: Es una posibilidad.

PRENSISTA: ¿Por qué mezclas *versalita* con *cursiva*, la *negrita* con *redondilla?* Y estas medidas distintas.

S. RODRIGUEZ: ¿No hablas tú dando a cada palabra un énfasis particular? Es lo mismo.

PRENSISTA: (*Mirando la página*). Jamás me había enfrentado a una cosa semejante. ¡Y llevo años en el oficio!

S. RODRIGUEZ: ¿Ni siquiera en Perú? Por la altura, digo. Produce alucinaciones.

PRENSISTA: Menos. Hay pocas imprentas.

S. RODRIGUEZ: Dile que, en todo caso, se trata de un experimento. Que lo tire si no le gusta.

PRENSISTA: Es preferible que se lo digas tú.

S. RODRIGUEZ: Mi inglés no es bueno cuando me irrito. Y tú no sueles irritarte.

PRENSISTA: ¡My God! He's mad as hell[1].

S. RODRIGUEZ: I am sure[2].

---

1 *Traducción*: ¡Dios mío! Se pondrá furioso.
2 *Traducción*: Por supuesto.

PRENSISTA: En Norteamérica las cosas siguen unos cauces.

S. RODRIGUEZ: Me suena eso. ¿Pero no te parece que están todavía a tiempo de revisarlos? No hace mucho que los implantaron.

PRENSISTA: Con toda franqueza, Samuel, deberías considerar tu situación.

S. RODRIGUEZ: Te prometo que lo haré. Pero ve a decírselo.

El prensista sale.

Rodríguez toma el taburete y lo sitúa en el proscenio. Un cenital cae sobre él y desaparece la iluminación en el sector izquierdo. Se sienta. La plataforma será retirada con el mueble de imprenta.

Durante el texto que sigue, Rodríguez en ningún momento asumirá al público.

Baltimore, 1798-París 1802.

S. RODRIGUEZ: No es fácil. En toda consideración propia se puede ocultar de alguna manera nuestro temor. Pero, ¿por qué oponerse a los experimentos, sólo porque no responden a nuestro hábito? Se bloquea el alcance de las nuevas cosas sin haber concedido siquiera una reflexión a la novedad. Desde luego, el peligro no resulta confiable. Lo desdibuja todo. Y el orden necesita el sosiego de lo indiscutible. ¡Si fuera posible un orden vivo, dotado de incesante movimiento. Sin embargo, ¿qué país más propicio que éste para hacer del experimento su consigna? Aquí se sangra por la libertad, mi querido Capitán. ¡Lástima que ya no pueda verlo! Las cosas se nombran de nuevo porque atravesaron el miedo. Y tiene uno la sensación de nacer... Excepto los negros, por supuesto. Agonizan cada día en este país de iguales. Y los indios. (*Por el fondo, aparece Rodriguez-adulto, bajo la luz de una seguidora. Lleva ropa de más abrigo. En su cabello se perciben ligeras entradas. Camina hacia donde se encuentra Rodríguez-joven).* Como los nuestros, Capitán. Y tengo también la impresión de que se podría

vender aquí hasta lo que no existe. Tal vez las lecturas no fueron bien asimiladas. Tal vez la acción sólo se compromete con los hechos y no con los principios. ¿Quién sabe? *(Rodríguez-adulto llega hasta él y Rodríguez-joven lo mira. Hay una pausa. Después, Rodríguez-joven se levanta y le deja el puesto. Rodríguez-adulto se sienta y Rodríguez-joven va ahora hacia el fondo, con cierta lentitud. Rodríguez-adulto prosigue el texto, situado ahora en París).* O, quizás, esta necesidad de cambio esconde tan sólo el deseo de remozar el aspecto de una misma arbitrariedad. Para que no nos avergüence demasiado. La juventud rara vez piensa en esto. *(Rodríguez-joven se voltea y escucha),* ocupada sin reservas en la esperanza. ¡Pero qué difícil es lograr un hombre auténtico! *(Rodríguez-joven retoma su camino y sale).* En cualquier caso, se imponía llegar hasta la fuente, ahora que las aguas se han removido de nuevo en este Viejo Mundo. De aquí parten las lecturas que respiramos. Y aquí están los ejércitos que usted desearía, Capitán, de la mano de un Corso y, según dicen, grande. ¿Será éste el hombre? Y si no lo es, ¿dónde encontrarlo?... Hurgar las cosas más antiguas para reconstruir de nuevo la sorpresa. ¡Qué otra suerte le queda a un *robinson?*

Entra por la derecha Fray Servando Teresa de Mier. Lleva puesta una levita de intenso color morado, así como los pantalones, las medias e, incluso, los zapatos. De tez muy blanca, le cae una larga, frondosa y rubia cabellera. En su mano izquierda, un gran anillo. En el pecho, una cruz que pende de una gruesa cadena de oro. Tiene treinta y siete años. Cuando se detiene, incide sobre él un haz rectangular de luz, que se supone proveniente de una claraboya. A la izquierda, otro haz luminoso da en el suelo.

SERVANDO DE MIER: (*A Rodríguez*). ¿Qué murmuras desde hace rato? (*Mirando la presunta claraboya*). Acércame ese taburete, si no te importa. Quiero exponerme a este sol, por escuálido que sea.

París está imposible. Hace más frío que el año pasado.

Rodríguez le lleva el taburete. Desaparece el cenital que caía sobre él y surge la luz ambiente. Fray Servando se sienta, separa los brazos y los deja caer.

S. RODRIGUEZ: Una claraboya no da para mucho.

SERVANDO DE MIER: Afortunadamente, tenemos dos. Te sugiero que utilices la otra y así te llegará algún calor. (*Rodríguez se sitúa bajo el otro haz de luz y se sienta en el suelo*). ¿Y quién es ese Capitán?

S. RODRIGUEZ: Escuchaste.

SERVANDO DE MIER: Palabras sueltas.

S. RODRIGUEZ: Un viejo camarada.

SERVANDO DE MIER: ¿Viejo de edad o viejo de tiempo?

S. RODRIGUEZ: De nada, en realidad. Lo mataron.

SERVANDO DE MIER: Viejo de musgo. De tierra. La peor vejez de todas... Debes dejar esa costumbre de hablar solo. Es propia de las cárceles. ¿Te conté mi conversación con las ratas? ¿Dónde fue? En Santander. Eran tantas en la celda y tan poca la comida que comencé a hablar con ellas para llegar a un acuerdo. Como respuesta se comieron mi sombrero. Arranqué una estaca del catre y terminé el coloquio. ¡Es asombroso como esos animalitos se empeñan en devorarlo a uno!

S. RODRIGUEZ: ¿No te sientes un poco ridículo? En estos momentos pareces un lagarto al sol. Y me temo que voy por el mismo camino.

SERVANDO DE MIER: Nobles reptiles que nos liberan de insectos. ¿No te parece exagerado el desprecio bíblico por los reptiles? Y, en cambio, nada se dice de los arzobispos. No existían, por supuesto. Son plaga posterior.

S. RODRIGUEZ: Pero sí los sacerdotes. ¿Qué piensas de eso?

SERVANDO DE MIER: No puedo pensar con un rayo de sol dándome en los ojos. Pero de este año no pasa que deje los hábitos.

S. RODRIGUEZ: Nunca lo harás. Te gustan demasiado.

SERVANDO DE MIER: Deliras. Un atuendo que abre algunas puertas.

S. RODRIGUEZ: Y cierra otras. No son buenos tiempos para el clero. Además, asustas a los muchachos. Al menos podrías quitarte esa cadena.

SERVANDO DE MIER: ¿Tú crees? ¿Y no será el lugar? Esta buhardilla es poco pedagógica.

S. RODRIGUEZ: En sitios peores he dado clase.

SERVANDO DE MIER: ¿A estudiantes como éstos? Están muy bien nutridos ¿te das cuenta? Todavía no entiendo por qué les interesa el español. ¿Estarán rechazando su tradición cartesiana? ¿O es que Napoleón quiere entrar en España?

El sol se nubla lentamente.

S. RODRIGUEZ: Creo que Napoleón quiere entrar en cualquier parte. Pero no sé si España querrá entrar en Napoleón.

SERVANDO DE MIER: ¿No hueles la confusión? ¿No te da fuerzas? Siempre el caos ha precedido a la vida. La Biblia acierta en eso. Te da fuerza, lo sé. Todo es posible. Reconócelo, Simón. O Samuel. Deberías haber escogido un nombre azteca. Son profundos. Se hunden. Pero nunca llegan a desaparecer. ¡Este sol es un fraude! Salgamos. Tendremos al menos el calor de la gente. ¿Algún alumno esta tarde?

S. RODRIGUEZ: Terminamos por hoy.

SERVANDO DE MIER: A la calle.

Fray Servando se levanta. Saca unos guantes de fuerte color amarillo y se los pone. Rodríguez también se levanta. Se acomoda la ropa sin añadir nada más a su vestimenta.

Sube el ciclorama gris y aparece una calle de París. Edificios. Diversos elementos. Entre ellos, la entrada de un Café. Hay transeúntes que pasan longitudinalmente. Componen una abigarrada muestra de tipos. Después, irán ocupando el espacio anterior en un juego de direcciones múltiples. Rodríguez y Mier

quedan inmersos en este incesante transitar. El taburete permanece y todos lo evitarán, sin registrarlo. Servando de Mier imparte bendiciones a transeúntes que le hacen ver algún respeto.

S. RODRIGUEZ: ¿Y no cobras las bendiciones?

SERVANDO DE MIER: Lo agradecen. Ni siquiera la Revolución ha podido con los sentimientos religiosos. Se hincan en lo más secreto del hombre.

S. RODRIGUEZ: *(Deteniéndose para admirar a una muchacha)*. Prefiero el instinto. Igualmente remoto y sin sombra de culpa.

SERVANDO DE MIER: Si hubiera dicho eso en México, el Arzobispo me habría degollado personalmente, sin el innecesario trámite de las cárceles. ¿O crees que hubiera utilizado un método más apostólico?

S. RODRIGUEZ: No creo que el veneno pueda contigo.

SERVANDO DE MIER: *(Señalando el Café)*. ¿Y el vino?

Fray Servando abre la puerta del Café, al tiempo que asciende el ante-proscenio, dejando ver el interior del recinto. El movimiento de calle continúa detrás.

En el Café hay cuatro mesas, todas ocupadas. El mostrador se supone situado fuera de la vista del espectador. Una joven exuberante atiende los pedidos. Diversos parroquianos, hombres y mujeres. Cierto desaliño en ellos. En una de las mesas está sentado Helie de Cambrai[3]*. Junto a él, un taburete vacío. Por la izquierda entran Rodríguez y Mier, a quien los parroquianos miran con extrañeza.*

S. RODRIGUEZ: Presumo que se va a celebrar aquí una extraña misa... *monseñor.*

---

3 Amigo de Francisco de Miranda, a quien los historiadores han considerado como el precursor de la independencia de la América hispana. En una carta dirigida a éste a Londres, Helie de Cambrai le comenta el encuentro con dos hispanoamericanos que, según las referencias que proporciona, son Simón Rodríguez y Servando Teresa de Mier.

SERVANDO DE MIER: (*Quitándose los guantes*). Cierra la boca. ¿Hay algo más cercano a la liturgia que un buen vino?

S. RODRIGUEZ: Precisamente. ¿Vamos a otro sitio?

SERVANDO DE MIER: ¿Estás loco?

S. RODRIGUEZ: Más de uno lo afirma. (*A la joven mesonera*). Est-ce-qu'il n'y a pas de tables, ma belle?[4].

MESONERA: Oui, monsieur. Un instant, s'il vous plait. [5].

La mesonera sale. Provenientes de una de las mesas, se escucha risotadas, que obligan a voltearse a Fray Servando.

S. RODRIGUEZ: No es tu público.

SERVANDO DE MIER: ¿Es por mí?

S. RODRIGUEZ: Parece.

SERVANDO DE MIER: (*Dirigiéndose a quien lleva en el grupo la voz cantante*). Citoyen![6].

PARROQUIANO: (*Levantándose con gran ceremonia*). A vos ordres, Sa Grandeur[7].

SERVANDO DE MIER: (*Con cierta torpeza en la pronunciación*). Avez-vous quelque chose avec moi?[8].

PARROQUIANO: L'absolution, s'il vous plait. Nous sommes de très grands pécheurs[9].

Se vuelve a escuchar las risotadas.

SERVANDO DE MIER: (*A Rodríguez*). ¿Qué ha dicho este imbécil?

PARROQUIANO: Imbécile en français, Sa Grandeur[10].

---

4 *Trad.*: ¿No hay mesas, hermosa?

5 *Trad.*: Sí, señor. Por favor, un momento.

6 *Trad.*: ¡Ciudadano!

7 *Trad.*: A sus órdenes, Su Ilustrísima.

8 *Trad.*: ¿Tiene usted algo conmigo? *Nota*: *algún problema*, se sobreentiende, aun cuando Fray Servando no lo exprese en el francés más preciso.

9 *Trad.*: La absolución, por favor. Somos grandes pecadores.

10 *Trad.*: Imbécil (*desde luego, se refiere a la pronunciación*) en francés, Su Ilustrísima.

S. RODRIGUEZ: (*A Fray Servando*). Ten en cuenta que nuestras lenguas provienen del mismo odre. Procura insultos más autóctonos.

SERVANDO DE MIER: ¿No respeta usted los hábitos, *monsieur?*

PARROQUIANO: *(A Rodríguez).* Qu'est-ce-qu'il a dit?[11].

S. RODRIGUEZ: (*A Fray Servando*). Deberías practicar más tu francés. *(Al parroquiano).* Ne respectez-vous pas les habits?

PARROQUIANO: Les mauvaises habitudes seulement, monsieur.

S. RODRIGUEZ: *(A Fray Servando).* Sólo los malos hábitos.

SERVANDO DE MIER: *(A todos los parroquianos, un tanto fuera de sí).* Je suis un révolutionnaire ¡Respectez au moins ça![12].

PARROQUIANO: Vous un révolutionnaire?[13] (*A Rodríguez).* Et vous aussi?[14].

Comienza a reír él mismo.

SERVANDO DE MIER: ¡Yo le aplasto la boca a este pendejo!

S. RODRIGUEZ: Calma o la misa podría ser de difuntos. *(Al parroquiano).* Moi aussi, monsieur[15].

PARROQUIANO: Vous n'êtes pas français. D'oú êtes vous?[16].

S. RODRIGUEZ: Américain. De Filadelphie.

SERVANDO DE MIER: ¡De Filadelfia no, maldición! ¿Por qué te avergüenzas de tu tierra? De Caracas. *(A todos).* Il est de Caracas.

Helie de Cambrai se levanta.

---

11 *Trad.*: ¿Qué ha dicho?

12 *Trad.*: ¡Yo soy un revolucionario! ¡Respeten al menos eso!

13 *Trad.*: ¿Usted un revolucionario?

14 *Trad.*: ¿Y usted también?

15 *Trad.*: Yo también, señor.

16 *Trad.*: Usted no es francés. ¿De dónde es usted?

HELIE DE CAMBRAI: *(A todos también).* Arrêtez! C'est un concitoyen du Général Miranda[17].
PARROQUIANO: *(A Rodríguez).* C'est vrai?[18].
S. RODRIGUEZ: C'est vrai.
PARROQUIANO: *(Después de pensarlo).* Alors, pas de problème[19].
El parroquiano se sienta de nuevo y bebe un vaso de vino. Quienes lo acompañan hacen lo mismo. Helie de Cambrai aprovecha la ocasión.
HELIE DE CAMBRAI: (*A Rodríguez y Mier, en un castellano con acento*). Vengan a mi mesa. (*Ve que falta un taburete, toma el que está en el plano de la calle y lo trae).* Asseyez-vous[20]. *(Ofreciéndoles su mano*). Helie de Cambrai.
S. RODRIGUEZ: ¿Conoce usted a Francisco de Miranda?
HELIE DE CAMBRAI: Somos amigos.
S. RODRIGUEZ: ¿Y sigue aquí?
HELIE DE CAMBRAI: Está en Londres. Los franceses lo estiman, ustedes lo han visto. Pero Fouché no comparte esa opinión.
SERVANDO DE MIER: ¿Y qué hace en Londres?
HELIE DE CAMBRAI: Mon Dieu![21]. Es difícil saberlo. Su viejo sueño, supongo.
S. RODRIGUEZ: Conozco ese sueño, *monsieur.*
HELIE DE CAMBRAI: ¿Usted también...?
S. RODRIGUEZ: El delirio penetra. Se extiende por todas partes y por ningún lugar. Pero ahí está.
HELIE DE CAMBRAI: Incroyable! Votre nom s'il vous plait[22].

---

17 *Trad.*: ¡Deténganse ¡Es un conciudadano del General Miranda! *Nota:* Entre las causas asumidas por el caraqueño Francisco de Miranda en su extenso peregrinaje por el mundo, está el haber luchado en el Ejército Revolucionario francés con el rango de General. Su nombre aparece en el Arco de Triunfo de París.
18 *Trad.*: ¿Es cierto?
19 *Trad.*: Entonces, no hay problema.
20 *Trad.*: ¡Siéntense!
21 *Trad.*: ¡Dios mío!
22 *Trad.*: ¡Increíble! Su nombre, por favor.

S. RODRIGUEZ: Samuel Robinson.

SERVANDO DE MIER: Un alucinado. Inventa historias. Finge nombres...

S. RODRIGUEZ: Así me llamo y basta. (*Entra la mesonera, que no sabe qué hacer con la mesa. Rodríguez se levanta).* Excusez-moi, ma belle[23].

MESONERA: Pas d'importance[24].

Deja la mesa en la parte anterior.

SERVANDO DE MIER: (*A la mesonera*). Oporto.

PARROQUIANO: (*Levantándose con una botella de vino apenos comenzada).* J'invite![25]

Rodríguez toma un trago directamente de la botella y se la pasa a Fray Servando. Este se pone de pie y la bebe sin interrupción. Los parroquianos corean el hecho. Rodríguez se sienta. Helie de Cambrai pide vasos y una botella de vino. Quienes invitaron encargan otra botella a la mesonera. Esta sale.

S. RODRIGUEZ: (*A Helie*). Háble me de Miranda. Usted debe saber más de lo que dice, *monsieur.*

HELIE DE CAMBRAI: En estos tiempos, *mon ami*[26], nadie sabe más de lo que dice. Más bien dicen más de lo que saben.

S. RODRIGUEZ: ¿Piensa usted que Francia apoyaría la independencia de nuestra tierra?

HELIE DE CAMBRAI: Debe llevar aquí poco tiempo, *monsieur,* Francia cabalga hacia su propio Imperio. Y España está en sus planes.

S. RODRIGUEZ: C'est vrai?

HELIE DE CAMBRAI: On le dit[27]. Inglaterra coquetea con Francia en estos momentos.

S. RODRIGUEZ: Incroyable! *(Entra la mesonera con dos botellas y vasos. Deja primero una botella y los vasos en la mesa de Helie de Cambrai. Después, al acercarse al otro grupo, el parroquiano le quita la se-*

---

23 *Trad.*: Discúlpame, hermosa.
24 *Trad.*: No tiene importancia.
25 *Trad.*: ¡Yo invito!
26 *Trad.*: Amigo mío.
27 *Trad.*: Eso se dice.

gunda de la mano). (A Servando de Mier). ¿Escuchaste? Francia un Imperio.

SERVANDO DE MIER: ¡Jamás! ¿Quién lo dice?

HELIE DE CAMBRAI: (*Al tiempo que sirve los vasos).* Se habla de un Consulado Vitalicio. Y un Cónsul Vitalicio se parece demasiado a un Emperador.

SERVANDO DE MIER: ¡Palabras vacías (*Bebe su vaso de un trago*). Napoleón no puede hacer eso. *(A los parroquianos).* Citoyens, voulez-vous un Empire?[28].

PARROQUIANO: Comment?[29].

SERVANDO DE MIER: Voulez-vous un Empire?

OTRO PARROQUIANO: (*Levantándose. Con firmeza).* Nous sommes républicains![30].

PARROQUIANO: A la merde, l'Empire![31].

SERVANDO DE MIER: D'accord![32]. *(Bebe otro vaso de vino y salta sobre la mesa que está vacía).* Le monde entier...[33]. *(Interrumpiéndose).* ¡Maldito francés! *(A Rodríguez).* Traduce.

S. RODRIGUEZ: Tus gestos son suficientemente expresivos.

SERVANDO DE MIER: (*Con cierta tosquedad declamatoria*). El mundo entero será republicano. Esa es la línea de la historia, la voluntad de los pueblos. Está en la Providencia. (*El parroquiano le ofrece un vaso de vino que Fray Servando apura nuevamente de un solo trago*). ¡Dios protege la libertad!

HELIE DE CAMBRAI: *(A Fray Servando).* Assez, monsieur![34]. Francia es un semillero de oídos.

SERVANDO DE MIER: *(Sin registrar la advertencia).* Francia es republicana, Inglaterra será republicana, España será republicana. Dios es republicano. ¡Fuera

---

28 *Trad.*: Ciudadanos, ¿quieren un Imperio?
29 *Trad.*: ¿Cómo?
30 *Trad.*: ¡Nosotros somos republicanos!
31 *Trad.*: ¡ A la mierda el Imperio!
32 *Trad.*: ¡De acuerdo!
33 *Trad.*: El mundo entero...
34 *Trad.*: ¡Basta, señor!

el Imperio!... ¡Más vino! (*Una mujer le ofrece un vaso).* Messieurs, pour la République![35].

Los parroquianos brindan, quizás más por el espectáculo que les ofrece Fray Servando, que por el propio brindis.

HELIE DE CAMBRAI: (*A Rodríguez*). ¿Su amigo es *vraiment*[36] un sacerdote?

S. RODRIGUEZ: Por mucho que intente disimularlo.

HELIE DE CAMBRAI: Su atuendo no parece muy común.

S. RODRIGUEZ: Una versión propia. El siempre hace sus versiones de las cosas.

Fray Servando, que ha escuchado las últimas palabras, salta de la mesa.

SERVANDO DE MIER: Yo hago versiones. Pero tú simples traducciones. Y no muy buenas, por cierto. *Atala* moriría cien veces en los brazos de *Chactas,* si escuchara el castellano que la haces hablar[37].

S. RODRIGUEZ: Precisamente son los brazos de *Chactas* lo que le está vedado a *Atala.* Deberías haber leído la obra.

SERVANDO DE MIER: ¿Me estás provocando? (*A Helie de Cambrai, pero en forma audible para todos*). ¡Una idea mía, *monsieur!* Y en el libro no aparece el menor crédito. Un azteca no habría cometido un abuso semejante.

S. RODRIGUEZ: *Monsieur* de Chateaubriand te agradecerá infinitamente que no hayas violado su francés.

SERVANDO DE MIER: Viniste a este país huyendo de todas partes...

---

35 *Trad.*: Señores, ¡por la República!

36 *Trad.*: verdaderamente.

37 Se refiere a la traducción de *Atala* de Chateaubriand, que Samuel Robinson (Rodríguez) publicó en París en 1801. Fray Servando se la atribuye en sus *Memorias.* Sin embargo, esto parece muy poco probable, entre otras cosas, por su precario dominio del francés. Es posible que, colaborara en la labor, e incluso que fuera determinante en sugerir la conveniencia de la idea para los fines de unos profesores de español.

S. RODRIGUEZ: Buscando.

SERVANDO DE MIER: ¡Huyendo, te digo! De tu tierra, de tu miedo enfermizo. Hasta de tu nombre. Te abro los brazos y me pagas de esta manera.

S. RODRIGUEZ: A veces, tus brazos aprietan demasiado.

SERVANDO DE MIER: ¡Apártalos entonces! (*A Helie de Cambrai*). ¿Lo ve usted, *monsieur?* Me rechaza. (*A Rodríguez*). ¡Por todos los demonios, escucha bien esto! No te soporto, Samuel Rodríguez. Yo también necesito liberarme. ¡Estoy harto de niñitos malcriados que chapurrean de manera infame el español! Terminaré comiéndome a alguno de ellos.

S. RODRIGUEZ: ¡Pues húndete en tu parroquia y no salgas de ella! Para algo te la dieron. Al menos podrás alimentarte con algunos fieles.

Fray Servando se quita violentamente la levita y la arroja al suelo.

SERVANDO DE MIER: De este año no pasa que deje los hábitos. ¡Ante el mismísimo Papa!

S. RODRIGUEZ: No lo lograrás. Los necesitas.

SERVANDO DE MIER: ¡A Roma! Directo a Roma. Y tú, Simón Robinson, asume tu soledad.

S. RODRIGUEZ: Mis saludos a Su Santidad. (*Recoge la levita del suelo y se la ofrece*). Recuerda que hace frío.

Fray Servando no la coge. Ve un vaso en una mesa próxima, lo toma, lo exhibe ante Rodríguez, lo bebe y sale.

En la calle, el transitar de la gente se ha ido retrayendo a la parte posterior a las cuerdas.

Al poco tiempo, se ve aparecer —en la transposición espacial— a Servando de Mier por la puerta del Café. Acusa el frío y camina con decisión hasta salir definitivamente por la izquierda[38].

---

[38] Fray Servando Teresa de Mier viajó efectivamente a Roma. Y, efectivamente también, nunca dejó su condición de dominico. Lo que no fue obstáculo, por otra parte, para que, bastantes años después, luchara incansablemente por la independencia de México, su país.

Rodríguez, por su parte, en el interior del Café, ha hecho un ademán para retener a Fray Servando, registra la atenta observación de todos los presentes, los mira y sale también del espacio.
Helie de Cambrai se ha puesto de pie. Los demás mantienen la curiosidad en sus miradas.
Una vez que Fray Servando ha desaparecido por la calle, se ve surgir a Simón Rodríguez por la puerta del Café. Mira hacia un lado, después hacia el otro. No localiza la dirección de su compañero y, finalmente, con la levita en el brazo, camina pensativo hacia la derecha.
Desciende todo el ambiente del Café y el ciclorama gris, que oculta la calle. Aparecen las claraboyas de la buhardilla de Rodríguez y el tono ambiental. Hacia la situada más a la izquierda se dirige Simón Bolívar-joven, diez y ocho años en este momento, trajeado con evidente esmero. Bajo la más próxima a la derecha se detiene Simón Rodríguez y mira a Bolívar.

S. RODRIGUEZ: ¿Cuándo llegaste?

S. BOLIVAR: Por la noche.

S. RODRIGUEZ: Parece irreal. ¡Tanto tiempo, Simón!
Bolívar atraviesa el escenario hacia donde está Rodríguez y lo abraza con fuerza.

S. BOLIVAR: ¡Muy real, maestro!

S. RODRIGUEZ: ¿Todavía maestro? Qué bien... Déjame verte... Excelente aspecto. Un poco delgado, quizás. Pero no importa. Tienes la mirada llena de fuerza.

S. BOLIVAR: ¿Y usted?... Un poco más calvo...

S. RODRIGUEZ: Y con otro nombre.

S. BOLIVAR: Me lo dijeron... ¿Y esa levita forma parte de la transformación?

S. RODRIGUEZ: Un recuerdo de un amigo. (*Ofreciéndosela*). Si te atreves a ponértela, es tuya.

S. BOLIVAR: No me van los colores eclesiásticos.

S. RODRIGUEZ: A mí tampoco, lamentablemente. ¿Cómo entraste?

S. BOLIVAR: La puerta estaba abierta.

S. RODRIGUEZ: Cierto. Hay tan poca cosa que, a veces, no me preocupo de cerrarla. ¿Y la residencia que te recomendé?[39]

S. BOLIVAR: Está bien, don Simón. Pero podría haberme quedado con usted.

S. RODRIGUEZ: De ninguna manera. Tú no estás acostumbrado a esto. Demasiado vacío.

S. BOLIVAR: *(En una retahíla).* Pero me enseñará París. Quiero conocerlo todo. Cada una de sus calles, la gente, me interesa la gente, son cordiales, en la residencia lo he podido comprobar, y con otro estilo. Absolutamente todo... ¿Podremos ver a Napoleón? ¡Qué hombre extraordinario!... ¡Quiero vivir, maestro!

S. RODRIGUEZ: A veces pienso que no he perdido el tiempo contigo.

S. BOLIVAR: Me voy a casar, don Simón.

S. RODRIGUEZ: Y a veces, que sí... ¿Con quién?

S. BOLIVAR: Con Teresita Toro.

S. RODRIGUEZ: Había olvidado que te codeas con grandes nombres. ¿Es hermosa?

S. BOLIVAR: La más hermosa. La más exquisita. La más...

---

39 Los historiadores suelen situar el primer encuentro de Rodríguez y Bolívar en Europa, en el viaje que éste hizo en 1804. Sin embargo, recientes investigaciones han descubierto que Bolívar, en su viaje a París en 1802, de muy breve duración, vivió en la misma calle que Rodríguez, en la *rue Saint-Honoré*, que des-santificó la Revolución, convirtiéndola simplemente en *Honoré*. Es poco probable que dos hispanoamericanos y, por más abundamiento reductivo, caraqueños, no se hubieran encontrado viviendo en la misma calle de una ciudad extranjera. Es posible, incluso, que Bolívar habitara en esa calle por recomendación de algún conocido, como su maestro. Y también lo es que el área de *Saint-Honoré* fuera sector afecto a los hispanoamericanos, que, siguiendo la ley del forastero, tienden a concentrarse en zonas cuando están en el exterior. En el edificio donde se hospedó Bolívar se encontraba, asimismo, la residencia parisina de Francisco de Miranda, en Londres en ese tiempo.

S. RODRIGUEZ: ¿Sensual?
S. BOLIVAR: La más sensual. Ella es *todo.*
S. RODRIGUEZ: Entonces, puedes prescindir perfectamente de París.
S. BOLIVAR: (*En un súbito cambio*). ¡Qué frío es usted, maestro !¡Qué oscuro!
S. RODRIGUEZ: (*Después de una pausa*). ¿Te parece?
S. BOLIVAR: Me parece.
S. RODRIGUEZ: ¿Tanto te importa conocerme?
S. BOLIVAR: No es justo que uno solo se descubra.
S. RODRIGUEZ: ¿Y de qué te serviría mi confusión?
S. BOLIVAR: ¿Usted? No puedo creerlo.
S. RODRIGUEZ: ¡Pues créelo! En estos momentos soy un discípulo perfecto.
Bolívar comienza a reír. Rodríguez observa con suspicacia.
S. BOLIVAR: Es magnífico, ¿no se da cuenta? Casi me siento inclinado a tratarle.
S. RODRIGUEZ: Pues date prisa, porque estoy a punto de saltar de nuevo. París no es una ciudad infinita.
S. BOLIVAR: ¿Qué hay infinito a excepción del amor?
S. RODRIGUEZ: Irremediablemente necesitas casarte. Date prisa también en eso.
S. BOLIVAR: Deme la levita, don Simón.
S. RODRIGUEZ: ¿Y qué vas a hacer con ella?
S. BOLIVAR: La colgaré en la habitación. Servirá de espantapájaros, o de disfraz. O de recuerdo de un amigo.
S. RODRIGUEZ: Por un momento temí que la utilizaras en tu boda.
Bolívar toma la levita y sale. Rodríguez se queda mirándole.
Desaparecen las claraboyas y permanece el tono ambiental. Por la derecha, ya sentado en un sillón que será rodado con cierta parsimonia, se ve entrar a un hombre de unos cincuenta años. Barba y bigote poblados. Sujeta unos papeles. Es científico. Habla en castellano con notorio acento extranjero.

CIENTIFICO: Me dijeron que estaba usted interesado en las ciencias, *herr*[40] Robinson.

S. RODRIGUEZ: *(Volteándose hacia él).* Cierto, señor.

CIENTIFICO: Gut, gut, gut[41]. No son muchos los que en estos momentos se preocupan por eso. Excesiva política. Y poca sustancia.

S. RODRIGUEZ: Cierto.

CIENTIFICO: He encontrado Francia muy cambiada. Me pregunto si tanto poder podrá sostenerse sólo con la fuerza. Y con algunas ideas de moda.

S. RODRIGUEZ: Yo tampoco tengo respuesta.

CIENTIFICO: Yo sí. La ciencia es el poder, *herr* Robinson. Conocer lo adverso significa comenzar a dominarlo. Y la naturaleza es el auténtico enemigo, ¿no le parece?

S. RODRIGUEZ: Me sorprende, señor. Verdaderamente no comparte las ideas en boga.

CIENTIFICO: Natürlich[42]. Las modas sólo existen para desaparecer. Un científico se debe a la realidad. ¿Es usted realista?

S. RODRIGUEZ: Su español es admirable. Pero todo idioma tiene sus trampas. *Realista* es un concepto incómodo en estos tiempos.

El científico queda en suspenso por un instante y, luego, lanza una escueta risotada.

CIENTIFICO: Olvidaba que es usted un experto en lenguas. Pero, dígame, ¿es también experto en ciencias?

S. RODRIGUEZ: Aprendiz, señor. Experimentos elementales. Creí que lo sabía.

CIENTIFICO: La experimentación es la actitud correcta... De Filadelfia, según dicen sus papeles. Pero estamos hablando en español. Las colonias españolas, ¿no es cierto?

S. RODRIGUEZ: Bien informado.

---

40 *Trad.*: señor.
41 *Trad.*: Bien, bien, bien.
42 *Trad.*: Naturalmente.

CIENTIFICO: Excelente literatura la española. Hace tiempo leí a un tal Cervantes, ¿En verdad son tan fantasiosos?

S. RODRIGUEZ: España no es sólo literatura, señor. A veces tiene la virtud de transformar la fantasía en realidad... *(sorprendido por la defensa asumida)* por detestable que resulte.

CIENTIFICO: Kann sein[43] ...Sería deseable que tuviera mayor fundamento científico, *herr* Robinson. Pero no hay mucho que escoger. Lo acepto en mi laboratorio... Le gustará Viena. Tendrá que aprender el alemán.

S. RODRIGUEZ: Cosas peores he aprendido, señor.

El científico mira fijamente a Rodríguez y es retirado del escenario en esa actitud, al tiempo que asciende el ante-proscenio con un espacio, a la derecha, implementado con los elementos de un laboratorio de química. Iluminación concentrada sobre él.

Viena, 1804.

Simón Rodríguez se dirige hacia el laboratorio, mientras desaparece la luz ambiental anterior. Se quita la casaca y la deja en una percha. Sobre la esquina de uno de los muebles, estrecho y alto. Se sienta en un taburete y comienza a mezclar soluciones en una probeta. Observa el efecto. Apunta en una hoja. Queda pensativo. Se levanta. Pasea. Vuelve a sentarse. Observa otra vez la probeta. Introduce en ella una sustancia. Atiende a la nueva reacción. Entra un muchacho.

MUCHACHO: Profesor, Robinson. Fragt nach ihnen[44].

S. RODRIGUEZ: ¿Wer?[45].

MUCHACHO: Merkwürdigem Namen. Man versteht ihn schlecht. Er ist jung[46].

---

43 *Trad.*: Puede ser.

44 *Trad.*: Preguntan por usted.

45 *Trad.*: ¿Quién?

46 *Trad.*: Tiene un nombre extraño. No habla bien el idioma. Es un hombre joven.

S. RODRIGUEZ: Lass ihn eintreten[47].
El muchacho sale. Rodríguez mira hacia la derecha. Tras una pausa, entra Simón Bolívar. Colores neutros en su traje.
S. BOLIVAR: (*Al sentir la extrañeza en el rostro de Rodríguez*). Soy yo, maestro. El mismo, según creo.
S. RODRIGUEZ: Tuve un presentimiento. ¿Qué haces aquí?
S. BOLIVAR: Vine a verle.
S. RODRIGUEZ: ¿No estabas en Caracas?
S. BOLIVAR: Estaba. Vengo de París.
S. RODRIGUSZ: ¿Y tu esposa? (*Bolívar no contesta*). ¿La dejaste?
S. BOLIVAR: Me dejó.
S. RODRIGUEZ: (*Observando muy atentamente a Bolívar*). No siempre se produce la combinación que uno espera. Pasa con frecuencia. Pero hay que intentarlo.
S. BOLIVAR: Murió, don Simón.
Rodríguez se acerca a Bolívar. No llega a tocarle, en lo que pudo ser un abrazo. Vuelve a su taburete. Se sienta. Toma la probeta. La mira fijamente.
S. RODRIGUEZ: (*Sin dejar de mirar la probeta*). ¿Dónde te hospedas?
S. BOLIVAR: En el hotel Win.
Rodríguez escribe en un papel. Luego, se lo entrega a Bolívar.
S. RODRIGUEZ: Esta es la dirección. (*Bolívar se aproxima y coge el papel. Rodríguez saca unas llaves y se las ofrece a Bolívar*). Y éstas son las llaves. Yo iré después.
Bolívar las toma. Las mira. Se aleja de Rodríguez, quien parece sumido de nuevo en su atención a la probeta. Llega otra vez hasta la mesa de experimentos y da un manotazo, que tumba algunos tubos de ensayo. Rodríguez permanece fijo en la probeta. Bolívar sale.

---

[47] *Trad.*: Déjalo pasar.

Rodríguez desciende ahora su mirada y queda absorto, mientras, hacia el centro del escenario, un cenital ilumina al científico, de pie.

CIENTIFICO: ¿Política, *herr* Robinson?

S. RODRIGUEZ: No.

CIENTIFICO: ¿Literatura?

S. RODRIGUEZ: No.

CIENTIFICO: ¿Qué sucede?

S. RODRIGUEZ: Vida y muerte, *herr* Schulz. Lo de siempre.

Aminora la luz sobre el científico y éste, cuando el cenital está a punto de extinguirse, presenta una actitud ligeramente crispada. Sale al oscurecerse por completo su área.

Sube el ciclorama gris y, hacia la izquierda, detrás de las cuerdas, se ve, con radiante luz diurna, un interior de la casa de Rodríguez en Viena. Muebles sobrios. Un sillón. Una mesa. Sillas. Un armario. Libros amontonados. Escasos adornos. Bolívar, en camisa, está apoltronado en el sillón.

Rodríguez va hacia la percha. Toma su casaca. No se la pone. Se dirige hacia el sector de su casa —y en ese momento desciende el ante-proscenio hasta desaparecer—, la deja sobre una silla y, con cierta vehemencia, habla como si la conversación viniera de antes.

S. RODRIGUEZ: ...¡Meterse de bruces en la vida! El único remedio... ¡Me desesperas, Simón! No convaleces de ninguna enfermedad. Convaleces de ti mismo. Tú eres la enfermedad, no el enfermo.

S. BOLIVAR: ¿Y la fiebre? ¿También soy yo la fiebre?

S. RODRIGUEZ: La fiebre se puede inventar hasta en la escuela. Probablemente tú también lo hiciste alguna vez.

S. BOLIVAR: (*Levantándose bruscamente*). ¿Qué quiere decirme con eso?

S. RODRIGUEZ: (*Después de una pausa*). ¿Y de dónde sacaste ese vigor? Recuerda que estás en trance de muerte...

Bolívar se deja caer en el sillón y mira enconadamente a Rodríguez.

S. BOLIVAR: ¡Usted no entiende! Usted no es maestro de nada. Consejos generales. Leyes. Nada concreto. Nada particular. Tal vez a la especie humana le sirvan sus consejos. A mí, no.

S. RODRIGUEZ: Pasando por alto tu carácter extrahumano, que acabas de descubrirme, te diré esto... ¡Murió, es cierto! ¡Vertiginosamente, de acuerdo!, Pero, ¡basta! ¿Para qué concederle tanto a la muerte?... Quizás tengas razón y hayas cambiado de campo biológico. Durante varias semanas he presenciado el espectáculo de un joven, convertido en una especie de vegetal... Muy bien. Lo que sucedió es inmenso. No tiene sentido. Injusto... Durante varias semanas he procurado por todos los medios enderezar un tallo, que tampoco tiene derecho a dejarse consumir... ¿O con qué pretendes combatir la muerte? ¿Con la muerte?

S. BOLIVAR: Durante varias semanas he visto a un profesor ocupado en sus experimentos, molesto por la presencia de un lejano alumno, que, estúpidamente, vino aquí creyendo que a usted todavía le importaba.

S. RODRIGUEZ: (*Tras una pausa*). No recuerdo haberte enseñado nunca la arbitrariedad.

Bolívar guarda silencio. Suenan, fuera del escenario, golpes en una puerta. Rodríguez atraviesa las cuerdas y sale por la izquierda. El piso de la parte central comienza a descender. La escena queda detrás del hueco que provoca este movimiento. Bolívar se levanta, va hacia la mesa y apoya sus manos en ella. Rodríguez entra de nuevo. Bolívar le mira.

S. RODRIGUEZ: El Minotauro austríaco embiste de nuevo. Tengo que preparar unas pruebas para mañana.

S. BOLIVAR: Vaya entonces. No pierda tiempo... ¿Química esta vez? ¿O física?

Rodríguez se sienta en el sillón. Piensa.

S. RODRIGUEZ: Simón, si un peso te abruma, construye tú la palanca.

S. BOLIVAR: ¿Es eso lo que va a mostrar mañana?
S. RODRIGUEZ: ¿Y qué otra cosa estamos haciendo desde que el mundo es mundo?
S. BOLIVAR: ¿Usted lo hace?
S. RODRIGUEZ: Constrúyela. Es tu caso.
S. BOLIVAR: ¡Qué fácil!
S. RODRIGUEZ: No he dicho eso.
S. BOLIVAR: ¿Y cómo don Simón?... ¿Olvido?... ¿Es así como construyó usted la suya? Ni siquiera me ha preguntado por su esposa.
S. RODRIGUEZ: (*Después de un momento*), ¿Le ocurre algo?
S. BOLIVAR: Está bien. En su nombre, gracias por su interés.
S. RODRIGUEZ: El clima de Caracas es bueno para ella.
S. BOLIVAR: ¿La amó alguna vez? ¿Sintió por ella lo que yo todavía siento por Teresa?
S. RODRIGUEZ: ¡Tú estás respondiendo por mí!... Sólo Simón Bolívar Palacios tiene el secreto del amor. Sólo él en el mundo ama de la manera correcta, con la intensidad adecuada... y el dolor necesario. ¡Maldito sea el amor que depende del dolor!
Bolívar golpea la mesa con furia.
S. BOLIVAR: ¡Cállese, don Simón! Me está ofendiendo.
S. RODRIGUEZ: ¡Te estás ofendiendo!
S. BOLIVAR: ¿Qué es lo que usted me ofrece? ¿La ciencia? La ciencia no destruye la muerte... Que persiga el poder, ¿no es eso? ¿Y qué puedo hacer con él? ¿La puedo meter a ella *de bruces en la vida?*... ¡Ya! El dinero. Sé que lo tengo. Que me divierta. ¿Y qué es eso? ¿Los teatros? ¿Los bailes? ¿Amanecer cada mañana en una cama distinta? ¿Con quién...? ¿Con ella?
S. RODRIGUEZ: El mundo entero reducido a tu historia con Teresa.
S. BOLIVAR: ¿Y qué otra cosa hay, sino lo que nos afecta?

S. RODRIGUEZ: Ahí afuera, Simón, están los demás. ¿Te das cuenta? ¡Los demás!... No es grande lo que te reduce. Es grande lo que te extiende.

S. BOLIVAR: ¿Y ellos me extienden? ¿Qué pueden hacer por mí? ¿Qué puedo hacer yo por ellos?... No, don Simón. Me resulta imposible seguir sus consejos. Usted no quiere resolver mi problema. Quiere resolver el suyo... Vuelvo a París.

Pausa.

S. RODRIGUEZ: (*Mirándole*). A veces pienso que no he perdido el tiempo contigo.

Bolívar sale de la habitación, al tiempo que asciende por el piso del escenario el salón de la casa de Fanny Du Villars, en París.

Rodríguez permanece en su escena con derruida inmovilidad.

El salón de Fanny ocupa dos tercios del escenario, hacia la derecha. Aspecto fastuoso. Numerosos candelabros con velas encendidas. Apoyo de luz ambiental. La mayor parte del espacio está ocupada por parejas que bailan un vals. La música, in crescendo *a medida que ha surgido la nueva situación*[48].

París, 1804-1805.

Algunos personajes, sentados en la periferia del área, charlan. Todos están vestidos con refinamiento. Se bebe champagne, que ofrece un sirviente, cuyo sencillo uniforme en nada recuerda a las recargadas libreas del antiguo régimen.

---

48 La intensidad del vals debe sobreponerse al murmullo de las conversaciones tangenciales, pero no a los diálogos textualmente señalados. En el caso del coloquio entre Rodríguez y Bolívar, que tiene lugar en un ambiente distinto superpuesto, cabe la disminución moderada del volumen musical, que ascenderá a su nivel cada vez que Bolívar *pase* a la situación del salón de Fanny.

Fanny du Villars[49], *de unos treinta años, muy atractiva, arrastra su maduro esplendor cuando se traslada de un lado a otro, atendiendo a sus invitados. Entre ellos, el coronel peruano Mariano Tristán; su esposa, Thérèse Laisney; Madame Récamier; Madame de Staël; el General Oudinot; el Vizconde Lainé, experto en modas; Talma, actor del teatro de la república; Lagarde, agente secreto de la policía. También se encuentra, desde luego, el Conde Régis Dervieux du Villars, marido de Fanny y mucho mayor que ella*[50].

Entra Simón Bolívar, seguido de sus amigos Fermando Toro y Carlos Montúfar. Se dirigen hacia Fanny.

S. BOLIVAR: Ma chère cousine[51]. *(Besa la mano de Fanny). (A su esposo).* Monsieur le Compte[52]. *(A Fanny)*. Tengo sed. (*Fanny sonríe. Hace un ademán al sirviente, que se acerca con el champagne. Bolívar toma una copa —también sus amigos—. Bebe de un trago. Fanny toma otra copa de la bandeja y se la ofrece personalmente a Bolívar. Bebe de nuevo). Parfait!* Le champagne, le valse et vous. Voulez-vous dancer avec moi?[53]. *(A su esposo, que observa).* Permettez-vous?[54].

El Conde hace un gesto de condescendiente frialdad. Bolívar deja la copa. Lleva a Fanny hacia un costado del espacio y comienza a bailar con ella. Carlos Montúfar también encuentra pareja. Fernando Toro

---

49 Fanny du Villars se consideraba prima de Bolívar por haberse casado su padre, el barón Denis Thobriand, tras enviudar de su madre, con una Aristeguieta. Los Aristeguieta Blanco eran parientes de Concepción Palacios y Blanco, madre de Bolívar. Fanny tuvo encendidos amores con el joven Simón.

50 Todos estos personajes, que en verdad frecuentaban las veladas de Fanny, tienen una predominante función de presencia, sin que ello implique *déficit* de actuación.

51 *Trad.*: Mi querida prima.

52 *Trad.*: Señor Conde.

53 *Trad.*: ¡Perfecto !El champagne, el vals y usted. ¿Quiere bailar conmigo?

54 *Trad.*: ¿Permite usted?

prefiere acercarse al grupo que rodea a Madame Récamier[55].

Después de unos compases, Rodríguez da un manotazo sobre un brazo del sofá. Se levanta. Va hacia el armario. Saca un voluminoso bulto de viaje, lo pone sobre la mesa y comienza a meter en él todos sus implementos, incluida su ropa, que está en el armario. Cierta irritación en toda su actitud. Lo último son los libros. Se pone la casaca, cierra el bulto, lo toma y sale de la zona de su residencia vienesa a través de las cuerdas. Se dirige hacia la parte anterior del escenario, mientras se va percibiendo, a la izquierda, la luz de una claraboya, redonda esta vez. Llega hasta ella. Inspecciona el área de su nuevo refugio parisino. Sale por la izquierda para dejar el bulto y entra al poco tiempo —sin la casaca— con una silla, que sitúa debajo de la claraboya, orientándola hacia el salón de Fanny. Se sienta y mira fijamente a Bolívar.

S. RODRIGUEZ: Divertirse, ¡pero no tanto! ¿No te cansa la misma historia todas las noches?

S. BOLIVAR: (*Sin que nadie registre, en el salón de Fanny, la conversación con Rodríguez*). Si usted supiera bailar, no me preguntaría eso.

S. RODRIGUEZ: ¿Y qué he hecho toda mi vida? Pero una danza menos... retórica.

S. BOLIVAR: No es retórica la embriaguez que produce.

S. RODRIGUEZ: No confundas la danza con el champagne.

S. BOLIVAR: Y, mucho menos, lo que puede suceder después del baile.

S. RODRIGUEZ: ¿A dónde la llevas?

S. BOLIVAR: ¡Hay tantos hoteles en París!

S. RODRIGUEZ: Clásico... ¿Qué ocurrió el otro

---

55 Julia Récamier, famosa por su belleza y por las reuniones que organizaba, con la asistencia de las más destacadas personalidades de la época.

día con Montúfar en *Les Ombres Chinoises*[56]?
Montúfar, que baila con su pareja, observa a Rodríguez con cierta prevención.

S. BOLIVAR: Se pasó de tragos. Perdía y tumbó la mesa de juego... ¿Cómo se enteró?

S. RODRIGUEZ: Vinieron a reclamarme... ¡Es la última vez que doy la cara! Lo advierto.

CARLOS MONTUFAR: (*Sin dejar el baile, con un dedo en alto hacia Rodríguez*). ¡Los naipes estaban marcados!

S. RODRIGUEZ: ¡Me importa un bledo! Lo advierto... Marcado estoy yo por todos ustedes.

S. BOLIVAR: ¿Por qué no se quedó en Viena?

S. RODRIGUEZ: ¡No me provoques, Simón! Impúdicamente me lanzaste un reto, que no estaba en mis cálculos. Bien, aquí estoy... Pero, ciertamente, no pienso contemplar cómo pierdes una fortuna (por *Montúfar y Toro*) con esos necios (*ellos le miran*). Puede que no resulte tan disparatado considerar mi vuelta a Viena.
Bolívar deja a su pareja —que sigue bailando sin registrar su ausencia— y se dirige hacia el área de Rodríguez.

S. BOLIVAR: No está hablando en serio.

S. RODRIGUEZ: ¿Para qué me necesitas?

S. BOLIVAR: No lo sé, maestro... No lo sé. ....

S. RODRIGUEZ: ¡Deja ya lo de *maestro!*

S. BOLIVAR: No puedo.

S. RODRIGUEZ: (*Con extrema posesión del término*). ¡Carajo! Entonces estoy irremediablemente perdido... ¿Qué ocurrió? ¿Cesó el dolor?

S. BOLIVAR: Todo está revuelto... ¿Sabe usted?, cuando estuve en Madrid pasó algo... Hace tiempo de esto.

---

56 *Trad.*: Sombras Chinescas. *Nota*: Uno de los más conocidos establecimientos del *Palais Royal*, en la época. Bolívar vivió, según parece, cerca de la zona, en la *rue Vivienne*, al comienzo de su segunda estadía en París.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué pasó? (*Bolívar se dirige de súbito hacia Fanny y prosigue el baile*). (*Alzando la voz*). ¿Qué pasó?

S. BOLIVAR: (*Sin dejar de bailar*). ¿Ha oído hablar del Marqués de Ustáriz?[57].

S. RODRIGUEZ: Estoy mal informado sobre la nobleza.

S. BOLIVAR: Es un aristócrata *extraño.*

FERNANDO TORO: (*A Rodríguez, pero sin traspasar el espacio del salón de Fanny*). Hay aristócratas extraños, maestro. *La gente no es tan simple.*

S. RODRIGUEZ: (*Después de soltar una carcajada, al recordar su propia frase, años atrás*). Muy bien, mi estimado Fernando *(recalcando el apellido)* Toro[58]. Pero no interrumpas. Resuellas por la herida. (*Como si estuviera todavía en la escuela de Caracas*). Más te valiera, entonces, la compañía de madame de Staël[59], aunque sea baronesa, y no la de madame Récamier.

A partir de ahora, Fernando Toro realizará una laboriosa —y pretendidamente disimulada— transición del grupo de madame Récamier, al lugar donde se encuentra, solitaria y en actitud observadora, madame de Staël. Después, por alguna suerte de inexplicable mimetismo, quienes están con madame Récamier —todos hombres— irán pasando hacia madame de Staël. Madame Récamier quedará con un solo acompañante al terminar la escena en el salón de Fanny.

---

57 Luis Gerónimo de Ustáriz y Tovar, caraqueño residenciado en Madrid, conocido en el mundo político de aquel tiempo por sus decididas ideas liberales, el cual orientó aspectos importantes de la formación de Bolívar, cuando, en 1799, viajó a España.

58 Hace alusión al carácter aristocrático de su familia, que ostentaba el Marquesado del Toro.

59 Germaine Necker, Baronesa de Staël, no tan agraciada físicamente como Julia Récamier, impulsó determinantemente con sus textos las ideas románticas en Francia. Era hija del influyente político, Jacobo Necker, ministro de Luis XVI y, asimismo, hombre fundamental en la Revolución Francesa.

S. BOLIVAR: (*Ahora, en las vueltas del vals, dice cada fragmento de frase cuando su mirada coincide con la de Rodríguez).* El Marqués valora mucho... lo ocurrido en Francia... Hablaba de la República... De un derecho natural... de las personas... a decidir su destino... Y me acordé de usted... De cosas que usted decía... y que hoy... al vivir aquí... no me parecen tan *raras*... De que usted... tuvo que salir de Caracas... Nunca hablamos... de esto... (*Deja otra vez a Fanny y se dirige hacia Rodríguez*). Yo sé por qué tuvo que salir de Caracas.

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué?

S. BOLIVAR: Porque sí estaba con los conspiradores.

S. RODRIGUEZ: ¿Podrías llamarlos *independentistas?*

S. BOLIVAR: Independentistas...

S. RODRIGUEZ: ¿O *patriotas?*

S. BOLIVAR: ¿No le parece demasiado?

S. RODRIGUEZ: ¿Me condenas?

Pausa.

S. BOLIVAR: No.

S. RODRIGUEZ: ¿Lo apoyas?

Bolívar vuelve a bailar con Fanny. Entra el Barón de Humboldt. Lo atiende el Conde Dervieux du Villars.

S. BOLIVAR: España está mal, maestro... Hay hambre... Me echaron...

S. RODRIGUEZ: ¿Por hambre?

S. BOLIVAR: Por ser de colonias... A todos... nos ordenaron salir... (*Dejando a Fanny y yendo bruscamente hacia Rodríguez*). ¿Es que no somos como ellos?

S. RODRIGUEZ: Somos... de ellos.

S. BOLIVAR: (*En gradación ascendente*). ¡Carajo, carajo, carajo!

S. RODRIGUEZ: ¿Qué dices?

S. BOLIVAR: ¡Usted también lo dice!

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose*). Con las cartas sin marcar, Simón. Enseña el juego.

S. BOLIVAR: No sé cómo expresarlo.

S. RODRIGUEZ: ¡Dilo!

S. BOLIVAR: Las cosas son muy distintas desde lejos... Cuando estuve en Aragua[60], todo era firme. El ejército es una roca. Despoja, pero sostiene. Con Teresa, todo era firme... Aquello era una casa, don Simón. Mi casa, ¿se da cuenta?... Aquello era un país. Mi país... Y, de pronto, todo se estremece... Hay cantos de pájaros que se parecen a esto. Cantos que se arrastran, que se castran... sin poder volar...

S. RODRIGUEZ: ¡Deja la literatura! Precisa.

S. BOLIVAR: Aquí he oído hablar de cosas horribles, que suceden allá... que yo ignoraba... que no veía...

S. RODRIGUEZ: En tu jaula de oro.

S. BOLIVAR: En mi prisión de oro.

S. RODRIGUEZ: En tu Teresa de oro.

S. BOLIVAR: ¡Deje la literatura, maestro!

S. RODRIGUEZ: Sigue.

S. BOLIVAR: Pero también suceden en la Península... Hay gente excluida del hambre, que, sin embargo, no lucha contra el hambre. Privilegios que olvidan la justicia. Una grandeza en la que cabe tantas cosas... nosotros entre ellas, maestro... que no pueden controlar... Y, no obstante, mantienen la fe. Una fe desmedida.

S. RODRIGUEZ: ¿Hay alguna fe que no lo sea?

S. BOLIVAR: Pero, entonces...

S. RODRIGUEZ: Entonces, ¿qué?

S. BOLIVAR: Si somos *de* ellos, ¿vamos a caer *con* ellos, sin ser *como* ellos?

S. RODRIGUEZ: ¿Y me lo vienes a decir ahora, después de haberte soportado tanta necedad?

Bolívar sonríe y Rodríguez se sienta de nuevo, con cierta relajación. El vals termina. Fanny ha concluido de bailar con Bolívar, en su ausencia, y éste

---

60 Se refiere a su permanencia, anterior incluso a su viaje a España, en las Milicias de los Valles de Aragua, cuerpo militar muy selecto que fundó en Venezuela su propio abuelo, Juan Bolívar. De allí salió con el grado de subteniente.

se apresura para tomarla de la mano y hacerle una reverencia final. Fanny le retribuye con medida coquetería y va hacia el grupo en el que se encuentran Talma, Lagarde y el vizconde Lainé. La mayor parte de las parejas espera, en el sitio, la nueva pieza.

S. BOLIVAR: (*A Rodríguez*). ¿No es encantadora?

S. RODRIGUEZ: ¿Quién?

S. BOLIVAR: Fanny.

S. RODRIGUEZ: No me he fijado muy bien en ella.

S. BOLIVAR: Muy apasionada. Y sabe escuchar. Comprende las cosas.

S. RODRIGUEZ: ¿Comprende o le gustas?... Desde luego, sabe bailar.

Bolívar percibe la presencia de Thérèse Laisney[61] *y va hacia ella.*

S. BOLIVAR: ¡Teresa, *ma chére amie!*[62] *(El vals irrumpe de nuevo, esta vez con una pieza más sosegada). (A Mariano Tristán).* ¿Permite usted, Coronel?

El coronel hace una cortés admisión y Bolívar comienza a bailar con Thérèse. Su belleza no es agresiva, como la de Fanny. Tiene algo de inaprensible, de levitativo. Fanny, cuando puede, observa el baile de Bolívar con cierto detenimiento.

S. RODRIGUEZ: Creo que abusas de la indefinición.

S. BOLIVAR: ¿A qué se refiere?

S. RODRIGUEZ: Convendría concretar las cosas.

S. BOLIVAR: (*En los giros del vals*). ¿Es posible... en estos momentos?

S. RODRIGUEZ: Las oportunidades se provocan.

---

61 Al matrimonio Tristán lo conoció Bolívar durante su estancia en Bilbao, previa a su segundo viaje a Francia. Con Thérèse tuvo también relaciones íntimas. En algún momento se pensó que Flora Tristán, la destacada representante de lo que se ha llamado *socialismo utópico*, era hija suya con Thérèse Laisney. En la actualidad está plenamente comprobado que no es cierta la presunción de esa paternidad de Bolívar.

62 *Trad.*: ¡Teresa, mi querida amiga!

S. BOLIVAR: A veces... Es un sueño, don Simón... Nada más... que un sueño.

S. RODRIGUEZ: También abusas del vals. Es una danza blanda.

Bolívar deja a Thérèse, igual que en el caso de Fanny, y se dirige hacia Rodríguez.

S. BOLIVAR: Puede que las circunstancias estén dadas. Todas menos una. *¿Quién?* Y no es sólo una opinión personal. Humboldt[63] conoce muy bien nuestra tierra. ¿Sabe lo que me dijo?

HUMBOLDT: (*Separándose un corto espacio del grupo que le rodea, al hablar con Bolívar*). Mi joven amigo, creo que su país ya está maduro. Pero no veo al hombre que pueda realizarlo.

S. RODRIGUEZ: Los botánicos siempre necesitan la planta, para detectar la semilla.

S. BOLIVAR: (*A Humboldt*). ¿Y no ve usted la posibilidad de que surja?

HUMBOLDT: Se requeriría un Napoleón.

S. BOLIVAR: (*A Rodríguez*). ¿Hay algún Napoleón en América?

S. RODRIGUEZ: Creo que es suficiente con que haya uno en Francia.

S. BOLIVAR: ¿Por qué dice eso?

Talma se acerca a Humboldt. Habla con él. Le presenta a una joven. Parece sugerirles el baile. Humboldt inicia una retirada llena de excusas, hasta volver al grupo en el que estaba. Talma baila con la joven.

S. RODRIGUEZ: Llevo aquí casi cuatro años, Simón. Y comienzo a entender. ¿Sabes cuál es el auténtico poder de Europa? La tradición. Justo lo que no tenemos allá. Es tan fuerte que hasta las revoluciones vuelven a ella.

---

63 El geógrafo, físico, zoólogo y botánico prusiano, Alexander von Humboldt, realizó en América importantes expediciones científicas. De sus observaciones, dejó, entre otras, la obra titulada *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.*

Desde el fondo del escenario, una sola y potente luz proyecta, sobre el ciclorama gris, la sombra de dos largas hileras de personas —una por el extremo izquierdo y la otra por el derecho—. Casi llegan a confluir en un punto central, en el cual se percibe la sombra de una figura tocada con la tiara papal. Hay cierta confusión en todo el conjunto. Comienza a escucharse, en un plano más lejano al del vals, el Te Deum para la coronación de Napoleón, *de Paisiello.*

S. BOLIVAR: Francia es una excepción.

S. RODRIGUEZ: ¿Te parece?... Déjame decirte algo. Hace años yo no quería creerlo. Napoleón pretende el Imperio.

S. BOLIVAR: ¡No puede hacer eso!

S. RODRIGUEZ: He escuchado antes esas palabras.

S. BOLIVAR: (*Alterándose*). ¡Napoleón un farsante? ¿Un traidor? (*Quienes no están bailando se voltean hacia Bolívar. Lagarde muy atento. Escasas parejas interrumpen también el baile. Thérèse, por supuesto*). (*En transición, ahora, hacia todos los presentes en ambas situaciones*). ¡La Revolución no podría perdonárselo! ¡El mundo no podría perdonárselo! Hay demasiadas expectativas puestas en él. (*Expresamente a los concurrentes al salón de Fanny*). ¡Yo escupiría a un hombre capaz de pisotear así la sangre hasta de sus enemigos! Comprenez-vous?[64]. (*A Rodríguez, al tiempo que en el ciclorama se percibe las sombras de un hombre y una mujer, arropados con largas capas*). ¡Eso es falso, maestro!

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose para señalar el ciclorama).* ¡Míralo! ¡Mira como el antiguo cauce domina las nuevas aguas!

Rodríguez, Bolívar, y quienes han prestado atención a las expresiones de este último, observan las sombras. En estos momentos, son pocos los que continúan bailando. Gradualmente, sin que descienda la intensidad del vals, la música eclesiástica se hace

---

64 *Trad.*: ¿Comprenden ustedes?

predominante. Sobre el ciclorama, las siluetas del hombre y de la mujer llegan hasta la presencia papal. Se arrodillan. Reciben la bendición. La sombra papal, de un cojín que le presentan con dos coronas, coge una de ellas. La figura del hombre se levanta, toma la corona de las manos papales y él mismo se la impone. Luego, coge la otra corona y la sitúa sobre la cabeza de la mujer. Entretanto, Bolívar se ha ido aproximando a Rodríguez.

S. BOLIVAR: ¿Por qué, maestro? ¿Por qué?

La música eclesiástica va esfumándose, junto con la visión de las sombras, hasta desaparecer, y el vals vuelve a su exclusividad. En el salón de Fanny todos retoman la actividad anterior a las contrastantes frases de Bolívar. Thérèse, con extrema suavidad, prosigue el baile.

S. RODRIGUEZ: ¿Deprimente?

S. BOLIVAR: Debe tener sus razones. Hay objetivos que requieren un poder extraordinario.

S. RODRIGUEZ: Si los objetivos no se confunden con el poder.

S. BOLIVAR: ¿Usted lo cree? ¿Y, entonces, qué esperanza queda?... ¿Habrá también Imperios en América?

S. RODRIGUEZ: ¡Ahora los hay! Ellos.

Pausa.

S. BOLIVAR: Me siento mal, don Simón.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué te parecería intentar un cambio? Una vuelta por Europa, en lugar de las vueltas del vals.

S. BOLIVAR: Un viaje.

S. RODRIGUEZ: Un recorrido.

S. BOLIVAR: ¿Solos?

S. RODRIGUEZ: Preferible.

S. BOLIVAR: ¿Y qué sentido tiene, después de todo esto?

S. RODRIGUEZ: Habría que descubrirlo. ¿No te interesa *conocer?*

S. BOLIVAR: Siempre encuentra el argumento que a uno le avergonzaría rechazar.

S. RODRIGUEZ: Debe ser cuestión de oficio... Prepara las cosas. Lo esencial.

En el salón de Fanny se elimina la luz ambiente, mientras un cenital ilumina a Thérèse en su baile con Bolívar ausente. Permanecen las velas. Bolívar sale por la izquierda y el espacio del salón va desapareciendo por el piso del escenario, a medida que la música del vals desciende por completo. Rodríguez se sienta y espera la entrada de su discípulo. Entretanto, sube el ciclorama gris, dejando ver un plato giratorio[65]*, cuyo extremo posterior llega hasta el ciclorama negro y, el anterior, hasta las cuerdas.*

Aparece Simón Bolívar en indumentaria de viaje. Lleva una mochila colgada de los hombros. La luz de la claraboya se hace intensamente amarillenta.

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose y señalando un lugar específico fuera del escenario*). Acércame la mochila.

Sin salir totalmente, Bolívar se dirige a donde le señala Rodríguez, llega al extremo izquierdo, se agacha y saca una mochila más voluminosa que la suya. Se la aproxima a Rodríguez, quien, tal y como está, en camisa, se la echa a la espalda y se dirige hacia el plato giratorio, detenido en estos momentos. Bolívar le sigue, al tiempo que desaparece la claraboya y, sobre el ciclorama negro, surge, como un sol, un círculo luminoso en la esquina superior derecha. Luz de seguidora incide sobre cada uno de ellos por separado. Cuando han traspasado el borde del plato, éste comienza a girar con pausada velocidad. Ellos, de pie, no caminarán durante el viaje[66]*. El plato los irá trasladando. El círculo luminoso se moverá muy lentamente y sin cesar, de tal manera que realizará un solo trayecto parabólico,*

---

65 Porción del piso en forma de circunferencia, a la que se puede imprimir un movimiento de giro.

66 En su recorrido europeo, tuvieron, en realidad, un acompañante: Fernando Toro, el íntimo amigo de Bolívar y, en su infancia, también alumno de Rodríguez en Caracas. Por razones de sustancialidad dramática, prescindimos de él en esta escena.

para llegar a la posición inicial en los momentos finales de la escena. Tanto Bolívar como Rodríguez se sitúan en dirección al movimiento.

Francia, Suiza, Italia, 1805.

S. BOLIVAR: Aprieta el calor. ¿No sería preferible esperar un coche?
S. RODRIGUEZ: El sudor elimina fermentos.
S. BOLIVAR: Y fuerzas.
S. RODRIGUEZ: Creí estar en compañía de un joven. ¿No hacían marchas en la milicia? El vaho de las salas de juego termina por reducir los pulmones... Inspira por la nariz... Espira por la boca... No tengas prisa. (*Bolívar realiza el juego respiratorio de manera notoriamente audible*). Sin exagerar o te cansarás de respirar. (*Bolívar retoma su respiración normal*). ¿Qué te pareció *Candide*?[67].
S. BOLIVAR: En estos momentos, Voltaire me trae sin cuidado.
S. RODRIGUEZ: ¡Vamos! ¿Qué te pareció?
S. BOLIVAR: Demoledor. ¿Qué ofrece a cambio?
S. RODRIGUEZ: La posibilidad de ocupar lo que derrumba.
S. BOLIVAR: No le importa. O no lo expresa.
S. RODRIGUEZ: Es una sugerencia mía... ¿Lo relacionaste con Montesquieu?
S. BOLIVAR: Prodigioso... El busca verdaderamente un orden nuevo.
S. RODRIGUEZ: Los dos coinciden, al menos, en rechazar el viejo... ¿Te sigue pareciendo una locura?
S. BOLIVAR: ¿Rechazar el viejo o implantar el nuevo?
S. RODRIGUEZ: Implantar.
S. BOLIVAR: Una locura.

---

67 Dentro de las características de una *narrativa ideológica*, Voltaire pone de manifiesto en el relato *Cándido* las constantes de su concepción filosófica, abiertamente contraria a las cuestiones metafísicas y atenta al universo pragmático de la condición humana.

S. RODRIGUEZ: ¿Razonable?
S. BOLIVAR: Necesaria.
S. RODRIGUEZ: ¿Por qué, Simón?
S. BOLIVAR: Hace tiempo que las haciendas se han transformado en sociedades. Y España no quiere admitirlo.
S. RODRIGUEZ: Y las sociedades podrían transformarse en haciendas. ¿No crees que Napoleón, con su flamante Imperio, quiere convertir el mundo en una descomunal hacienda?
S. BOLIVAR: Con un Código, maestro... Pero no quiero hablar de Napoleón.
S. RODRIGUEZ: Hablemos, entonces, de Rousseau. ¿Sabes dónde estamos? (*Descolgando su mochila. al tiempo que se detiene el plato giratorio y, del costado derecho del escenario, emana un resplandor*). Chambery. Estos son sus parajes. (*Ambos quedan seducidos por la luminosidad. Bolívar deja su mochila en el suelo y se sienta*). ¿Leíste *Emile?*
S. BOLIVAR: *Héloïse.*
S. RODRIGUEZ: Mejor. El *Emile*[68] es cosa mía.
S. BOLIVAR: Pero si la civilización corrompe, ¿qué suerte le espera a un orden nuevo?
S. RODRIGUEZ: Buena pregunta... ¿Comemos? ¿O buscamos una posada?
Bolívar abre su mochila y saca una bota de vino. Bebe un trago. Luego, la pasa a Rodríguez, quien también bebe. Después extrae un pan redondo y

---

68 Autor, al igual que Voltaire y Montesquieu, de la *Encyclopédie,* iniciada por Diderot y a la que el Fiscal Saravia se refirió, en el Acto I, como la *Enciclopedia de los horrores,* Jean Jacques Rousseau expone en la novela, *Emilio,* sus tesis sobre la educación. La orientación del discípulo hacia los hechos y las leyes naturales, constituye el fundamento para evitar la degradación que la sociedad produce en el individuo. En *La nouvelle Héloïse* (La nueva Eloísa), que sintéticamente menciona Bolívar, también se plantea la necesaria sujeción a las leyes de la Naturaleza como sustento del núcleo familiar básico.
Algunos historiadores han visto un paralelismo entre Emilio, el alumno ideal planteado por Rousseau, y el caso de Bolívar, en relación con su maestro, Rodríguez.

lo parte. Rodríguez se sienta junto a él, abre asimismo su mochila y exhibe un gran trozo de queso. Se ofrecen lo que tienen. Comen.

S. BOLIVAR: ¿Qué valor hay en la novedad? Cambiar de manos no es suficiente. Habría que buscar algo más.

S. RODRIGUEZ: ¿De qué estás hablando?

S. BOLIVAR: La revolución.

S. RODRIGUEZ: ¿Francia?

S. BOLIVAR: Algo más.

S. RODRIGUEZ: La evolución.

S. BOLIVAR: ¿A qué se refiere?

S. RODRIGUEZ: Formar, Simón. Primero educar y luego, implantar. No puede haber repúblicas, sin formar republicanos.

S. BOLIVAR: ¿Y cómo hacer republicanos, sin República? La Monarquía aplastará cualquier intento.

S. RODRIGUEZ: Preguntabas y te contesto... Por eso se corrompen las sociedades. La fuerza ocupa en ellas el lugar de la siembra. Un origen viciado. ¡Y no es natural! (*Bebe un trago de vino*). Sólo inevitable.

Pausa.

S. BOLIVAR: ¿En qué piensa, maestro?

S. RODRIGUEZ: (*Levantándose*). Objetivo, Milán. (*Bolívar se apresura a recoger*). (*Cuando ya se han colgado los dos las mochilas*). Una cosa parece cierta. Sea cual sea el resultado, *ellos* no deben controlar el proceso. Es necesario abrir la primera puerta. Asumir la *independencia.*

El escenario gira de nuevo. Durante unos momentos permanecen en silencio.

S. BOLIVAR: (*De súbito*). ¡Usted es el hombre! (*Rodríguez lo mira fijamente y suelta una incontenible carcajada, que detiene, mientras dura, el plato giratorio*). ¿Por qué se ríe? ¿Quién, mejor que usted, ha comprendido el proceso?... ¡No se ría, don Simón!

S. RODRIGUEZ: (*Una vez restituido el movimiento*). Afortunadamente no soy el único que lo ha com-

prendido. Eso es importante. Pero, no basta. Se requiere cierto poder. Hay que actuar.

S. BOLIVAR: ¡Usted tiene poder! Usted es el hombre más extraordinario del mundo.

S. RODRIGUEZ: Si por *extra-ordinario,* se entiende *a-normal,* es posible.

S. BOLIVAR: Y si es cuestión de dinero, puedo proporcionárselo.

Rodríguez vuelve a reír, moderadamente esta vez.

S. RODRIGUEZ: ¿Te das cuenta, Simón? Quieres convertir en un libertador, a quien todavía lucha por liberarse a sí mismo. (*Sobre el ciclorama negro, como sucedió antes con el ciclorama gris, se proyecta desde atrás la sombra de Napoleón, arrodillado ante una corona*). (*Por Napoleón, dejando la mochila en el suelo —lo que también hace Bolívar— y al detenerse el plato giratorio*). ¿Crees que él se ha liberado? ¡Míralo otra vez!... ¿Y a quién ha liberado? ¡Captura, Simón! ¡Se apropia! No sólo Emperador. Rey de Italia también y al amparo del mismísimo Constantino... El héroe de Arcole, arrodillado, sobre las piedras de Milán, ante las insignias reales, que combatió. ¡Como Don Quijote velando las armas!

De improviso, surge una masa de sombras que se aproxima hacia Napoleón con un murmullo de rezos.

S. BOLIVAR: ¡Contagia, maestro! Hay algo en él que moviliza. A pesar de todo.

Las sombras cercan a Napoleón, quien se levanta y alza los brazos, con la corona en sus manos.

S. RODRIGUEZ: ¿Ves lo mismo que yo veo? ¡Cuidado con espejismos!

De inmediato, desaparece la escena tras el ciclorama.

S. BOLIVAR: (*Después de mirar detenidamente a Rodríguez*). ¿Ha considerado alguna vez, don Simón, su parecido con Sócrates?

S. RODRIGUEZ: ¿Piensas en la *cicuta?* ¿O en el *curare?,* más familiar.

Cargan de nuevo sus mochilas y el plato gira.

S. BOLIVAR: Está usted lleno de sentencias.

S. RODRIGUEZ: Sócrates buscaba un método, no sentencias.

S. BOLIVAR: El método resultó ser la sentencia.

S. RODRIGUEZ: Desesperada tu argumentación. Casi sofística... Pero, ya que lo has mencionado, ¿por qué no intentamos un juego? Combinar a Sócrates con Rousseau.

S. BOLIVAR: ¿El sol le afecta, maestro?

S. RODRIGUEZ: No es mal experimento. Nos ayudaría a distraer el camino a Roma... ¿Qué dices?

S. BOLIVAR: No entiendo una palabra. . .

S. RODRIGUEZ: ¿Quién sería *el hombre?* ¿No es eso lo que te preocupa? Vamos a construirlo de alguna manera... Rousseau hace en el *Emile* un retrato del *alumno ideal.* Busquemos nosotros a ese *hombre ideal* por sus características específicas. Quizás nos resulte, al menos, una cierta imagen general. (*Ante el silencio de Bolívar*). ¿Te interesa el juego? ¿O sólo te apasionan los naipes?

S. BOLIVAR: Lo sabré cuando lo juegue.

S. RODRIGUEZ: Comencemos entonces... ¿Qué requeriría ese hombre, en primer lugar?

S. BOLIVAR: (*Después de pensarlo*). Certero entendimiento.

S. RODRIGUEZ: Lúcido, ¿no es cierto? Y audaz... ¿Qué más?

S. BOLIVAR: Desprendimiento.

S. RODRIGUEZ: (*Recapacitando*). Muy probablemente. El desprendimiento apunta a la generosidad. Y la generosidad motiva en algún sentido la justicia... la honestidad... incluso, la libertad. Desinterés podría llamarse a eso... El interés desvía... limita, deforma... ¿Y qué más?

S. BOLIVAR: Perdón, maestro. ¿Esto es un juego para uno, o para dos?

S. RODRIGUEZ: Un vigor extremado, diría yo. No el que escapa en explosiones efímeras. De eso tenemos demasiado en nuestra tierra... El que es capaz de perseguir un proyecto. Un vigor... tenaz, ¿no te parece?

S. BOLIVAR: Y, aunque no le guste, conocimientos militares. La fuerza es odiosa, pero, como usted mismo dijo, podría resultar inevitable.

S. RODRIGUEZ: Tienes una forma arriesgada de asimilar... Pero, aun admitiendo esa contingencia... indeseable, más decisiva me parece la capacidad de comprometer a los demás. No sólo entusiasmarse... entusiasmar.

S. BOLIVAR: Miranda.

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo dices?

S. BOLIVAR: Miranda es el hombre.

S. RODRIGUEZ: (*Como para sí*). Revolución y evolución.

S. BOLIVAR: Dicen que prepara una ofensiva.

S. RODRIGUEZ: Admirable, en verdad.

S. BOLIVAR: Terminó el juego... ¿Por qué no lo pensamos antes?

S. RODRIGUEZ: Habría que pensar, entonces, por qué no lo pensamos.

Desciende una mesa de posada y dos taburetes. En ella, comida servida y vino. La iluminación en el área de la posada será la de las seguidoras, cuando los personajes coincidan con ella. Todo queda situado próximo a los dos viajantes, quienes dejan las mochilas y se sientan, al tiempo que se detiene el escenario giratorio. Asumen el almuerzo como si se estuviera produciendo desde antes.

S. BOLIVAR: (*Poniéndose más vino*). Al grano, don Simón. ¿Qué tiene en contra?

S. RODRIGUEZ: No sé cómo decirlo... Creo que a Miranda se le ha hecho tarde, quizás por haber llegado demasiado temprano. ¿No te ha ocurrido nunca?... Es probable que su dilatada ausencia influya en eso. Se pierden los hilos reales de las cosas, y no sé hasta qué punto podría controlarlos a estas alturas... Un prestigio mundial, sin duda. Indispensable para un apoyo de las naciones... Pero hay que sumirse en lo específico y actuar sin pérdida de tiempo. ¡Desde dentro!... Lo sé.

S. BOLIVAR: Pero ahora las condiciones están dadas, don Simón.

S. RODRIGUEZ: Hay algo más... Miranda tiene, desde luego, todo el ángel necesario... Tan sólo le falta el demonio. Es, tal vez, el hombre más puro entre los nuestros. (*Pausa*). También a nosotros nos faltó el demonio...

S. BOLIVAR: Me extrañan sus comparaciones religiosas.

S. RODRIGUEZ: ¿Quién no ha sido monaguillo alguna vez? *(Bebe)*. Además, hay empresas que fermentan. Sobre todo si no están bien retribuidas. Y Francia ha respondido injustamente al más desinteresado de sus generales... Creo que se requeriría un hombre con su capacidad de lucha intacta.

S. BOLIVAR: ¿Y la experiencia no podría apoyar una acción tan compleja?

S. RODRIGUEZ: Hay casos en los que la cualidad determina la experiencia.

S. BOLIVAR: "Sócrates". (*Rodríguez da un puñetazo sobre la mesa*). Disculpe, maestro... "Rodríguez"... Perdón de nuevo... "Robinson".

S. RODRIGUEZ: ¡Escucha, jovencito! Hace mucho tiempo que conozco tus trampas de juego.

S. BOLIVAR: Usted es mi maestro.

S. RODRIGUEZ: Precisamente... La cuestión no está resuelta... ¿Y qué más?

Bolívar termina de comer. Parece meditar. Rodríguez se sirve más vino.

S. BOLIVAR: Conocer desde dentro, ha dicho usted. ¿Y quién conoce mejor que el que padece? Su extracción popular sería deseable.

S. RODRIGUEZ: Correcto... Si España hubiera promovido una educación social. Pero es prematuro pensar, necesariamente, en la extracción popular del personaje, ¿no crees?... Se necesita contactos, formación, cierta ascendencia en los estamentos del poder... Lo que dices puede ser correcto... en el futuro.

S. BOLIVAR: ¿Y qué más?

S. RODRIGUEZ: (*Apartando a un lado lo que le resta de comida*). El cuadro está bastante completo. ¿No ves ya una imagen general?

S. BOLIVAR: ¿Y de qué sirve si no se concreta?
S. RODRIGUEZ: Ahora viene Rousseau. Nadie se siente educador sin un alumno que asuma la enseñanza.
S. BOLIVAR: Hay en usted más demonios que los que admite tener... Dejemos el juego. Nada más se puede decir.
S. RODRIGUEZ: Faltaría una cosa... Debe sentirlo como una brasa, como una asfixia. Tan vigoroso como la sobrevivencia. Irritante como el dolor.
S. BOLIVAR: O el ardor de este vino.
S. RODRIGUEZ: El vino romano no arde. Puede ser el calor... ¿Padeces la digestión? (*Levantándose*). Está comprobado que las cosas son menos pesadas cuanto más se elevan. ¿Quieres ver la ciudad?
Comieza a descender un artilugio escenográfico, el cual quedará situado en la parte anterior a las cuerdas y al espacio del plato giratorio. Está integrado por plataformas escalonadas de izquierda a derecha, que presentan diversos tamaños. A veces admiten la presencia conjunta de los personajes. A veces se bifurcan para una utilización individual. Las distancias entre ellas son irregulares. El ejercicio físico que implica subirlas, debe semejar el requerido por un terreno escarpado. La última plataforma, a unos dos tercios de altura, es amplia. Quien transite por el mecanismo dará la impresión de estar en el aire[69].
Bolívar y Rodríguez caminan, ellos ahora, alrededor del escenario giratorio y dan una vuelta completa —sin las mochilas, que han quedado junto a la mesa de la posada—. Lo hacen en silencio. Rodríguez con las manos en la espalda, entrelazadas. Bolívar se detiene en ocasiones y su maestro lo espera. Llegan, finalmente, al lugar donde está situada la primera plataforma. Ambos miran hacia arriba.
S. BOLIVAR: ¿Qué es esto?

---

69 Para lograr este efecto en la metáfora escenográfica propuesta del monte Aventino, conviene utilizar material transparente en la confección de las plataformas, que refleje lo menos posible la luz de las seguidoras.

S. RODRIGUEZ: Desde arriba divisaremos Roma... ¿Te animas?

Bolívar sube y Rodríguez le sigue. Se percibe el esfuerzo en el ascenso de los dos.

S. BOLIVAR: Los pies parecen encadenados.

S. RODRIGUEZ: ¡Sigue! (*Se detienen en una plataforma conjunta, cerca del final. Miran hacia el público*). Observa. ¿Qué te parece?

S. BOLIVAR: ¡Me estremece!... ¿Y esto fue el centro del Viejo Mundo?

S. RODRIGUEZ: Aquí tuvo Occidente toda su presencia.

S. BOLIVAR: ¡Qué largo camino, maestro, para no haber encontrado todavía la libertad!

S. RODRIGUEZ: (*Reanudando el ascenso*). ¡Vamos! Ya falta poco.

El círculo luminoso, sobre el ciclorama negro, va llegando al punto de partida, lo que ocurre cuando Bolívar y Rodríguez alcanzan la última plataforma. Al hacerlo, se aproximan jadeantes al borde anterior. Otean la totalidad del público.

De improviso, Bolívar corre hacia el vértice posterior derecho, y mira. Luego, hacia el posterior izquierdo, y mira. Hacia el anterior derecho, y mira. Después bordea toda la parte anterior, mientras Rodríguez se retira hacia atrás y se sienta, a la izquierda de la plataforma, con las piernas colgando. Observa a Bolívar, quien va ahora en sentido inverso, más pausadamente, y queda descentrado hacia la derecha. La euforia visible en su rostro empieza a tornarse en incisiva seriedad. La mirada se fija en los espectadores.

los demás. (*De pronto, y cerrando los ojos, comien-*

S. BOLIVAR: Creo que usted tenía razón. Existen *za a inspirar y espirar con fuerza*). ¿No es así, maestro?

Su respiración se hace vertiginosa, incesante.

S. RODRIGUEZ: Comienzas a preocuparme... ¿Qué te ocurre, Simón?

Bolívar se interrumpe y va abriendo los ojos, mientras habla.

S. BOLIVAR: *(Señalando en principio a Rodríguez, pero sin apartar la mirada del público. Con un intento de contención, que se le va escapando)*. Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos y juro por mi honor, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi espíritu, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español[70].

Rodríguez se levanta, va hacia él y lo abraza por la espalda.

S. RODRIGUEZ: (*Con toda la tensión del tenso abrazo*). ¡Juro ante ti Simón Bolívar, por la independencia del alma americana!

De súbito, Rodríguez se aparta un breve trecho. Se miran.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué estamos diciendo?

S. BOLIVAR: (*Aupando, después de una pausa, la presión descendente que le trae el ramalazo de extrema consciencia*). ¡Lo que dijimos!

De inmediato, en el área de las cuerdas, surge iluminación vertical en ambos sentidos. Por una de las sogas se descuelga un personaje hasta una determinada altura. Después, por otras, varios a la vez. Observan a Rodríguez y a Bolívar, quienes comienzan a descender sin registrar lo que sucede en el plano de las cuerdas. Luego, se miran entre ellos. Son tipos criollos de todas las razas, de todas las edades, de todos los estamentos, Esclavos, funcionarios, artesanos, comerciantes; campesinos y citadinos; hombres y mujeres... todos conforman un mural humano. Colgados de las cuerdas, se mueven ascendiendo o descendiendo breves espacios. A veces, se detienen. No emiten palabras, sino sonidos guturales de alegría, desconcierto, temor, agresión, apoyo, rechazo, irritación, furia... se dirigen a ellos mismos, sin respetar sentidos espe-

---

70 Parece ya definitivamente establecido que el juramento de Roma no tuvo lugar en el Monte Sacro, como se había creído, sino en el ya citado Aventino.

cíficos, coherentes e incoherentes, dentro de una atmósfera de gran confusión.
Bolívar y Rodríguez llegan al piso del escenario y. sin premura, caminan hacia la derecha por la parte anterior al artilugio escenográfico. Antes de que salgan, disminuye la luz de las seguidoras y la luz de la zona de las cuerdas y se produce oscuridad y silencio totales.

ACTO III

París, 1806.

Hacia la derecha, arcadas del Palais Royal. *Hacen esquina. Su parte posterior limita con el lugar en donde se hallaban situadas las cuerdas —que ya no están en el escenario—. Como fondo, mucho más allá de las arcadas, el ciclorama negro. Faroles. Apoyo de iluminación nocturna. Heterogénea concurrencia. Prostitutas con túnica blanca. Señoras camufladas. En un grupo, se canta tonadas populares*[1]. *Un mendigo ciego, interpretado por el mismo actor que encarnó al mendigo caraqueño en el acto primero. En los recintos nocturnos, movimiento de personajes, que entran y salen.*

En la parte anterior izquierda, en penumbra, la silla de la casa de Rodríguez, que se utilizó simultáneamente a la escena del salón de Fanny.

Simón Rodríguez, con casaca, irrumpe en la zona del Palais Royal. *Recorre las arcadas en su totalidad. Camina como si buscara a alguien. De vez en cuando se asoma a determinados establecimientos —cuyo interior queda oculto para el espectador— sin encontrar a la persona. Se le insinúan las prostitutas. Una*

---

1 Se sugiere, entre otras canciones muy conocidas en la época, *Cadet Rousselle* (Cadete Rousselle) y (o) *Le pauvre paysan* (El pobre campesino). Letra y música pueden encontrarse en: H. Davenson (H. I. Marrou), *Le livre des chansons*. Neuchâtel: Editions de la Bacomière, 1977; pp. 569 a 572 (para la primera canción); y 543 a 546 (para la segunda).

de ellas abre su túnica y cubre a Rodríguez, quien se debate hasta lograr sacar la cabeza.

S. RODRIGUEZ: Mais non, ma chérie! Pas maintenent[2].

Se zafa y ella lo insulta. Rodríguez le lanza un beso con la mano y la mujer se va apaciguando. El se detiene junto al grupo que canta. Escucha, sin dejar de observar a los transeúntes. El ciego topa con él.

MENDIGO: Une aide pour un infortuné aveugle, monsieur![3].

S. RODRIGUEZ: (*Molesto*). ¿Por qué habrá siempre un mendigo en todas partes?

MENDIGO: Comment?[4].

S. RODRIGUEZ: Rien! Je ne peux rien vous donner[5].

MENDIGO: Etranger! *(Rodríguez comienza a separarse de él).* Etranger de merde!*(Alzando la voz).* Un espion! *(Señalando con algún acierto).* C'est *un espion!*[6].

El grupo deja de cantar y rodea a Rodríguez. Se suman algunas personas más. Claro tono de amenaza en ellas, por lo demás, un tanto reactivo, casi automático. De uno de los recintos sale Carlos Montúfar, apoyado con dificultad en dos mujeres. Al ver el tumulto, se aproximan los tres y Montúfar reconoce a Rodríguez.

CARLOS MONTUFAR: (*Con manifiesta torpeza verbal*). ¿Qué le ocurre, inmerecido maestro? (*A los concurrentes).* Q'est-ce-qui se passe, citoyens? Laissez-vous tranquille l'homme des idées... comment?... des grandes idées du monde... L'inimitable Robinson Crusoé[7].

---

2 *Trad.*: ¡No, querida! Ahora no.
3 *Trad.*: ¡Una ayuda para un infortunado ciego, señor!
4 *Trad.*: ¿Cómo?
5 *Trad.*: ¡Nada! No te puedo dar nada.
6 *Trad.*: ¡Extranjero!... ¡Extranjero de mierda!... ¡Un espía! ...¡Es un espía...!
7 *Trad.*: ¿Qué sucede, ciudadanos? Dejen tranquilo al hombre de las ideas... ¿cómo es?... de las grandes ideas del mundo... El inimitable Robinson Crusoe.

Los que rodean a Rodríguez se retiran ligeramente.

MENDIGO: Un espion!

S. RODRIGUEZ: *(A Montúfar, como si no le interesara lo que sucede)*. Montúfar, ¿dónde está Simón?

CARLOS MONTUFAR: ¿Cuál de los múltiples *simones* que se ocultan en las innumerables arcadas del Palais Royal?

S. RODRIGUEZ: ¡Vamos, estúpido!... ¡Miranda ha sido derrotado¡ ¿Dónde está Simón?

CARLOS MONTUFAR: ¿Miranda derrotado?... Oh, merde! ¿Cómo? ¿Dónde fue?

S. RODRIGUEZ: Salió de Coro. Retirada total[8]. ...¡Simón, Montúfar, Simón!

CARLOS MONTUFAR: ¡No sé donde está Simón! No viene desde hace tiempo. ¡Con Fanny! ¡Con Thérèse! ¡Con el mismísimo demonio!... Oh, merde!

MENDIGO: *(Por Rodríguez y Montúfar)*. Espions![9].

CARLOS MONTUFAR: *(A los concurrentes)*. Miranda misérablement vaincu! *(A uno de ellos)*. Connaissez-vous Miranda? *(A una de sus acompañantes)*. Aimez-vous Miranda? Miranda Crusoé? *(La arroja hacia un lado, con lo cual pierde uno de sus puntos de apoyo)*. Oh, merde![10]. *(A Rodríguez)*. ¿Derrotado? ¿Y qué esperanza queda?

MENDIGO: Espions, citoyens, espions!

---

8 Francisco de Miranda desembarcó, en Agosto de 1806, en las costas venezolanas de Coro, al mando de una expedición destinada a lograr la independencia del "pueblo libre de Sur-América". Su reducido ejército, que, en aquel momento, no tuvo agregaciones significativas por parte de los habitantes de Tierra Firme, fue duramente presionado por las tropas españolas y los expedicionarios tuvieron que salir en retirada, desde la costa coriana, hacia la isla de Aruba.

9 *Trad.*: ¡Espías!

10 *Trad.*: ¡Miranda miserablemente vencido!... ¿Conoce usted a Miranda?... ¿Amas a Miranda?... ¿Miranda Crusoe?... ¡Oh!, mierda.

CARLOS MONTUFAR: ¡Cállate, carajo! (*A todos*). Vous ne respectez pas Miranda?... Sauvages! Ignorants![11].

Montúfar se abalanza contra los concurrentes, quienes se retiran un corto trecho, dejando a Rodríguez definitivamente libre. Alguien corre hacia el fondo de las arcadas y desaparece, para volver poco después con dos policías.

A la izquierda del escenario, Bolívar entra en total penumbra en la zona de la casa de Rodríguez y se sienta en la silla. Lleva puesta, también, una casaca.

Los policías se dirigen hacia Montúfar y lo sujetan.

UN POLICIA: Détenez-vous, citoyen!... Vos papiers![12].

Montúfar forcejea con los policías y logra rechazarlos. Estos vuelven contra él con mayor vigor. De súbito, y en forma absolutamente inopinada, Rodríguez comienza a cantar La Marsellesa.

S. RODRIGUEZ: "Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé"... "Contre nous de la tyrannie l'étendart sanglant est levé". *(Comienzan a unírsele otras voces).* L'étendart sanglant est levé". *(Cantan casi todos con una pasión, incluso, superior a la prevista).* "Entendez-vous dans les campagnes mugir ces féroces soldats"...

MENDIGO: *(En evidente degradación).* Espions! Espions... *(Sumándose al canto).* "Ils viennent jusque dans vos bras égorger vos fils, vos compagnes"...[13].

Los policías, que no aciertan a comprender cabalmente lo que ocurre, terminan por soltar a Montúfar

---

11 *Trad.*: ¿No respetan a Miranda?... ¡Salvajes! ¡Ignorantes!

12 *Trad.*: ¡Deténgase, ciudadano!... ¡Sus papeles!

13 La duración del canto dependerá del tiempo concedido a la terminación de esta escena. *La Marsellesa,* canción patriótica compuesta por Rouget de L'Isle en la época de la Revolución Francesa, y que ha llegado a ser, con posterioridad, el Himno Nacional de Francia, puede encontrarse sin dificultad, con plena aclaración de su sentido, en muy diversas publicaciones.

y adoptan, sin cantar, una actitud marcial, no plenamente asumida. Carlos Montúfar va cayendo, hasta sentarse en el suelo, y descansa su cabeza sobre las rodillas, al tiempo que toda la escena comienza a hundirse lentamente por el piso del escenario y se ilumina —ambiente, más la claraboya redonda, que esta vez no se proyecta sobre la silla— el sector de la casa de Rodríguez.

Simón Rodríguez, al comenzar el descenso del Palais Royal, *corre y salta hacia la zona de su casa.*

S. BOLIVAR: (*Levantándose*). Su vieja costumbre de dejar las puertas abiertas.

S. RODRIGUEZ: (*Situándose bajo la claraboya*). ¿Te enteraste?

S. BOLIVAR: Lo sé... Parece que usted estaba en lo cierto. Me molesta esa tendencia suya a la infalibilidad.

S. RODRIGUEZ: Detesto los malos agüeros.

S. BOLIVAR: ¿Es que la historia sólo escoge a los monstruos?

S. RODRIGUEZ: ¿Quién te ha dicho que hay monstruos en la historia?

S. BOLIVAR: ¿Y Napoleón? No me va a negar ahora lo que piensa de él.

S. RODRIGUEZ: ¡Inconsecuente! Por eso comienza a ser monstruoso.

S. BOLIVAR: Usted se equivoca. Es la extrema consecuencia la que resulta monstruosa. Ni siquiera es un término humano.

S. RODRIGUEZ: Entiendo perfectamente el miedo, Simón.

S. BOLIVAR: ¡Maldita sea, desde París se puede entender todo! Pero las cosas están sucediendo allá. *Pausa.*

S. RODRIGUEZ: Tienes mala cara.

S. BOLIVAR: Duermo mal desde hace días. *Se sienta de nuevo.*

S. RODRIGUEZ: Te he buscado por todas partes... ¿Y tú? ¿Me buscabas?

S. BOLIVAR: He venido a decirle que regreso a Caracas. (*Rodríguez camina alrededor de la silla*). Que, de alguna manera, es allí donde debemos estar.
S. RODRIGUEZ: (*Deteniéndose*). ¿De qué hablas?
S. BOLIVAR: ¡Usted se viene conmigo!
S. RODRIGUEZ: Ni siquiera París ha podido con tu estilo mantuano. ¿Por quién me tomas?
S. BOLIVAR: ¿No es eso lo que usted quería? ¿Dónde se encuentra *su* alma americana?
S. RODRIGUEZ: En cualquier americano.
S. BOLIVAR: Ignoraba que propiciara usted la independencia de una *diáspora.*
S. RODRIGUEZ: Pero has aprendido mucho en materia de sarcasmo. ¿Finalmente apreciaste a Voltaire?
S. BOLIVAR: ¡Por todos los demonios, don Simón, de qué me ha estado hablando entonces?
S. RODRIGUEZ: De lo que piensas.
S. BOLIVAR: ¿Y dónde queda su *consecuencia?*
S. RODRIGUEZ: ¿Crees que lo del noventa y siete fue un juego?
S. BOLIVAR: Ha pasado el tiempo, maestro.
S. RODRIGUEZ: ¡Pero no ha pasado el Gobierno español!
S. BOLIVAR: ¿Miedo?
S. RODRIGUEZ: José María España fue públicamente descuartizado en Caracas. Y Gual, asesinado en Trinidad. Picornell vaga entre nosotros intentando curar cuerpos en lugar de países.
S. BOLIVAR: ¿En París?
S. RODRIGUEZ: Me dijeron... ¿De qué te serviría un compañero al que los fusiles del Gobernador esperan en cualquier esquina de La Guaira?
S. BOLIVAR: Me impresiona su convencimiento.
S. RODRIGUEZ: ¿Tienes idea de cuántos murieron?
S. BOLIVAR: ¡No me gustan los números!
S. RODRIGUEZ: Rechacé a Miranda, como hombre inadecuado para esta acción. ¡ Y me rechazo a mí mismo!
S. BOLIVAR: No sería imprescindible que usted la dirigiera.

S. RODRIGUEZ: Gracias, Simón... Como tú dijiste, nadie escoge a la historia. La historia escoge... Pero si me permites un vestigio de libertad, te diré que la historia no me interesa. ¡Lo mío es la siembra, Simón! Mi puesto, la retaguardia.

Pausa.

S. BOLIVAR: Lo envidio, maestro. Su puesto es importante. Lo que yo deseo, tan sólo es brillante.

S. RODRIGUEZ: ¿Lo deseas? ¿Verdaderamente lo deseas?

S. BOLIVAR: Estoy durmiendo mal, don Simón. ¡Muy mal!

S. RODRIGUEZ: Lo tuyo es la tierra.

S. BOLIVAR: ¿Sabe una cosa? Yo no apoyaría la independencia, si España fuera republicana. ¿Pero acaso *nuestra* España *(sorprendido él mismo por la expresión)* puede prescindir de sus dogmas?

Pausa.

S. RODRIGUEZ: Marcha a América, Simón. Marcha a América.

Bolívar se levanta. Rodríguez y él se miran. Luego, Bolívar observa el foso que ha dejado el descenso del Palais Royal. *Una gruesa soga solitaria baja, en posición más adelantada a la que ocupó el conjunto de cuerdas, hasta el sector donde se encuentran los personajes. Bolívar la espera, la toma, coge impulso y atraviesa el foso. Una seguidora se fija en él al caer al otro lado. Mira de nuevo a Rodríguez y esboza con la mano una despedida. Después, comienza a caminar hacia el fondo, mientras se escucha —esta vez grabada— la antigua* Carmañola Americana, *la cual lo acompañará hasta su desaparición a través del ciclorama negro.*

S. RODRIGUEZ: (*Una vez que ha salido Bolívar*). ¿Qué haces? ¡Vuelve!... Mi entrañable loco.

Desciende el ciclorama gris, acortando el fondo, y poco a poco subirá el piso del escenario, hasta nivelarse.

Por la derecha, en la parte anterior, penetra una pequeña plataforma con un pupitre en forma de

semicírculo. Tras él, está sentado Juan Bautista Picornell. Cuarenta y siete años. Avejentado. Barba y bigote con notorias canas, al igual que el cabello. Lee un grueso libro.

Desaparece la iluminación en el área de Rodríguez y surge en el sector de Picornell. Rodríguez se voltea, lo mira y se dirige hacia él.

S. RODRIGUEZ: Excusez moi, professeur. Je cherche l'élève Juan Bautista Picornell[14].

PICORNELL: (*Después de una breve pausa*). Ha pronunciado usted el nombre en perfecto castellano. Yo soy el alumno Picornell.

S. RODRIGUEZ: ¿Usted?

PICORNELL: Alumno tardío, sin duda, pero no me siento responsable de eso. La Medicina es una ciencia infinita. Un arte quizás... ¿Con quién tengo el placer de hablar?

S. RODRIGUEZ: Para usted, Simón Rodríguez.

PICORNELL: ¿"Para usted"?... ¿Es negociante en nombres, amigo mío?

S. RODRIGUEZ: Aquí me conocen de otra manera.

PICORNELL: Déjeme ver. Su acento no me resulta del todo ajeno... ¿Caraqueño?

S. RODRIGUEZ: Cierto.

PICORNELL: ¿Y por qué está usted en París? ¿Ha venido a verme o hace tiempo que salió de allá?

S. RODRIGUEZ: En el noventa y siete.

Pausa.

PICORNELL: ¡Días aciagos!... ¿Ha tenido alguna vez una gran esperanza?

S. RODRIGUEZ: Creo que coincidimos en eso.

PICORNELL: (*Mirando a Rodríguez con verdadera atención por primera vez*). ¿Usted formaba parte...?

S. RODRIGUEZ: Formaba parte.

PICORNELL: ¡Dios mío! (*Levantándose para acercarse a Rodríguez*). ¿Y nunca nos conocimos?

S. RODRIGUEZ: Dirigía un pequeño grupo en Caracas.

---

14 *Trad.*: Disculpe usted, profesor. Busco al alumno Juan Bautista Picornell.

PICORNELL: Espero que no viva usted de las cenizas.

S. RODRIGUEZ: El *movimiento* vive, don Juan. (*Citando de memoria parte de un antiguo texto de Picornell*). "Quien tenga aliento para aspirar al glorioso título de Libertador del Pueblo Americano, vuele sin dilación en su socorro y una hermanadamente su brazo con el nuestro"[15].

PICORNELL: (*En súbita transmutación*). ¡Cállese, por favor! (*Después de una pausa*). Disculpe usted. ¡Me duele escuchar esos textos!

S. RODRIGUEZ: Nosotros estábamos pendientes de sus escritos, don Juan. ¡Nos nutríamos con ellos!

PICORNELL: ¿Cree verdaderamente que el *movimiento* vive todavía? Las últimas noticias no son satisfactorias.

S. RODRIGUEZ: ¡Como un Ave Fénix!

PICORNELL: Entonces somos nosotros quienes no renacemos jamás.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué pasó de su creencia en la fuerza de la *unión?*

PICORNELL: Sueño con ella en las noches muy tranquilas.

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué dice eso?

PICORNELL: ¡Porque no admito los fusiles, amigo mío! ¿Es usted aficionado a ellos? (*Rodríguez no contesta*). Si es así, tiene suerte. ¡Pero que Dios ampare a quien pretenda educar a nuestro pueblo! (*Va hacia el pupitre y toma el libro*). Tal vez la Medicina sea un buen sustituto.

S. RODRIGUEZ: Tampoco cura las cenizas.

Picornell mira a Rodríguez e inicia la salida. Se detiene y se voltea.

PICORNELL: ¿Cómo dijo que se llama?

S. RODRIGUEZ: Samuel Robinson.

Picornell sale sin haber registrado el cambio de nombre. Rodríguez procura contener su alteración.

---

15 Pertenece a la *Alocución a los Militares*. Rodríguez modifica alguna palabra no sustancial, al citar de memoria.

estrechándose a sí mismo con los brazos, de espaldas al público[16].

Sobre el pupitre cae un cenital, al tiempo que, por la parte superior aparecen, colgando, cuatro plataformas. En cada una de ellas, un pupitre —pueden tener peculiaridades de diseño— tras el cual está sentado un alumno. Las plataformas, iluminadas, asimismo, por cenitales y explayadas hacia la izquierda, quedan a distintas alturas. El pupitre que se encontraba en escena, es ocupado por un adolescente francés. Después siguen: un niño italiano, un joven alemán, uno polaco y un niño ruso. No se comunican entre sí. Se percibe diferencias en el vestuario cotidiano de los alumnos[17]. *Utensilios de escritorio y libros al alcance de todos ellos. Están situados en países y tiempos diversos.*

Francia, Italia, Alemania, Polonia, Rusia, 1808-1818.

Simón Rodríguez va asumiendo la actitud de profesor ante sus alumnos. Comienza a pasear de un extremo a otro. Iluminación ambiental en su zona.

S. RODRIGUEZ: (*Pronunciando despacio las palabras*). Sin buscar complicaciones. Frases muy concretas. Un idioma se aprende expresando nuestras necesidades más sencillas. Capturar el sentido. El verbo preciso, un sujeto sobre el que no exista la menor duda, un objetivo evidente en la acción... (*Al percibir resistencia en el alumno italiano*). Capisci?[18].

---

16 Acorde con los escasísimos datos históricos relativos a la prolongada estadía de Rodríguez en Europa, no existen referencias sobre este encuentro. Su posibilidad fue sugerida por el hecho de que Picornell se encontrara efectivamente en París, en ese tiempo, estudiando Medicina, y por la conexión que, sin duda, Rodríguez sentía con respecto a él, al haber participado en el *movimiento* independentista, del cual fue Picornell, como se ha dicho, factor fundamental.

17 De ninguna manera debe recurrirse a tipismo folklórico alguno en los trajes.

18 *Trad.*: ¿Entendiste?

ALUMNO ITALIANO: Ma, professore...[19].

S. RODRIGUEZ: Inténtalo en español. ¿No es eso lo que quieres aprender?

A. ITALIANO: (*Cuidando extremadamente lo que dice*). ¡No se me ocurre *niente*[20]!

S. RODRIGUEZ: Casi lo lograste... Pensa! Pensa[21]. Con calma. La fretta fa perdere tempo[22]. Y escucha cuando hablo. El sonido. ¡Atento al sonido! (*A todos*). Sólo cuando estemos seguros, decimos la frase. Hablar un idioma es algo más que gramática. Intención, entonación, pronunciación...

Sigue paseando. El alumno polaco hace una seña y Rodríguez lo registra.

A. POLACO: (*Con la dificultad común a todos*). Los árboles... sin frutos... hacen pobres a los hombres.

S. RODRIGUEZ: Dobrze[23]. Presumo en ti a un futuro agricultor. O a un filósofo.

A. POLACO: Jak?[24].

S. RODRIGUEZ: Nie. Moje rzeczy...[25] Mejor que *hacen pobres,* empobrecen. La misma idea con una palabra. Zgoda?[26].

Ademán en el alumno francés. Rodríguez atiende.

A. FRANCES: Defender... *la* Francia...

S. RODRIGUEZ: ¿Y?

A. FRANCES: ... es deber... de todos.

S. RODRIGUEZ: Magnifique[27]. (*Acercándose a él con alguna intención*). ¿Seguro? (*El alumno asiente*). Bon![28]. Quita el *la*... Busca otra oración todavía más... simple.

---

19 *Trad.*: Pero, profesor...
20 *Trad.*: Nada.
21 *Trad.*: ¡Piensa! Piensa.
22 *Trad.*: La prisa hace perder tiempo.
23 *Trad.*: Bien.
24 *Trad.*: ¿Cómo?
25 *Trad.*: Nada. Cosas mías...
26 *Trad.*: ¿De acuerdo?
27 *Trad.*: Magnífico.
28 *Trad.*: ¡Bueno!

Comienza el ascenso del ante-proscenio, con un espacio, a la derecha, en el que está situada una mesa de billar. Un hombre en camisa, de unos treinta y cinco años, juega con visible pericia. Un perchero con la casaca del jugador. Sobre un banquito, un taco en espera de ser utilizado. Un vaso en el borde de la mesa. Otro, en el banquito. Vacíos. Un tablero en el que se puntúa la jugada. Lugar de la escena: París. Iluminación diurna, que se conecta con el área de Rodríguez.

El jugador termina su turno, anota los puntos con el taco mediante la traslación de unas bolitas en el tablero y aguarda a Rodríguez, que no cesa de pasear.

JUGADOR: Su turno, don Samuel. *(Rodríguez se detiene y va a tomar su taco. Tiza excesiva en el extremo. Parece distraído)*. ¿Qué le ocurre? ¿No hay noticias?

S. RODRIGUEZ: Ninguna... ¿Lo apoyará la Nueva Granada?

JUGADOR: Debo confesarle que he perdido todo contacto... Pero, no creo.

Rodríguez juega con desacierto.

S. RODRIGUEZ: En estos momentos cualquier dispersión resultaría suicida. España se debate en una situación de poder puramente imaginaria. ¿Qué están esperando?

JUGADOR: Bogotá soporta una presión muy directa. Caracas es el lugar más propicio... ¿Por qué no se quita la casaca? Así no se puede jugar.

El alumno alemán hace una seña.

S. RODRIGUEZ: (*Al jugador*). Tengo frío. (*Atendiendo al alumno alemán sin dejar su posición*). ¿Sí?

A. ALEMAN: Quiero... lo que el amor... levanta.

S. RODRIGUEZ: *(Con extrañeza)*. ¿Wie?[29]

A. ALEMAN: Quiero... lo que levanta...

S. RODRIGUEZ: Piénsalo mejor. No sólo es gramática, pero también es gramática. Nachprüfen. Und

---

[29] *Trad.*: ¿Cómo?

Schlage das im Wortebuch nach[30]. *(Al jugador por su jugada)*. ¡Un *touche*[31] perfecto! *(Sigue el jugador en su turno)*. *(De improviso)*. Me extraña en usted una desinformación tan admitida en los asuntos de su tierra.

El jugador falla la jugada.

JUGADOR: ¿Qué tierra? ¿La Tierra?... Su turno.

Rodríguez también falla la jugada.

S. RODRIGUEZ: Hay ocasiones en que la Tierra se juega entera en un lugar.

JUGADOR: *(Disponiéndose a lanzar el taco)*. Y, entonces, ¿por qué viaja tanto? ¿París no es suficiente?

S. RODRIGUEZ: No quiero parecerme a los árboles, que echan raíces, amigo mío. ¡Yo soy viento, agua, sol! Y todo lo que se mueve sin cesar.

JUGADOR: Hermosas frases. ¿Le sirven de algo?

Lanza el taco y continúa jugando. El alumno italiano requiere la atención de Rodríguez, quien se traslada hacia él.

A. ITALIANO: Porca miseria![32].

S. RODRIGUEZ: *(Después de una pausa)*. En español.

A. ITALIANO: No puedo... pagarle... esta semana.

S. RODRIGUEZ: Dura, pero muy precisa la frase... ¿Y la semana que viene?

A. ITALIANO: Non lo so![33].

S. RODRIGUEZ: *(Asumiendo plenamente la propia expresión del alumno)*. Porca miseria! *(Con firmeza)*. Entonces, tú, más que nadie, págame con tu aplicación... Hai capito?[34].

A. ITALIANO: *(Con notorias dudas)*. Si, professore.

S. RODRIGUEZ: *(Al jugador, retomando)*. Tanto como le sirven a usted sus juntas secretas, que, por lo demás, conoce todo el mundo.

---

30 *Trad.*: Compruébalo bien. Echa un vistazo al diccionario.
31 *Trad.*: Toque.
32 *Trad.*: ¡Cochina miseria!
33 *Trad.*: ¡No lo sé!
34 *Trad.*: ¿Has comprendido?

JUGADOR: (*Dándole el turno*). En ellas me gustaría introducirle, don Samuel.

S. RODRIGUEZ: ¿Un extranjero más? ¿A usted no le han puesto inconvenientes?

Lanza el taco.

JUGADOR: Nuestra doctrina social traspasa los países.

S. RODRIGUEZ: Espero que, al pasar, deje algo en ellos.

A. ALEMAN: (*Sin aguardar la atención de Rodríguez*). El amor... me levanta.

S. RODRIGUEZ: (*Mirando al alumno alemán, desde su posición*). Ya que te empeñas, *eleva* y no, *levanta*. ¡Achte auf das Verb![35]. Asegúrate de que es eso lo que quieres decir.

Vuelve a lanzar el taco y falla. Se sienta en el banquito. Entra Claire, joven, intensamente rubia. Trabaja en el establecimiento. El jugador encadena una buena racha.

CLAIRE: Tout va bien, messieurs?[36].

S. RODRIGUEZ: Très bien, Claire[37].

CLAIRE: Un verre de vin?[38].

S. RODRIGUEZ: Rouge, ma chérie[39]. *(Claire recoge los vasos vacíos y sale). (Al jugador).* Muy hermosa, ¿no es cierto?

JUGADOR: *(Sin dejar su turno).* Menuda.

S. RODRIGUEZ: Una síntesis afortunada.

A. FRANCES: Luchar... me hace vivir.

S. RODRIGUEZ: (*Sin levantarse*). Tres verbos en una frase. Insolite![40]. *(Aproximándose al alumno ruso).* ¿Nada, Dimitri? (*El niño ruso no contesta*). Insisto. No importa el tiempo que se tarde. Gulavno-

---

35 *Trad.*: ¡Atención al verbo!
36 *Trad.*: ¿Todo bien, señores?
37 *Trad.*: Muy bien, Claire.
38 Trad.: ¿Un vaso de vino?
39 *Trad.*: Tinto, querida.
40 *Trad.*: ¡Insólito!

ye eto fraza[41]. *(Al jugador).* ¿La sociedad es, entonces, algo abstracto para ustedes?

El jugador falla.

JUGADOR: ¿De qué habla, don Samuel?

S. RODRIGUEZ: Me había parecido.

JUGADOR: Se equivoca.

S. RODRIGUEZ: (*Tomando el taco*). Fourier tiene, sin duda, ideas excelentes. Pero un tanto... ambiguas. Debo reconocer en Saint Simon una precisión mayor. Al menos ha descubierto en la economía fuerzas más poderosas que en la política... Y soy experto en miseria.

JUGADOR: ¿Ha escuchado a Leroux?[42].

S. RODRIGUEZ: Usted se encargará de eso cuando me inicie en sus reuniones. Pero, por lo que me cuenta, habría que incluirlo, más bien, en el terreno de lo (*después de hacer la jugada*) poético.

JUGADOR: (*Con cierta alteración*). ¿Cree que se puede detener el progreso humano? (*Rodríguez interrumpe su juego*). ¡Esa fuerza está en todos los hombres, don Samuel! Por encima de la economía. ¡Y de la política! ¡Es avasallante!

S. RODRIGUEZ: Ya le digo. Muy poético. Y lo asume usted a la perfección.

JUGADOR: (*Trabándose*). ¡Por todos...!

S. RODRIGUEZ: Dígalo en el idioma del lugar.

JUGADOR: Merde!... ¿Y por qué le resulta despreciable la poesía?

S. RODRIGUEZ: Sólo me interesa la poesía que *se hace.*

JUGADOR: ¿Y Francia no es un ejemplo de eso?

S. RODRIGUEZ: ¿En qué sentido?

JUGADOR: ¡La *sociedad* ha irrumpido aquí como un hecho concreto! No hay estamentos dominantes.

---

41 *Trad.*: Importa la frase. *Nota*: Para facilitar la pronunciación, se transcribe el ruso utilizando el alfabeto latino.

42 Pedro Leroux y, con anterioridad, el Conde de Saint Simon y Charles Fourier, son representantes destacados de lo que históricamente se ha conocido como *socialismo utópico.* También, el inglés Robert Owen, a quien se hace referencia más adelante.

S. RODRIGUEZ: ¡Los hay! Cambiaron los títeres.

JUGADOR: ¡Se equivoca otra vez! El pueblo ya no admite privilegios.

S. RODRIGUEZ: ¡El pueblo lo admite todo! ¿Quién le enseñó a no hacerlo? ¿Se habla aquí de una *escuela social? (Al alumno alemán, que hace una seña).* ¿Lo comprobaste? Gut[43]. *(A todos).* Papel y pluma... Intentar, con todo cuidado, escribir la frase respectiva.

Los alumnos, excepto el niño ruso, siguen las instrucciones de Rodríguez.

JUGADOR: Definitivamente, don Samuel, está usted fuera de toda cordura. ¿No ha leído a Owen? *¡Educación* y trabajo!

S. RODRIGUEZ: ¡No estoy hablando ahora de *educación,* sino de escuelas! ¿Quién se ha preocupado por establecer una sola escuela *concreta?* Al pueblo se le enseñó a insurgir. Pero, ¿hacia dónde? Todos se llaman ciudadanos. ¿Sabes lo que eso significa?

JUGADOR: Olvida usted que esos ciudadanos han luchado hasta la muerte por su libertad.

S. RODRIGUEZ: ¿Luchan todavía? ¿Por la libertad o por el dominio más desmesurado que ha conocido el orbe?

JUGADOR: ¡Ellos luchan por la libertad!

S. RODRIGUEZ: Entonces, amigo mío, es posible que ni siquiera *la libertad* sea suficiente.

Por la izquierda, a modo de tapiz, desciende un gran lienzo blanco, que acota un espacio. Es la sala de sesiones del Congreso de las Provincias de Venezuela[44].

Claire entra en el ante-proscenio con dos vasos de vino en una bandeja.

---

43 *Trad.*: Bien.

44 Por supuesto, el lienzo no debe entorpecer la visión de las plataformas en las que se encuentran los alumnos. Es escénicamente importante que todas las situaciones conserven su presencia, tanto en éste, como en otros casos similares de la obra.

JUGADOR: ¡Juegue de una vez! ¡Todavía es su turno!

Al ver la alteración de los dos hombres, Claire se detiene un momento.

Entra en la zona de la izquierda el Presidente del Congreso[45]*, con unos papeles en la mano. Llega hasta el tapiz y un cenital cae sobre él.*

Simón Rodríguez cambia varias veces la posición del taco. Lo deja. Se quita, finalmente, la casaca. La cuelga. Vuelve a coger el taco. Duda, de nuevo, la jugada.

Los alumnos continúan ensayando la escritura de cada una de sus frases. Sólo el niño ruso permanece absorto.

SIMULTANEAMENTE,

Caracas, 1811.

PRESIDENTE DEL CONGRESO: (*Al público, con moderado tono oratorio*). Como Presidente del Congreso de las Provincias Unidas de Venezuela, y una vez cumplida la larga lista de preopinantes que, en el curso de los últimos días, han expresado, de manera más o menos encendida, más o menos contrastante, la conveniencia de un mismo y fundamental objetivo... incluidas las fervorosas palabras de los representantes de la Sociedad Patriótica, a quienes este Congreso dio cabida en su sesión de ayer... me compete resumir y proponer... (*Leyendo con firmeza los apuntes de sus papeles*). Que las cesiones y abdicaciones ocurridas en Bayona traicionaron todos los sagrados deberes contraídos por los monarcas ante los españoles de ambos mundos, permitiendo la usurpadora irrupción de la dinastía de los Bonaparte... Que, no obstante la descomposición absoluta a la que ha llegado el Gobierno español, la cual notoriamente lo incapacita para guiar los destinos de nuestros pueblos, se consideró como rebelión, perfidia e ingratitud, la imperiosa ley que

---

45 En ese tiempo, Julio de 1811, el diputado por la provincia venezolana de Barinas, Juan Antonio Rodríguez.

la necesidad dictó a Venezuela de conservarse a sí misma, mediante las medidas adoptadas el diecinueve de abril del pasado año de mil ochocientos diez... con las cuales, al establecer un sistema propiamente americano de organización, se daba, incluso, una esperanza de felicidad a nuestros queridos hermanos de Europa, igualmente amenazados por todo tipo de males y privaciones... Que, por más de tres siglos, el criminal derecho de conquista causó, con la impiedad que produce la distancia, constantes agravios a los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estas tierras, cuando deberían haber sido tenidos como miembros de una misma familia... Que, por el actual orden de los sucesos, resulta moral, política, militar y económicamente perentorio presentar, con toda decisión y claridad, nuestra posición ante las naciones del mundo... Que tanto la dignidad del género humano, como la Divina Instancia, consagran el irrenunciable derecho de los pueblos a asumir su libertad... Por todo lo cual se propone a este Congreso *(pausa)* declarar en forma solemne ante el Universo, poniendo al Ser Supremo como testigo y fundamentados en la voluntad y autoridad delegada en nosotros por el pueblo de Venezuela, que sus Provincias Unidas, con plena vocación de concordia, *(pausa)* son desde hoy, cinco de julio del año en curso de mil ochocientos once, Estados libres... soberanos... e independientes.

Se escuchan fuertes y prolongadas aclamaciones en la zona del público. Durante las palabras del Presidente del Congreso, Rodríguez logra una carambola. El jugador se aproxima a Claire y bebe parte de su vaso de vino. Rodríguez falla en un nuevo intento y el jugador toma su turno, también sin fortuna. Claire se sienta en el banquito, con el vaso de vino sobre la bandeja, desatendido todavía por Rodríguez. Este, al corresponderle jugar de nuevo, decide su posición y, cuando parece que va a lanzar el taco, lo retira de la mesa y se apoya en él, cavilante.

JUGADOR: ¿A qué espera?

S. RODRIGUEZ: (*Al tiempo que amainan las aclamaciones, ante un gesto del Presidente del Congreso*). ¿Qué estarán haciendo en Caracas?

PRESIDENTE DEL CONGRESO: Este soberano Congreso designará una comisión redactora del Acta respectiva, para su consiguiente rúbrica por los señores diputados.

JUGADOR: ¡Vamos, don Samuel!

Irrumpen otra vez aclamaciones y aplausos.

Rodríguez juega y falla.

Se escucha el ruido de fuegos artificiales, cuyos resplandores, llenos de colorido, se perciben en toda la sala.

El jugador se prepara y Rodríguez toma el vaso que le ofrece Claire y bebe un trago.

El Presidente del Congreso sale por la izquierda, mientras se extingue el cenital. Permanecen los fuegos de artificio.

S. RODRIGUEZ: Oh, vin vivificateur! Vin mythologique! *(Bebe otro trago).* Ma chére Claire! Ma belle Claire[46]. *(Elevando el vaso).* Mira hacia este vino antiguo y futuro a la vez y dale toda tu claridad. (*Claire sonríe*). ¡Qué rojo está! (*Cambiando, de súbito, la actitud*). ¡Que no venga!

El jugador, que ha logrado una carambola, se detiene y lo observa. Los fuegos artificiales se van transformando en disparos de fusil y explosiones de cañón. Los resplandores, en la sala, parten ahora del suelo y ya no tienen colorido, sino temible y estruendosa luz.

JUGADOR: ¿Qué está usted diciendo, don Samuel?

El lienzo blanco se tiñe con grandes manchas rojas.

S. RODRIGUEZ: ¡Que no venga la sangre! Que no llegue.

Después de unos instantes, el lienzo asciende lentamente hasta desaparecer, y, al fondo, hacia la iz-

---

[46] *Trad.*: ¡Oh, vino vivificante! ¡Vino mitológico!... ¡Mi querida Clara! ¡Mi hermosa Clara!

quierda e iluminado por una seguidora, se ve a Simón Bolívar, sobre un caballo blanco. Su atuendo militar y el bigote que ahora tiene, le dan, dentro de su juventud, un particular empaque. Atraviesa, al paso, el espacio donde están las plataformas. Detiene su montura. Mira hacia adelante. Parece escuchar el fragor de las batallas.

Como en una transposición psíquica, Rodríguez avanza un breve trecho en dirección a Bolívar, se detiene también y lo mira.

S. RODRIGUEZ: ¡Y ahí estás, finalmente!

Bolívar en ningún momento registra a Rodríguez. Observa diversos puntos en el área del público y. luego, sale por la izquierda, cuando el ruido de las explosiones alcanza un punto máximo.

El niño ruso se levanta.

S. RODRIGUEZ: Iá tebia slushaiú, Dimitri[47].

A. RUSO: Tengo... miedo.

S. RODRIGUEZ: Y yo. Iá eto prekrasno ponimaiú[48]. (*A todos los alumnos*). Terminó la clase. Mañana revisaré la ortografía.

Los alumnos comienzan a recoger sus implementos, mientras las plataformas van desapareciendo, junto con el amenazante sonido ambiental.

Rodríguez se voltea hacia el jugador y Claire, que presentan un aspecto de cierta estupefacción.

S. RODRIGUEZ: *(Al jugador).* ¿Está preparada su doctrina social para afrontar la historia?

JUGADOR: No sé si la historia está preparada para afrontarla.

Pausa.

S. RODRIGUEZ: (*Dejando el vaso en el banquito*). ¡Hermosa, Claire! ¿Quieres aprender el español conmigo?

CLAIRE: *(Haciendo todo un esfuerzo fonético).* Sí, profesor.

Rodríguez suelta una carcajada.

---

47 *Trad.*: Te escucho, Dimitri.

48 *Trad.*: Lo entiendo perfectamente.

S. RODRIGUEZ: ¡Yo sabía que estabas particularmente atenta!... Suelta esa bandeja. (*El mismo se la quita y la pone sobre la mesa de billar*). ¡Vámonos! *(Ante la sorpresa de Claire)*. Allons! Allons![49].

CLAIRE: Mais, oú?[50].

S. RODRIGUEZ: No hagas preguntas imposibles. (*Al jugador*). ¡Asistiré a sus reuniones! Y discutiremos allí (*alzando el taco como si fuera una lanza*) sin armas. (*Deja el taco, coge su casaca y toma a Claire de la mano)*. ¡Ven! Vamos a jugar en serio.

Salen.

El jugador se queda mirándolos por unos momentos. Luego, retira la bandeja de la mesa y prosigue el juego en solitario, al tiempo que desciende la escena del billar.

De tamaño mayor a la ocupada por el alumno francés, penetra por la izquierda una plataforma rodante. Sobre ella, un tresillo, en declinante situación de uso, con una mesita de centro. Iluminación diurna en el área.

Londres, 1822.

Andrés Bello[51]*, adulto está sentado en una de las butacas. Delgado. Muy sobriamente vestido. La oscuridad de su traje sugiere el luto. Escribe.*

Entra, hasta el borde de la tarima, su hijo Carlos, de unos siete años. El color negro resalta también en su pequeño pantalón.

CARLOS: Papá, don Simón quiere verte.

A. BELLO: ¿Vino solo?

CARLOS: No.

---

49 *Trad.*: ¡Vamos! ¡Vamos!

50 *Trad.*: Pero, ¿dónde?

51 En 1810, el año previo al de la Declaración de la Independencia, Bello fue a Londres, enviado por Caracas para tantear el apoyo a los propósitos independentistas, junto con Luis López Méndez y Simón Bolívar. Allí, los tres se pusieron en contacto con Francisco de Miranda. Una vez realizadas las gestiones, Bello no volvió a Venezuela y quedó residenciado en Londres por muchos años.

A. BELLO: Atiéndela a ella. Pero no alboroten mucho. Recuerda que tu hermano está enfermo.

El niño sale, visiblemente satisfecho ante la propuesta.

Entra Rodríguez, abrigado con un capote y una bufanda. Sostiene un grueso cartapacio. Lo deja sobre la mesita. Lanza el capote sobre la otra butaca y se frota las manos.

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo puedes escribir? ¿No se te congelan las manos?

A. BELLO: (*Que no se ha levantado*). Una carta para nuestro amigo Walton. Su último artículo del *Chronicle*[52] me pareció detestable. ¿Con quién está realmente?

S. RODRIGUEZ: Con quien puede. Pero hay que reconocerle su excelente inglés cuando escribe... Dejemos a Walton. ¡Toma! (*Le entrega el cartapacio y se sienta en el sofá).* Quiero que los leas, Andrés. Borradores, por el momento. Pero van madurando. *Bello abre el cartapacio y saca los manuscritos.*

A. BELLO: ¿Todo esto?

S. RODRIGUEZ: Tú eres mucho más abundante que yo. ¿Cómo va tu *Gramática?*

A. BELLO: Interminable.

S. RODRIGUEZ: ¿Lo ves? Una gramática interminable carece de uso... Piensas en América, ¿no es cierto? España no la admitiría jamás.

A. BELLO: ¿Cómo se puede encarcelar una lengua?

S. RODRIGUEZ: Con una Academia. (*Pausa*). ¿Te das cuenta? ¿Lo sientes? Se acerca el momento.

A. BELLO: (*Asumiendo la intención de Rodríguez*).

---

52 El *Morning Chronicle,* uno de los más conocidos periódicos matutinos de Londres. William Walton, a quien se refiere Bello, fue un propagandista británico, simpatizante de la causa americana, a la que prestó útiles servicios. Pero, conviene aclararlo, trabajaba a sueldo, y, en ocasiones, sus artículos presentaban actitudes contrastantes.

¿Qué *momento* puede haber para mí? Mary Ann[53] murió hace apenas un año. Y ahí están nuestros hijos. ¿Qué hago con ellos?

S. RODRIGUEZ: ¿Y no lo hicimos para ellos?

A. BELLO: ¿Nosotros lo hicimos?... Simón lo está haciendo.

S. RODRIGUEZ: América sí es una empresa *interminable,* Andrés.

A. BELLO: La Nueva Granada liberada. Venezuela liberada. Panamá. Y, ahora, el Ecuador... *Colombia* ya es un hecho[54].

S. RODRIGUEZ: ¿Lo es?

A. BELLO: *(Continuando su propio discurso).* Colombia, ¿de quién? (*Pausa*). Todavía no tolero lo de Miranda. Antes que todos, él luchó por eso. ¿Por qué lo entregaron?... ¡Y Simón entre ellos! *Libertador* lo llaman ahora, ¿no es cierto? A su antiguo alumno...

S. RODRIGUEZ: ¡Y al tuyo! (*Pausa*). Sin duda la necesidad tiene sus leyes.

A. BELLO: ¿Era necesario que Miranda muriera en las cárceles de España? (*Rodríguez no responde*). ¡Lo utilizaron! Y me consta. Yo vine a Londres buscando desesperadamente apoyo para nuestra causa... Con Simón. Usted sabe... Muchas veces conversamos con Miranda... ¡Qué profundas cicatrices tenía ese hombre! Pero, ¡qué gran esperanza! Ahí estaba toda su fuerza. Y toda su debilidad también. ¿Entiende usted?... Yo presencié cómo fue manipulado. (*Ante la extrañeza de Rodríguez*). Sí, manipulado para volver a América. Una seduc-

---

53 La irlandesa Mary Ann Boyland, primera esposa de Bello. Con ella tuvo tres hijos: Carlos, el mayor; Francisco, enfermo en la escena; y Juan, quien murió antes que la madre.

54 Se hace referencia a la nación de Colombia, instituida por Bolívar y que históricamente se ha conocido como Gran Colombia, la cual aglutinaba en esos momentos a la Nueva Granada —actual Colombia y en la que se encontraba la capital de la nueva entidad nacional: Bogotá—, a Venezuela, a Panamá y al Ecuador.

ción, por lo demás, conseguida de antemano... ¡Y dicen que nadie se empeñó más que él, en el Congreso de Caracas, por la Independencia!

S. RODRIGUEZ: Las independencias no se producen cuando se declaran, Andrés, sino cuando se logran.

A. BELLO: ¿Está usted justificando un *parricidio?*

S. RODRIGUEZ: Sé que caminas con soltura en el terreno de las Leyes. Pero, ¿tienes idea de lo que es una guerra?

A. BELLO: ¿Y la tiene usted desde los cenáculos de Europa? (Señalando los manuscritos). ¿Sus borradores hablan de guerra?

S. RODRIGUEZ: Pusieron condiciones cuando lo entregaron.

A. BELLO: Encarcelar a Miranda era matarlo[55]. ¡Tan libre como una Lengua!... ¡Antes que todos! Antes de que usted y yo supiéramos de su existencia. Antes, incluso, que su venerado Picornell...
Pausa.

---

55 El desarrollo de los acontecimientos relativos a Miranda, de los que se habla en la escena, puede condensarse de la siguiente manera. Poco antes de la declaración formal de la Independencia, regresó a Venezuela, estimulado por Bolívar, y se desempeñó como Diputado, cargo desde el cual influyó, en efecto, de una manera decisiva para los objetivos emancipadores del Congreso de 1811. Una vez cumplidos éstos, reaccionó el Ejército realista, al mando del General Monteverde, y, ante esta situación. el Ejecutivo del nuevo Gobierno independiente nombró a Miranda, en 1812, General en Jefe de todas las Fuerzas. La presión militar de Monteverde, resultó excesiva para el incipiente Ejército independentista y Miranda se vio obligado a capitular en ese mismo año. Esta decisión suya causó profundo malestar en algunos de sus jóvenes oficiales, entre ellos Bolívar, quienes decidieron entregar a Miranda, con garantías para la seguridad del General, a los realistas. Francisco de Miranda, después de soportar diversas prisiones americanas, fue trasladado a la Península, y allí murió, en 1816, en la cárcel gaditana de La Carraca.

S. RODRIGUEZ: También volvió allá... Tampoco le fue permitido renacer[56].

A. BELLO: ¿Se refiere a alguna fuerza superior cuando emplea esas frases impersonales?... ¿Admite usted, finalmente, a la Providencia?

Se oyen risas y chillidos nerviosos fuera del escenario. Rodríguez se quita la bufanda y la deja junto al capote.

S. RODRIGUEZ: ¡Escucha esto, Andrés! Ni Miranda, ni todos ellos juntos, ni tú, ni yo... ¡ni el mismísimo, Simón!... estamos por encima de lo que se ventila en América. ¡Pobre revolución la que haga imprescindibles a sus hombres!

A. BELLO: Buena frase para un maestro... ¿Para qué preocuparnos entonces? Somos prescindibles.

S. RODRIGUEZ: Y pobre revolución la que no tenga hombres a quienes rebasar.

A. BELLO: ¿Tan culpable se siente?

S. RODRIGUEZ: Por desgracia, yo no *tengo* a Miranda. Ni siquiera el Gobierno español puede ya *defender* mi ausencia.

El alboroto, apoyado ahora con voces de mujer, ha seguido su curso ascendente.

A. BELLO: (*Trasladando su irritación*). ¡Carlos! (*El niño entra y sube a la plataforma. Claire, detrás, con cierta timidez, sin llegar a traspasar el borde*). ¿No te he dicho que Francisco está enfermo?

CARLOS: ¡*Lady* Robinson es tan divertida, papá![57].

CLAIRE: (*Con un cuidado vestido, un tanto provinciano). (A Bello).* Excusez-moi[58]. Yo no sabía.

A. BELLO: (*Levantándose*). (*Con flemática cortesía*). Mi estimada señora... Un simple catarro.

CLAIRE: ¡La casa está muy fría!

---

56 Picornell estuvo, ciertamente, en Caracas, en los momentos de la Declaración de la Independencia. Pero no fue tenido muy en cuenta.

57 El hijo de Bello concede el carácter de esposa a la compañera de Rodríguez. Sobre ella no se tienen más datos que los referentes a su aspecto físico. En realidad, ni siquiera hay noticias sobre su nombre.

58 *Trad.*: Discúlpeme.

A. BELLO: A veces tengo que elegir entre la leña o la comida. (*Advirtiendo algún embarazo en la actitud de Claire*). Su pronunciación mejora notablemente... ¿Y cómo va el inglés?

CLAIRE: I try to... learn it[59].

A. BELLO: Bastante bien. *(A Rodríguez).* Debería presentársela a nuestro amigo Walton. ¿O ya lo ha hecho?

S. RODRIGUEZ: Como nunca se sabe con quién está... Por cierto, (*Sacando un instrumento para escribir, consistente en un palito con un alambre en la punta, doblado en ángulo*) termina con esto tu carta a Walton. Un pequeño invento... Y menos costoso que una pluma. ¡Quedan ya tan pocas aves en Europa!

Rodríguez baja de la plataforma para acercarse a Claire, mientras Bello observa con detenimiento el objeto que le acaban de ofrecer. Se sienta, desecha la pluma de ave, introduce el nuevo instrumento en el tintero y escribe, al tiempo que su hijo se le aproxima con evidente curiosidad.

La franja sobre la que está situada la tarima, va desapareciendo por el piso, junto con la iluminación diurna. Seguidoras sobre Rodríguez y Claire, solos ahora. Tras ellos, el abismo dejado por el descenso del escenario.

Londres, 1823.

S. RODRIGUEZ: ¿Para qué quieres ir? No va a ser fácil.

CLAIRE: Mais non, mon amour[60]. ¿Dejarme ahora? Absolument pas![61].

S. RODRIGUEZ: Es importante lo que tengo que hacer.

CLAIRE: ¡Yo soy importante!... J'insiste. Mais non, carajo![62].

---

59 *Trad.*: Trato de aprenderlo.
60 *Trad.*: No, mi amor.
61 *Trad.*: ¡De ninguna manera!
62 *Trad.*: Insisto. ¡No, *carajo!*

S. RODRIGUEZ: Ma chérie[63], ¿por qué te enseñaría tan... sinceramente el idioma? ¿Soportas bien el calor?

Claire se quita la chaquetilla y la arroja al foso. En el escenario ha quedado la soga, que utilizó Bolívar para saltar. Junto a ella, va descendiendo otra, próxima a la posición de Claire.

CLAIRE: ¿Y tú? ¿Lo soportarás después de tanto tiempo?

S. RODRIGUEZ: Merde![64].

Lanza también su casaca al foso.

CLAIRE: Necesitas que alguien te acompañe. C'est vrai?[65].

S. RODRIGUEZ: Si fuera posible acompañar la soledad.

CLAIRE: Comment?[66].

S. RODRIGUEZ: Rien[67]. ¡Vamos!

Rodríguez toma la cuerda. Claire, la suya. El percibe la inseguridad de ella ante el salto. La abraza y atraviesan el foso.

Al caer al otro lado, ambos se enfrentan al muro del ciclorama gris, mientras, en posición adelantada a la de ellos, surge, por el piso, un aduanero criollo, sentado tras una mesita.

Cesan las seguidoras. Iluminación ambiental en el área.

Cartagena de Indias, 1823.

ADUANERO: ¿Adónde van, ciudadanos? (*Rodríguez y Claire se voltean hacia él*). ¡Sus nombres!

S. RODRIGUEZ: (*Tras una pausa*). Simón Rodríguez.

CLAIRE: Claire Gibeaut.

ADUANERO: Pasaportes.

Rodríguez, al igual que en Baltimore, busca en sus

---

63 *Trad.*: Querida...
64 *Trad.*: ¡Mierda!
65 *Trad.*: ¿Cierto?
66 *Trad.*: ¿Cómo?
67 *Trad.*: Nada.

bolsillos infructuosamente, y Claire se adelanta con sus papeles. El aduanero los examina.

ADUANERO: (*Con fonética española*). Claire Gibeaut. (*Mira con profesional recelo a Claire, quien le sonríe. Apunta en una lista y le devuelve el pasaporte. Rodríguez le entrega ahora el syo). (Tras el vistazo correspondiente*). Este nombre no es el que usted me dijo.

Pausa.

S. RODRIGUEZ: (*Procurando un tono convincente*). Tuve que cambiarlo, para protegerme del antiguo régimen.

ADUANERO: (*Retado en su suspicacia*). ¡Ajá!... ¿Y qué busca por estas tierras?

S. RODRIGUEZ: (*Con toda la agresión de la paradoja*). Bueno... Colonizar América con los americanos.

ADUANERO: (*Trascendido por lo que acaba de escuchar*). ¡Espere aquí!

Sale con el pasaporte firmemente sujeto en la mano. Claire mira a Rodríguez con cierto temor. El aduanero vuelve a entrar, acompañado del Jefe de Aduana, quien tiene ahora el pasaporte. Todos permanecen de pie.

JEFE DE ADUANA: (*A Rodríguez*). De modo que tiene usted varios nombres.

S. RODRIGUEZ: Y sin ser espía, que es lo sorprendente. Ni siquiera, ladrón.

JEFE DE ADUANA: ¡Vaya, vaya!... ¿Y se dirige usted a algún lugar específico?

S. RODRIGUEZ: A Bogotá... ¿Puedo preguntar por mi equipaje?

JEFE DE ADUANA: Lo están revisando... A Bogotá. ¡Bien! ¿Y para qué?

S. RODRIGUEZ: (*Con naturalidad*). Voy a entrevistarme con el Libertador.

JEFE DE ADUANA: (*Disimulando el golpe*). Pero su Excelencia no está en Bogotá.

S. RODRIGUEZ: ¿Cómo es posible?

JEFE DE ADUANA: Combate en el Perú desde hace meses.

S. RODRIGUEZ: ¡Qué contrariedad! ...Tendré que recurrir, entonces, al Vicepresidente Santander.

JEFE DE ADUANA: (*Sincerando su sorpresa*). ¿Conoce usted al Libertador?

S. RODRIGUEZ: (*Acentuando la naturalidad*). Desde la infancia.

El Jefe de Aduana mira a Rodríguez con paulatinos signos de derrumbe psíquico.

JEFE DE ADUANA: *(Entregándole el pasaporte).* ¡Pase!

Rodríguez toma el pasaporte y se dirige, con Claire, hacia el ciclorama gris, mientras el Jefe de Aduana lanza un recriminatorio reojo al aduanero, quien opta por sentarse en su silla y apuntar en la lista. El Jefe de Aduana sale por la derecha y el aduanero se hunde por el piso del escenario, al tiempo que asciende el ciclorama, y Rodríguez y Claire pasan *al Nuevo Mundo.*

El espacio que se ve es amplio y luminoso. Se percibe un fuerte colorido[68]*. Hombres y mujeres de todas las razas y todos los estamentos del nuevo régimen. Vendedores, con sus productos sobre esteras colocadas en el suelo, anuncian a gritos piña madura, aguacates, carite fresco, tejidos diversos... Un hombre con el torso desnudo, argumenta en un grupo acerca de la sabiduría de una parlanchina guacamaya. Un vendedor de agua de papelón pasea a su burro, cargado con dos voluminosos toneles. Gente que se encuentra, que simplemente atraviesa de un lado a otro, que regatea en sus compras. Absorbente cotidianeidad. Gran bullicio.*

Rodríguez y Claire, que observan de espaldas al público, entrelazan sus manos. Por un momento, al desaparecer la iluminación ambiental en la zona de la Aduana, quedan a contraluz ante la estampa viviente. Poco a poco, caminan adentrándose en el reciente espacio. A veces, notan sobre ellos la aten-

---

68 Segunda variación sobre el mural humano latinoamericano esta vez sumido en códigos reales.

ción de algunas personas. Se voltean. Miran a todas partes. Claire con absoluta extroversión. Rodríguez en un intento de contener el efecto interior que la situación le produce.

CLAIRE: (*Con asombro, seducción, incluso cierto miedo).* Mon Dieu! . . . Mon amour, qu'est-ce que c'est? qu'est-ce que c'est ça?[69].

S. RODRIGUEZ: *(Liberando de súbito su potencia expresiva, que le ocupa la actitud y el gesto).* ¡Esto es América!

De inmediato, oscuridad y silencio.

---

[69] *Trad.*: ¡Dios mío!... Mi amor, ¿qué es esto? ¿Qué es todo esto?

ACTO IV

Como fondo, el ciclorama gris. A la izquierda, casi al final del espacio, una rústica cama y una mesita de noche, sobre la que se ve una palmatoria, con la vela encendida, y un vaso con agua. Tenue iluminación de apoyo.

A la derecha, hacia el proscenio, una solemne mesa con un gran sillón de alto espaldar, dos butacas delante y, atrás, una vidriera. Total penumbra en esta zona.

Bogotá, 1824.

Claire, con un largo camisón, está acostada sobre las sábanas. Por su inquietud corporal se percibe que no duerme.

Entra Rodríguez. Mira a Claire, que se ha quedado inmóvil, observa la vela, se dirige hacia la mesita, extrae un papel doblado de su casaca, lo extiende con cuidado y lee, aproximando mucho la vista. Se trata, verdaderamente, de una relectura. Algo le resulta inconcebible. Luego, va hasta una punta de la cama y se sienta, pensativo, con el papel en la mano.

Claire se mueve con cautela.

CLAIRE: (*Incorporándose levemente*). Llegas muy tarde, mon amour... ¿No me dirás que vienes de la clase? (*Rodríguez no responde*). (*Abrazándole por la espalda*). ¿Encontraste a una linda colombiana? (*Rodríguez sigue sin responder*). Qu'est-ce qui se passe?[1].

[1] *Trad.*: ¿Qué ocurre?

S. RODRIGUEZ: *(Mirándola).* ¿Soy monstruoso?
CLAIRE: *(Sorprendida).* Mais non, mon amour![2].
S. RODRIGUEZ: ¿Repulsivo?
CLAIRE: ¡No!
S. RODRIGUEZ: Insoportable, al menos.
CLAIRE: Mais, qu'est-ce que tu dis?[3].
S. RODRIGUEZ: ¿Te parezco un necio?
CLAIRE: Tu es fou?[4].
S. RODRIGUEZ: Tal vez sea eso... Irremisiblemente loco. Demasiadas personas lo aseguran. (*Mostrándole el papel*). ¡Se terminó la Escuela!
CLAIRE: (*Tomando el papel, sin saber con exactitud qué hacer con él).* Mon Dieu![5] ¿Aquí lo dice?
S. RODRIGUEZ: ¡Sin la menor vergüenza! El Gobierno se declara *insolvente* para seguirla manteniendo. (*Pausa*). ¿Qué me hizo pensar que las cosas habían cambiado?
CLAIRE: (*Calibrando el sentimiento de Rodríguez*). Lo siento... mucho. *(Lo besa). (De súbito).* ¡Ya sé!... Volvamos a Francia.
S. RODRIGUEZ: ¿Qué dices?
CLAIRE: Le retour à Paris! Oui?[6] ...No importa, mon amour. Yo tampoco me encuentro bien.
S. RODRIGUEZ: ¿Te ocurre algo?
CLAIRE: No sé... ¡Todo me resulta tan extraño! Y a ti no te veo feliz. Ni siquiera me apetece salir. Sólo quiero estar acostada... Partons![7]. Desde allí le escribes a *tu* Libertador. Le cuentas. Oui?
S. RODRIGUEZ: Ma petite chérie![8]. No puedo irme. Te dije que no iba a ser fácil. Tu comprends?[9].
CLAIRE: Mais, pourquoi?[10].

---

2 *Trad.*: ¡No, mi amor!
3 *Trad.*: Pero, ¿qué dices?
4 *Trad.*: ¿Estás loco?
5 *Trad.*: ¡Dios mío!
6 *Trad.*: ¡El retorno a París! ¿Sí?
7 *Trad.*: ¡Partamos!
8 *Trad.*: ¡Mi querida pequeña!
9 *Trad.*: ¿Comprendes?
10 *Trad.*: Pero, ¿por qué?

S. RODRIGUEZ: ¡Tengo que verlo! Esto no hubiera ocurrido de estar él aquí.

CLAIRE: ¿Y qué vas a hacer?

S. RODRIGUEZ: ¡Hablaré con el mismísimo Santander!

A través de la vidriera, comienza a estabilizarse una iluminación diurna en la zona de la derecha. Se define ahora, sentado en el sillón, al Vicepresidente Santander, vestido de civil, que firma unos documentos. Treinta y dos años.

CLAIRE: ¿Y qué le podrás decir?

Rodríguez toma el papel de las manos de Claire, se dirige al área de la derecha, llega hasta la mesa y deja el papel en ella.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué significa esto, señor *Vice-Presidente?*

SANTANDER: (*Asimilando la acentuación, mientras ofrece asiento, que Rodríguez no acepta*). Mi estimado don Simón, practica usted una diplomacia un tanto agresiva.

S. RODRIGUEZ: ¿ Qué le hace pensar que, a mi edad, puedo perder el tiempo en nimiedades?... Ese papel es una agresión.

SANTANDER: No fue ese el intento.

A partir de ahora, Claire irá asumiendo paulatinamente los síntomas de las fiebres palúdicas. Se acostará, arropada con la sábana. Gran rigidez, quebrada por convulsiones, cada vez más violentas. Hablar ininteligible y delirante. Respiración fatigosa. Avida necesidad de agua. En su sector se mantiene la macilenta iluminación nocturna.

S. RODRIGUEZ: ¿El Presidente Bolívar no ordenó un apoyo irrestricto?

SANTANDER: Su Excelencia, el General Bolívar, libra en estos momentos batallas sin duda decisivas... pero muy costosas para la República. Y, mientras tanto, ¡soy yo quien tiene que librar aquí los combates con el Congreso!

S. RODRIGUEZ: ¿Insinúa usted que la desaparición de la Escuela... a la que, por cierto, he contribuido a sostener... es determinante para costear la guerra?

SANTANDER: ¡La suma de todo es determinante!.. Y entiendo que es necesario erradicar hasta el último baluarte español... Pero no siempre lo comprenden los señores diputados. ¡El Perú está muy lejos para ellos!

S. RODRIGUEZ: América está muy lejos de ellos, cuando pueden desestimar sus escuelas.

SANTANDER: Lamentable... Una Escuela muy peculiar, según tengo entendido. ¿Es cierto que enseña allí carpintería y herrería?

S. RODRIGUEZ: ¡Ya no!... Pero, ¿le sorprende? ¿No le parece más útil la carpintería que el latín?

SANTANDER: No lo discuto... Pudiera pensarse, desde luego, que se trata más bien de un taller que de una escuela.

S. RODRIGUEZ: Correcto... Un taller en el que se procura clavar los clavos con muy buena ortografía. Y saber, incluso, *cuántos* se clavaron, *cómo* y *para qué*.

SANTANDER: ¡Magnífico! Debería hacer una exhibición ante el Congreso.

S. RODRIGUEZ: ¡El sueldo de un solo diputado bastaría para sostener mi empresa!

SANTANDER: ¡Pero no podemos deprimir al Congreso ni en uno solo de sus miembros! No olvide usted que vivimos en una República.

S. RODRIGUEZ: ¿Por eso se rechaza un proyecto de educación *popular?* Creí que, en una República, era el pueblo el objetivo.

SANTANDER: ¿Y el Congreso no lo representa?

S. RODRIGUEZ: ¿De qué está hablando, señor Vicepresidente?... ¡Usted debe saber, con más exactitud que yo, cuántos oportunistas y tahúres están representando al pueblo! ¡Cuántos... pertinaces hacendados! La mayoría todavía opera con esclavos en una nación que ha abolido la esclavitud.

SANTANDER: (*Levantándose*). ¡Don Simón, comprenda usted que el Congreso es la Ley!

S. RODRIGUEZ: La primera ley de la Ley, General Santander, son sus objetivos. ¡ Y traicionarlos, la injustifica!

SANTANDER: ¿Es ilusión mía, estimado *maestro*, o sus palabras sugieren cierto aroma de anarquía?

S. RODRIGUEZ: Pero no mayor que el que sugiere un Gobierno incapaz de orientar... y de cumplir.

SANTANDER: En un país que pretende ser un Continente, los disparos vienen de muchos frentes. Demasiados, a veces, para poderlos congeniar.

S. RODRIGUEZ: Cierto. Sobre todo cuando la pequeñez es la que mide a la grandeza.
Pausa.

SANTANDER: Tengo asuntos importantes que atender, don Simón. Le ruego me disculpe.
Se sienta y Rodríguez sale del área de la derecha. Santander toma el papel que ha dejado Rodríguez, lo estruja y lo tira a un presunto recipiente tras la mesa, al tiempo que la iluminación retorna a la total penumbra.
En la zona de la izquierda, el desasosiego de Claire es extremo. Rodríguez se acerca a ella y le da un poco de agua. Toca su frente. Claire pronuncia palabras confusas. Luego, lanza un grito y entra en agudas convulsiones.

S. RODRIGUEZ: Mon amour!... Calme-toi! Arrête-toi![11].
Las convulsiones continúan, hasta que la respiración de Claire, agotada, se hace arrítmica y estertórea. Rodríguez corre hacia el proscenio y enfrenta al público.

S. RODRIGUEZ: ¡Médicos!... ¡Médicos!... ¡Un médico!
Al no obtener respuesta, vuelve hacia donde Claire agoniza. Antes de que llegue y antes de que ella expire, la franja sobre la que está situada la cama comienza a descender por el piso del escenario. Rodríguez no logra alcanzarla. Se arrodilla junto al foso, que acaba de formarse ante sus ojos, y extiende su brazo.

---

[11] *Trad.:* ¡Mi amor!... ¡Cálmate! ¡Detente!

S. RODRIGUEZ: ¡No te vayas!... Ma petite amie![12]. ¿Por qué viniste? ¿Para qué?

El resplandor de la vela, que ha permanecido en el estrecho y longitudinal hueco, se extingue. Rodríguez retrae su brazo, y, al otro lado del foso, entran dos sepultureros con sus palas, mientras la iluminación de apoyo se acentúa. Miran a Rodríguez y uno de ellos requiere con un gesto su consentimiento. Rodríguez asiente con la cabeza. Los sepultureros introducen sus palas en un recipiente, que la presencia de la cama había mantenido oculto, y arrojan tierra repetidas veces.

Rodríguez se va incorporando, se voltea y camina lentamente hacia la parte anterior, al tiempo que una seguidora alumbra la entrada, cerca de la línea del proscenio, de un emisario militar.

Los sepultureros, al terminar su cometido, esperan el ascenso de la franja recién hundida, que aparecerá, tersa como una lápida, sin rastro alguno de tierra. Después tiran sus palas al recipiente y salen con él, mientras se esfuma la luz en su área.

EMISARIO: ¿Don Simón Rodríguez? (*Rodríguez afirma con un gesto*). (*Mostrando una carta*). Traigo esto del Palacio de Gobierno. (*Rodríguez entra en la luz de la seguidora*). (*Entregándole la carta*). De su Excelencia.

S. RODRIGUEZ: ¿Ha llegado el Libertador?

EMISARIO: La carta viene de Pativilca[13].

Rodríguez toma la carta, la abre y lee en silencio, esforzando mucho la vista.

EMISARIO: Perdón, señor. ¿Tiene mala letra?

S. RODRIGUEZ: Tengo mala vista. He consumido ya muchas velas.

---

12 *Trad.*: ¡Mi pequeña amiga!

13 La *carta de Pativilca* está considerada como el más significativo reconocimiento, por parte de Bolívar, del valor fundamental que tuvo para él la labor pedagógica de Rodríguez. Su texto puede encontrarse, entre otros títulos. en la ya citada edición de *Obras Completas* de Simón Rodríguez: Tomo I, pp. 511 a 513.

EMISARIO: ¿Quiere que se la lea?... Lo hago bastante bien.

S. RODRIGUEZ: Mala y todo, es una vista experta.

EMISARIO: ¿Debo esperar alguna respuesta?

S. RODRIGUEZ: No, no... Gracias.

El emisario hace un instintivo saludo militar y sale. La seguidora se queda en Rodríguez, quien prosigue la lectura de la carta.

Una nueva seguidora cae sobre Santander, ahora de pie, que abre otra carta y, asimismo, lee.

Rodríguez concluye la suya y mira, absorto, hacia un punto indeterminado. Luego, admite plenamente la euforia, en su soledad, y aproxima, de un modo reflejo, la carta a su cuerpo.

SANTANDER: Don Simón... (*Rodríguez va hacia el área de la derecha, después de guardar su misiva*) acabo de recibir esta carta de Su Excelencia. ¡Muy elogiosa para usted!... Me dice que le urge verle...

S. RODRIGUEZ: También he tenido noticias de esa urgencia.

SANTANDER: Que le facilite el viaje. Incluso que le proporcione recursos personales, si es preciso. (*En un intento de congeniar*). Me voy a ver obligado a tener celos.

S. RODRIGUEZ: (*Admitiendo comedidamente el código propuesto*). Ese es un riesgo que no debe correr, señor Vicepresidente.

Santander se dirige a la parte anterior de la mesa, se sienta en una de las butacas e invita a Rodríguez a que lo haga en la otra, lo que, esta vez, acepta. Una tenue claridad, que no entorpece el carácter protagónico de las seguidoras, se filtra por la vidriera.

SANTANDER: ¿Y qué ha pensado hacer usted?

S. RODRIGUEZ: No veo motivos para permanecer en Bogotá.

SANTANDER: Permítame que le exprese, aunque tardíamente, mi pesar por la muerte de su... de *madame* Claire. (*Rodríguez no se inmuta*). Yo también creo que le conviene ponerse en contacto con

Su Excelencia. Su apoyo directo me parece decisivo para sus propósitos, mi querido maestro. A fin de cuentas, yo sólo soy aquí un delegado... ferviente, desde luego... pero el laberinto político... creo que ya hablamos de esto... comienza a ser *exuberante.*

S. RODRIGUEZ: Menos mal que todavía mantenemos esa cualidad.

SANTANDER: ¿Está usted de acuerdo entonces?

S. RODRIGUEZ: Ver al Presidente puede ser, en estos momentos,... una pasión.

SANTANDER: ¡Qué coincidencia! El también dice algo parecido... (*Levantándose, seguido de Rodríguez*). Prepare su viaje al Perú, don Simón. Recuerde que es un lugar de alturas. Será un placer para mí propiciar ese encuentro... Por cierto... siempre he tenido curiosidad por saber esto... ¿era él un buen alumno?

S. RODRIGUEZ: Es difícil precisar, ahora, si era un buen alumno... o un buen maestro.

Santander le ofrece una mano cortés, que Rodríguez recibe.

Rodríguez sale por la izquierda y Santander se sienta en actitud pensativa. El despacho del Vicepresidente comienza a descender por el piso del escenario. Al ir desapareciendo, también, la iluminación, se le escucha un hondo suspiro, como de alivio[14].

Surge luz ambiental de amanecer. Entra por la izquierda y tras el foso que ha quedado, un peruano de fuertes rasgos indígenas. Aparece otro,

---

14 El neogranadino Francisco de Paula Santander, fue hombre clave en la lucha por la independencia de la América española. Bolívar tuvo en él plena confianza y dejó en sus manos el Gobierno de Colombia, durante la campaña del Perú. Intereses posteriores provocaron su distanciamiento, hasta el punto de promover un atentado contra el Libertador, que no tuvo resultados. Esto significó el exilio para él. Fallecido Bolívar, Santander volvió a su tierra y logró la Presidencia de la Nueva Granada. la cual ocupó desde 1832 hasta 1837.

por la derecha, con un capazo para recolectar frutos, y se sitúa en el extremo opuesto del primero. Un tercero entra, por la izquierda y delante del foso, ubicándose a corto espacio del centro. Lleva colgando una bolsa de esparto y se sienta en actitud contemplativa. Cuando el Campesino 1 y el 2 inician —en forma simulada— su labor, irrumpe un cuarto por la derecha, próximo al ciclorama, con cierta alteración. Mira al Campesino 1 y corre hacia él. Le comunica algo que no se escucha. Luego, permanece en la posición del 1, mientras éste corre, a su vez, hacia donde está el 2 y, en tono más alto, pero también ininteligible, le da la noticia. El Campesino 2 intenta ir hacia el 3. Al topar con el impedimento del foso, lanza la voz.

CAMPESINO 2: ¡El General Sucre venció en Ayacucho! ¡El Virrey está preso!

El Campesino 3 da un brinco y, al borde del proscenio, grita al público.

CAMPESINO 3: ¡Vencimos en Ayacucho! ¡Se rindió el Virrey!

La sala se ilumina ahora con la misma pátina de amanecer y, desde todos los extremos, surgen campesinos, hombres y mujeres, atentos a la nueva que les anuncian.

Una seguidora define a Rodríguez, con bigote y una pequeña chiva, quien, desde el fondo de la sala, se irá aproximando con extraordinaria lentitud hacia el escenario, sin mostrar señal alguna de conexión con lo que sucede en el espacio por el que atraviesa. Entre los campesinos, la noticia se traslada de un lado a otro: ¡Venció el Ejército Libertador!, —¡El Virrey preso!,— ¡Oh, Atahualpa!, —¡Sucre en Ayacucho!,— ¡Ya no tenemos rey Fernando!, —¡Dios misericordioso!,— ¡Somos libres!, —¡Viva el Libertador!,— ¡La guerra ha terminado! *Este último grito es retomado por todos los campesinos, incluidos los del escenario, y van saliendo con él, al tiempo que asciende el ante-proscenio, con una mesa, hacia la izquierda, y un sillón detrás, sobre una gran alfombra.*

Rodríguez continúa su aproximación al escenario. En la sala, en estos momentos, sólo la seguidora.

Lima, 1825.

Quinta La Magdalena. *Fuerte luz diurna. Simón Bolívar, adulto, está sentado en el sillón. Viste de civil. Largas patillas. No lleva bigote. De pie, ante la mesa, su edecán, el Teniente Coronel O'Leary*[15]*, también de civil. Veintitrés años. Cabello rubio.*

S. BOLIVAR: ¿Qué hacemos con la paz, O'Leary? Colombia insiste en regatearle a su propio Presidente hasta los fondos para cimentar la *unión*. Y ya percibo aquí los zarpazos de esa reciente especie de *godos* republicanos. ¿Para quién hemos luchado?

O'LEARY: Ni Lima es todo el Perú, Excelencia, ni esos círculos representan el sentir del pueblo.

S. BOLIVAR: Lo sé. Pero las aclamaciones sólo reconocen las sucesos. Rara vez los mantienen. Es preciso construir la paz.

O'LEARY: Los mismos ejércitos que pudieron dominar la guerra, pueden preservar la paz.

S. BOLIVAR: No se trata de preservarla, O'Leary, sino de hacerla. ¿Conoce usted Generales para la paz?

O'LEARY: Me sorprende, Excelencia.

S. BOLIVAR: Piense en eso. Ahora, más que nunca, necesito la colaboración de todos. Quizás sea prudente comenzar a hacerme innecesario.

O'LEARY: ¿Usted?... Con todo respeto, Excelencia, nada me parece más imprudente. Desde Caracas al Cuzco sólo un nombre es capaz de salvar las divergencias. El suyo, Excelencia. Hasta del Río de la Plata se escuchan voces en ese sentido.

Rodríguez ha llegado al escenario y mira la línea del ante-proscenio con algún desconcierto.

---

15 De origen irlandés, Daniel Florencio O'Leary, ofrece en sus abundantísimas *Memorias*, uno de los textos más importantes para el conocimiento de Bolívar y de los personajes y sucesos de su contexto histórico.

S. BOLIVAR: A veces creo que San Martín hubiera sido mejor árbitro para estos momentos[16].

O'LEARY: ¿Por qué dice eso?

S. BOLIVAR: (*Mirando al público, como a través de una ventana*). ¡Míralos, O'Leary! La gloria proviene de ellos, es cierto. Pero debajo de la gloria se mueven oscuras fuerzas... Son los mercaderes de la Revolución, los pequeños patricios de la historia. Ante ellos me siento indefenso, amigo mío. La gloria no les afecta. Está demasiado alta para ser un obstáculo. (*Fijándose en Rodríguez*). ¿Quién es ese hombre?

O'LEARY: (*Observando a su vez*). Nunca lo he visto, Excelencia.

Bolívar mantiene la mirada y Rodríguez la capta. Bolívar comienza a caminar hacia la izquierda, en donde unos escalones comunican el ante-proscenio con la sala. Se detiene al llegar al extremo, como si no creyera lo que está viendo. Baja los escalones y entra en la luz de la seguidora.

S. BOLIVAR: ¡Mi don Simón!... ¡Mi maestro!... ¡Mi amigo! (*El abrazo es intenso, prolongado y mutuo. Luego, Bolívar se separa, sin dejar de sujetarle con las manos*). ¿Por qué tardó tanto?

S. RODRIGUEZ: ¡Mea culpa! Casi veinte años.

La iluminación diurna en el despacho de Bolívar se diluye y O'Leary sale en la penumbra. Una segunda seguidora se superpone a la primera, dando posibilidad de movimiento independiente a los dos personajes.

---

16 El argentino José de San Martín, llevó a cabo, en el área Sur de Hispanoamérica, una labor libertadora de similar envergadura a la de Bolívar, en el área Norte. Ambos se entrevistaron en Guayaquil, en 1822. Las circunstancias históricas hicieron que San Martín dejara en manos de Bolívar la culminación de la Guerra de la Independencia, con la victoria en Ayacucho, bajo el mando del venezolano Antonio José de Sucre, sobre los últimos reductos españoles en el Perú. San Martín murió en Francia en 1850.

S. BOLIVAR: No hay culpas entre nosotros. *(Observándolo detenidamente)*. ¿Es usted el mismo?
S. RODRIGUEZ: ¿Por qué?... ¿Tú no eres el mismo?
S. BOLIVAR: Han sucedido algunas cosas, ¿no le parece?... ¿Qué pensaba usted cuando oía hablar de su discípulo?
Suben los escalones.
S. RODRIGUEZ: ¡Lo hiciste! De punta a punta de América no se escucha sino el nombre de Bolívar. Hasta en Europa te llaman Libertador... ¿Qué sientes?
S. BOLIVAR: Y usted estuvo siempre conmigo... desde otras playas.
S. RODRIGUEZ: (*Cortante*). Contéstame.
S. BOLIVAR: ¡Prodigioso! ¿Cómo logra mantenerse inalterable?
S. RODRIGUEZ: ¿Qué se siente, Simón?
S. BOLIVAR: (*Mirándolo con fijeza*). Una gran soledad... Tan grande que puede resultar satisfactoria.
S. RODRIGUEZ: ¿Eso te complace?
S. BOLIVAR: El escozor me hace vivir.
S. RODRIGUEZ: ¿Ni siquiera te acompaña un amor?
S. BOLIVAR: ¿Ya ha oído hablar de Manuela?[17]. Por supuesto, claro. Tiene que conocerla... Pero el amor acompaña al amor. En el campo de batalla sólo está el enemigo. Y en el campo de la paz, ni el enemigo lo acompaña a uno.
S. RODRIGUEZ: Entonces, ¿no es lo que pensaste?
S. BOLIVAR: ¿Tiene importancia lo que uno piensa?
S. RODRIGUEZ: ¡Demonios! ¿Y no es eso lo que nos hace actuar?
S. BOLIVAR: ¡Eso nos mueve!... Después vienen los hechos.
S. RODRIGUEZ: Los hechos te respaldan.
S. BOLIVAR: ¿Quiere usted decir que me justifican?

---

17 Se refiere a la quiteña Manuela Sáenz, uno de los más rotundos amores de Bolívar, la cual lo acompañó en importantes etapas de los últimos años de su vida.

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué te reprochas? No te estoy reprochando.
S. BOLIVAR: Todavía... Nos conocemos demasiado, don Simón. Estoy esperando que me lance a la cara, de una vez, lo de la Escuela en Bogotá... ¿Cree que las cosas no han cambiado?
S. RODRIGUEZ: (*Abrazándolo*). ¡Mi amigo!
S. BOLIVAR: Tengo proyectos muy importantes para usted. De modo que salgamos de eso... ¡Empiece!
S. RODRIGUEZ: (*Manteniendo el abrazo, mientras lo dice*). ¿Qué ocurrió con Miranda?
S. BOLIVAR: (*Apartándose*). Nunca dejará usted de sorprenderme. ¿Por qué convoca tan dolorosos fantasmas?
S. RODRIGUEZ: ¿Fue necesario?
S. BOLIVAR: ¿Qué *necesita* escuchar? ¿Que sí... o que no?
S. RODRIGUEZ: Eludes tu respuesta.
S. BOLIVAR: Las respuestas se transforman con el tiempo.
S. RODRIGUEZ: (*Asumiendo la conclusión*). No fue necesario.
S. BOLIVAR: ¡Sí fue necesario, porque en aquel momento así lo creímos!... ¡Capituló, don Simón! ¿Cómo hacer ver que no estábamos con la derrota?
S. RODRIGUEZ: ¿Y cómo no vieron que él tampoco estaba con ella? ¡La derrota es un hecho!
S. BOLIVAR: ¡Usted me dijo que no era el hombre adecuado!
S. RODRIGUEZ: ¿Por qué se le dio, entonces, el mando del ejército? Francia estaba muy lejos... Andrés tenía razón. Lo manipularon. ¡Lo sacrificaron!... ¡El era un símbolo!
S. BOLIVAR: ¿Y la sangre de media América no es un símbolo?... Las revoluciones se conciben con teorías, ¡pero cabalgan sobre las realidades!
S. RODRIGUEZ: *(Invocando al Capitán del primer acto).* ¡Usted de nuevo, Capitán, después de tantos años!
S. BOLIVAR: ¿De qué Capitán habla?
S. RODRIGUEZ: Un *fantasma* que tú no conoces.

S. BOLIVAR: ¿Cuántos fantasmas le faltan por invocar?
S. RODRIGUEZ: ¿Qué fue eso de la *guerra a muerte?*[18].
S. BOLIVAR: Llega usted tarde. La guerra ha terminado.
S. RODRIGUEZ: En Europa causó horror. ¿También resultó necesario?
S. BOLIVAR: Europa suele ver con horror todo lo que le recuerda a sí misma. Espero que América rechace esa enseñanza.
S. RODRIGUEZ: No me parece el exterminio la mejor manera para eso.
S. BOLIVAR: ¡Por primera vez desde que lo conozco, don Simón, le voy a pedir que cuide sus palabras! (*Pausa*). Que yo sepa, nosotros en ningún momento declaramos la guerra. *Tan sólo* declaramos la independencia. ¡Y en circunstancias perentorias!... ¿No es usted experto en física? ¿Cómo se puede neutralizar una fuerza, sino con una fuerza equivalente?
S. RODRIGUEZ: ¡Pero no de la misma naturaleza! Ignoras el ingenio humano.
S. BOLIVAR: ¡Y que yo sepa, la historia no admite muchos matices! Se choca con ella, don Simón. Sin privilegios. Lo trata a uno de tú a tú... ¿Se conoció en Europa la firma de un decreto regulando la guerra? ¿O eso no se propagó? Ellos implantaron el exterminio. Y el pueblo se iba con ellos. ¡El miedo es una potencia en todos los tiempos! ¡Y en todos los lugares!
S. RODRIGUEZ: ¿Y qué esperabas, si nunca ha habido un *pueblo?* ¿Alguien le hizo saber que debería ser el autor de las cosas? ¿Alguien le hizo sentir, siquiera, que era él, el que estaba siendo liberado?

---

18 El decreto de Guerra a Muerte fue firmado por Bolívar en 1813. La proclama que lo acompañaba decía así: *Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos contad con la vida aun cuando seáis culpables.* El deslinde se hacía tajante.

S. BOLIVAR: ¡Cállese, don Simón!

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué tardaste tanto en abolir la esclavitud? ¿No debió ser el primer paso? (*Pausa*). ¿Y por qué no se ha podido cumplir con ese mandato? ¿Sabe el Libertador que las haciendas liberadas sudan todavía por los poros de sus esclavos?[19].

S. BOLIVAR: ¡Qué áspero fantasma arrastra hasta mis manos! ¡Pero, ya basta! Mis manos han sostenido demasiado... Hay una lección que usted no ha podido aprender, maestro. La realidad. ¡Métase en ella! ¡De bruces, como usted decía! ¿Se acuerda?... Soy yo quien le propone ahora un viaje. No por Europa, ciertamente. ¡Por América! ¡Y usted tampoco se podrá negar! Deje de pensar en el pueblo. ¡Húndase en él!... La siembra es admirable, don Simón. ¿Pero cómo podría practicarla si no se hubiera logrado la tierra?

S. RODRIGUEZ: ¡La independencia no se ha consumado!

S. BOLIVAR: ¿Cree que lo ignoro? (*Intentando controlarse).* Con todo respeto, maestro, *(absolutamente alterado)* ¡váyase al infierno!

Tras el grito de Bolívar, entran dos guardias, al tiempo que se ilumina la zona del despacho.

GUARDIA 1: ¿Qué ocurre, Excelencia?

GUARDIA 2: (*Por Rodríguez*). ¿Lo detenemos?

Pausa.

S. BOLIVAR: ¿Detenerlo?... ¡Protéjanlo! Este es el único hombre en el mundo que puede salvarme.

Sale apresuradamente. La seguidora lo acompaña hasta su desaparición. Los guardias observan a Rodríguez con desconcierto.

---

[19] Bolívar decretó la libertad de los esclavos en la ciudad venezolana de Carúpano en 1816, cinco años después de haberse declarado en Caracas la Independencia. Pero el Decreto fue defraudado en la práctica por los intereses económicos de los terratenientes hasta 1854, veinticuatro años después de la muerte de Bolívar.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué están mirando?... ¡Protéjanlo a él!

Los guardias salen con cierto atropellamiento, mientras desaparece la iluminación en el despacho. Rodríguez queda bajo la luz de la seguidora. Va hacia la izquierda. Se detiene ante los escalones. Parece meditar. Después baja por ellos y sale por el área de la sala.

La seguidora permanece en el extremo por el que ha desaparecido Rodríguez y se va esfumando, al tiempo que sube el ciclorama gris, desciende el ante-proscenio con el despacho de Bolívar y asciende la franja en la que estaba situado el de Santander en Bogotá, con una fuente circular, que se integra visualmente al espacio recién surgido tras el ciclorama.

Cuzco, 1825.

Plaza del Cuzco. Tenue iluminación en todo el escenario. Dos calles desembocan en la explanada de la plaza, a derecha e izquierda. Se pierden hacia el fondo, en donde se percibe un resplandor. En el centro, separándolas, una fachada frontal. En esta, así como en las fachadas laterales que definen las calles, puertas y ventanas correspondientes a los edificios. Engalanamiento de flores, colgadas de lado a lado. Aspecto general de monumentalidad. Nadie en el espacio escénico.

Comienza a escucharse, en una perspectiva muy distante, redobles de tambores. En la calle de la derecha se abre una ventana y aparece una mujer, que mira hacia el fondo. Después se abrirán otras en la misma zona. Similar expectativa en los diversos personajes. Surge en la lejanía un muchacho, que corre apresuradamente.

MUCHACHO: (*En un grito repetido hasta la saciedad*). ¡Llega el Libertador!

La iluminación asciende paulatinamente a una intensidad diurna y se extiende también a la totalidad de la sala. A medida que el muchacho corre, se

abren las ventanas que faltaban y las puertas de las casas. Alborozo general por el acontecimiento. Cuando el vociferante joven alcanza el centro de la plaza, sucede lo mismo en la calle de la izquierda y, de los costados y el fondo de la sala, irrumpen riadas de hombres y mujeres, que van concentrándose en la plaza y en la calle de la derecha, por donde se espera la entrada de Bolívar. Los escalones del ante-proscenio son aproximados por ellos mismos hasta la línea del escenario. Por el lado opuesto, saltan para subir. Quienes están en los edificios muestran cierto cuidado en sus atuendos. Clara predominancia indígena en las calles. Luego, se irá produciendo una confusión total.

Los tambores se acercan y, antes de que la comitiva enfile la calle, se escucha un jubiloso toque de corneta. Aclamaciones y gritos de: —¡Bolívar!,— ¡Libertador!,— ¡Tupac Amaru!..., *que, en lo sucesivo, no cesarán en un exuberante coro de voces. Surge, finalmente, el corneta a caballo, que lanza sus toques y se abre paso a través de la muchedumbre. Después vienen los tambores con toda su potencia sonora. Luego, soldados a pie, en dos hileras, seguidos por dos oficiales a caballo. Detrás de ellos, y en un alazán blanco, Bolívar, en uniforme de gala y con la cabeza descubierta. Continúa O'Leary, a caballo también y con uniforme, y después, quizás un tanto desgajado, Rodríguez, de civil, sobre una mula. Cierra un grupo de soldados, que difícilmente puede mantener la formación.*

Al hacer su aparición Bolívar, las aclamaciones llegan a un punto paroxístico. De las ventanas le lanzan flores enteras y pétalos de variados colores. De las puertas de las casas, las mujeres sacan telas de brillantes texturas, para alfombrar desordenadamente el suelo por donde va a pasar. La gente quiere tocarlo. Algunos le besan las manos, que le capturan al saludar. Ciertas situaciones de histeria. Hay quien se arrodilla ante él.

La comitiva entra en la plaza y los jinetes quedan cerca del proscenio —Rodríguez en el extremo de-

recho—. La multitud impide que se trasladen. Una joven peruana se abre paso hasta Bolívar e intenta subir a su caballo, con la oposición de los guardias más cercanos. Bolívar la levanta y la joven muestra una guirnalda dorada de laurel, que sitúa sobre su cabeza. Bolívar besa a la muchacha y la hace descender. El estruendo es rotundo.

De súbito, una seguidora, muy ceñida a Rodríguez —rostro y parte del torso—, comienza a surgir, mientras la iluminación general se extingue por completo y el sonido cesa, dejando a todos los personajes en la penumbra de una enmudecida gesticulación. Es inquietante la, ahora, única presencia iluminada de Rodríguez. Mira a todas partes, embargado, sin duda, por un desbordante sentimiento. Increíble, en verdad, lo que está sucediendo. Superior a cualquiera imaginación o cualquier sueño. Se trata, ciertamente, de su antiguo alumno. O de algo más. De eso que se llama la gloria, *sustentada por misteriosos e imprecisos estímulos. Como si se desprendiera del lugar, alza una mano. No se sabe qué pretende hacer, si señalar a alguna parte o decir algo, apoyado en el gesto de su brazo erguido. La conciencia de la situación pública le ocupa de nuevo y baja el brazo, al tiempo que va disminuyendo la luz de la seguidora y se restituye la iluminación general y el fragor pleno del sonido.*

Por la derecha de la sala entra un grupo de músicos indígenas, que toca tonadas peruanas. Se dirigen hacia la izquierda, suben al escenario y rodean la comitiva. A partir de este momento, la iluminación en la sala irá desapareciendo. En la calle de la izquierda hay síntomas de impaciencia para que Bolívar continúe su recorrido, el corneta esgrime sus toques y comienza a trasladarse en esa dirección. Una anciana indígena hace esfuerzos por aproximarse a Bolívar.

ANCIANA: ¡Dios te bendiga, fantasma!

Bolívar y Rodríguez la miran con fijeza.

La comitiva sigue, finalmente, su camino, para en-

filar la calle de la izquierda. Bolívar se quita la guirnalda y la deja en su mano, mientras saluda. El grupo de músicos indígenas sigue al cortejo y, detrás, la muchedumbre.

En el área donde estaban las cuerdas, baja una de ellas, hasta media altura, con una campana colgando. Un cordel, adosado al badajo, llega hasta el piso. Un niño la tañe. De inmediato, bajan tres campanas más, que son tañidas por otros niños y jóvenes. Por último, desciende una campana de grandes proporciones, que toca un sacristán. Los tañidos van adquiriendo velocidad y ritmo, hasta formar una densa masa sonora.

La comitiva alcanza la calle de la izquierda. De nuevo, telas que alfombran el piso. Un recamado tapiz es descolgado desde una de las ventanas. La lluvia de flores y pétalos se hace tupida.

A medida que el cortejo se acerca al final, la iluminación ambiente va eclipsándose y sólo persiste el resplandor del fondo. Antes de que la muchedumbre termine de salir, desaparece también el resplandor y se diluyen las aclamaciones. El único sonido que permanece es el de las campanas, que irá decreciendo su ritmo hasta tañidos aislados, previos al definitivo silencio.

Mientras esto ocurre, desciende el ciclorama gris y la franja con la fuente y asciende el ante-proscenio con un interior del Palacio Boliviano de Gobierno, en Chuquisaca[20]*. Gran escalinata hacia la derecha, ligeramente curvada, que se pierde, próxima al techo de la sala, en la zona de la tramoya. Dos lujosos*

---

20 Actual Sucre, en reconocimiento al Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, y ya con ese nombre en el momento de producirse la escena, aun cuando en el habla cotidiana se la continuó llamando, por algún tiempo, con la anterior denominación. Sucre (Chuquisaca) es la capital de Bolivia (antiguo Alto Perú), República creada en aquellas circunstancias con el nombre de *Bolívar*, y a la que el propio Simón Bolívar fijó su definitiva denominación en la Constitución que redactara para el nuevo país.

sillones a pequeña distancia del pie de la escalera. Iluminación de atardecer.

Chuquisaca, 1825-1826.

Antonio José de Sucre, treinta años, en atuendo militar, de pie, revisa un escrito. Algún gesto de su mano se escapa como reflejo de una opinión. Por la parte de la tramoya aparece, en lo alto de la escalinata, Simón Bolívar, en camisa y con pantalones militares. Mira a Sucre, quien todavía no ha detectado su presencia.

S. BOLIVAR: (*Al tiempo que baja por la escalinata*). Me pregunto, Antonio José, si tanto interés en la lectura es por aprobación o por cautela.

SUCRE: El plan es bueno, Excelencia. Y refleja una meditación estrictamente americana. Pero no sé si un país tan reciente como éste, es el lugar indicado para implantarlo.

S. BOLIVAR: ¿Y la novedad no llama a la novedad? Como militar conoces muy bien el valor de la sorpresa. Y Bolivia es precisamente eso, amigo mío, una total sorpresa. En el Perú las resistencias son más estables... ¿Dónde está don Simón?... Y en Colombia, la situación económica tiene ya sus dolientes.

SUCRE: ¿Cree usted que don Samuel es el hombre?

S. BOLIVAR: Tanto como, en otro tiempo, él pensó que yo lo era.

SUCRE: ¿No es demasiado amplio el cargo?

S. BOLIVAR: Conviene, en estos momentos, aglutinar fuerzas. Una cierta centralización me parece imprescindible ante un objetivo político evidentemente gigantesco, ¿no piensas? La dispersión de España ha sido determinante en su derrota. Es bueno que América aprenda de esos errores, pero no que insista en ellos.

SUCRE: ¿Cómo centralizar lo diverso?

S. BOLIVAR: A veces creo, Antonio José, que en tu empeño por Bolivia se... desdibuja el sentido de la *unión*. Reconocerás al menos que podría ser visto como una paradoja.

SUCRE: Y lo es. En ocasiones, para unir es necesario separar primero.

Bolívar suelta una progresiva carcajada.

Entra Simón Rodríguez. Lleva un liviano chaquetón.

S. RODRIGUEZ: (*Por la risa de Bolívar*). Llego en buen momento.

S. BOLIVAR: Muy bueno, don Simón... ¿Cómo unificar lo que es distinto?

S. RODRIGUEZ: ¿Personas o cosas?

S. BOLIVAR: Personas, sociedades, países.

S. RODRIGUEZ: Educando.

S. BOLIVAR: (*En un intento de complementarlo*). Para la unidad.

S. RODRIGUEZ: (*Rechazando la acotación*). Educando.

SUCRE: (*Por el escrito que tiene en sus manos*). ¿Según este plan, don Samuel?

S. RODRIGUEZ: (*Por el nombre que le da*). ¿Todavía insiste en *eso?*

SUCRE: Disculpe usted. No sé por qué me cuesta llamarlo don Simón... Se habla tanto de su pasado.

S. RODRIGUEZ: Pero vivimos en el presente, Mariscal... Y algunos, quizás, en el futuro... ¿Objeta usted mi Proyecto?

SUCRE: Excelente... Interpreta usted el futuro a la perfección.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué quiere decir, Mariscal?

S. BOLIVAR: Siéntense, señores... El careo puede ser interesante.

Sucre se sienta. Después, Rodríguez. Bolívar los observa de pie.

SUCRE: Quiero que sepa... don Simón que entiendo perfectamente el valor del Proyecto. El problema es su posibilidad. La República de Bolívar...

S. BOLIVAR: (*Corrigiendo*). Bolivia.

SUCRE: Cierto, Excelencia... Bolivia confronta todos los obstáculos propios de una etapa de gestación...

S. RODRIGUEZ: Como un niño.

SUCRE: Pero con algunas... inconveniencias anteriores...

S. RODRIGUEZ: Igual que un niño.

SUCRE: Entre ellas, la inercia de ciertas costumbres...
S. RODRIGUEZ: Como los padres de un niño.
SUCRE: Que determinan adscripciones económicas...
S. RODRIGUEZ: Todo deber, Mariscal, también tiene su costo.
S. BOLIVAR: *(A Rodríguez).* ¿Cómo ha dicho?
S. RODRIGUEZ: Espero que ningún despropósito... Excelencia. Hablaba del deber de la enseñanza.
S. BOLIVAR: (*A Sucre, después de una pausa*). Comprendo sus cautelas, Mariscal. Pero nuestro pueblo se ha desnutrido ya con demasiados parásitos. Y un parásito, en última instancia, sólo pretende mantener la dependencia... Sí hay fondos en Bolivia. Es cuestión de rescatarlos. La dotación de capellanías, fundaciones, cofradías, sacristías, hermandades, monasterios...
SUCRE: La religión es algo más que una costumbre, Excelencia.
S. BOLIVAR: No me estoy refiriendo a la religión, Mariscal, sino a sus administradores. ¿Entiende usted? (*A Rodríguez*). ¡Realmente magnífico, maestro! Escriba, por favor.
S. RODRIGUEZ: (*Al tiempo que, por primera vez, saca unos lentes y se los pone*). ¿Dónde?
S. BOLIVAR: (*Tomando el escrito de manos de Sucre y entregándoselo a Rodríguez*). Ahí debe haber espacio... Es importante.
S. RODRIGUEZ: ¿Con qué?
S. BOLIVAR: Entonces, recurro a su memoria, señores. (*Como si dictara*). El primer deber del Gobierno... es dar educación al pueblo... ¿Está de acuerdo, Mariscal? Así comenzará el Decreto. (*Sucre asiente*). (*A Rodríguez*). De bruces, señor Director de Enseñanza Pública, Ciencias Físicas, Matemáticas y Artes... Y, por si faltara algún detalle, de Minas, Agricultura y Caminos Públicos. Es perentorio formar, hacer producir y comunicar a América... ¡si no queremos que el diablo se la lleve! (*Rodríguez sitúa sus lentes sobre la frente y mira a Bolívar sin pronunciar palabra*). ¿Le pasa algo, don Simón?

S. RODRIGUEZ: ¡Dios mío!
Bolívar sonríe.

S. BOLIVAR: (*A Sucre*). Queda entendido, Mariscal, que mi ausencia no es excusa para el cumplimiento de este objetivo.
Sucre asiente de nuevo. Luego, se levanta, extiende la mano hacia Rodríguez para recuperar el texto del Proyecto, hace un saludo a Bolívar y sale.

S. RODRIGUEZ: (*Quitándose los lentes*). ¿Tu ausencia?

S. BOLIVAR: Marcho a Lima, don Simón. Mañana mismo. Y, luego, a Bogotá.
A partir de ahora la luz ambiental será sustituida gradualmente por seguidoras sobre los dos personajes.

S. RODRIGUEZ: ¿Y nada me dijiste?

S. BOLIVAR: Todo está revuelto.

S. RODRIGUEZ: ¿Otra vez?

S. BOLIVAR: En estas circunstancias, no es posible saber hoy lo que puede ocurrir mañana.

S. RODRIGUEZ: Qué bien que cada despertar sea una sorpresa.

S. BOLIVAR: Pero, ¡qué intrascendente!

S. RODRIGUEZ: Entonces, quédate.

S. BOLIVAR: No puedo. El Presidente de Bolivia, de Colombia, el Dictador del Perú... ¿qué título prefiere?... pierde, cada día, más poder sobre sí mismo.

S. RODRIGUEZ: ¿No es libre el Libertador?
Pausa.

S. BOLIVAR: No.
Pausa.

S. RODRIGUEZ: ¿Tan grave es el asunto?

S. BOLIVAR: Hay, en Colombia, importantes convulsiones. Ni los neogranadinos toleran a los venezolanos, ni los venezolanos a los neogranadinos. Quiero saber qué me dice Santander sobre eso. Temo que

Páez[21] abrigue pretensiones excesivas para Venezuela... En Bogotá hablan del intento hegemónico del Libertador. ¡Ya me ven cubierto con la púrpura de un Imperio!

S. RODRIGUEZ: ¿Tú?

S. BOLIVAR: ¡Necios!

S. RODRIGUEZ: ¿Lo quieres... o no?

S. BOLIVAR: ¡Por todos los demonios, don Simón! ¿Recuerda el Cuzco?

S. RODRIGUEZ: Allí hubo un posible Emperador.

S. BOLIVAR: Sí. El pueblo. La guirnalda era suya. Yo, el fantasma. Eso es lo nuestro.

S. RODRIGUEZ: Qué hermosa es la literatura.

S. BOLIVAR: ¡Y Potosí es lo nuestro! Usted que no olvida lo distante, no puede olvidar lo reciente. ¡Las banderas de América desplegadas en un inmenso aliento nacional! Esa mole de plata, tantas veces saqueada, dio cuerpo definitivamente a aquel monte de viento sobre el que juramos en Roma.

S. RODRIGUEZ: Roma está muy lejos, Simón.

S. BOLIVAR: ¡Desde luego!... Europa está muy lejos. Ellos se alían para aplastar. Y con vestiduras que llaman sagradas. Nuestra pretensión es mucho más sencilla. Queremos construir. (*Tomando a Rodríguez de los hombros).* ¿Construimos? ¿Es posible hacer ciudadanos? ¿Puedo ser yo un ciudadano?

S. RODRIGUEZ: Quédate conmigo. Vayamos juntos hacia ese mismo sueño.

S. BOLIVAR: (*Apretando con fuerza a Rodríguez*). América puede desmembrarse, maestro... ¡Y apenas ha nacido!

---

21 El llanero José Antonio Páez fue uno de los más valiosos generales en la Guerra de la Independencia. Su actuación en la batalla de Carabobo, con la que los venezolanos sellaron su emancipación, fue determinante. Bolívar lo dejó al mando, en Venezuela, durante su ausencia. Las pretensiones de Páez, no obstante, tendían hacia una visión localista, frente a la concepción unificadora de Bolívar.

S. RODRIGUEZ: ¡Y se desmembrará si no hacemos algo! Algo juntos. Nutrir... ¿te das cuenta?... nutrir. Desde aquí. Desde cualquier parte.

S. BOLIVAR: Sucre será Presidente en mi ausencia. El lo apoyará.

S. RODRIGUEZ: ¿Un nuevo *delfín?* Conocí otro en Bogotá, que desestimó mi Escuela.

S. BOLIVAR: Razón de más para que parta. Sólo en mar revuelto son adversos los delfines... ¿Imagina usted por qué me conciben Emperador?... Ya quieren acabar conmigo.

S. RODRIGUEZ: ¡Ciudadanos, Simón! Juntos.

S. BOLIVAR: ¿Desde cuándo el espacio nos ha separado?

S. RODRIGUEZ: ¡Fuera la literatura! Necesito tu presencia.

S. BOLIVAR: ¿Después de veinte años?... Ellos la necesitan. *Ellos,* finalmente. Más que usted... o que yo mismo. Más que Teresa... o Manuela...

S. RODRIGUEZ: Pero a ella la vas a encontrar.

S. BOLIVAR: Y aquí también podría hacerlo. Es ella la que me encuentra a mí. ¿Sabe que la amo?... ¿Sabe usted que lo amo?

Pausa.

S. RODRIGUEZ: Llévame contigo. Mi objetivo no requiere un cargo.

S. BOLIVAR: Se equivoca. A partir de ahora, los cargos serán los instrumentos en América.

S. RODRIGUEZ: O los fines.

Pausa.

S. BOLIVAR: Siempre termino envidiándolo. ¡Qué libre es usted! (*Pausa*). Qué impune.

Pausa.

S. RODRIGUEZ: Vete, entonces. Vete de nuevo... A fin de cuentas, somos la misma cosa. Y ya estoy aquí.

Bolívar mira a Rodríguez y, luego, sube por la escalinata. Al llegar al final, a punto de desaparecer en lo alto de la tramoya, se voltea.

S. BOLIVAR: La misma, maestro.

Sale, finalmente, tras lo que será su último encuentro con Rodríguez. Su seguidora se extingue con él. A la izquierda del escenario, próxima al ciclorama gris, se ilumina una zona reducida en la que entra Manuela Gómez. Unos treinta años. Rasgos mestizos. Su atuendo es modesto.

MANUELA GOMEZ: (*A Rodríguez, como si la situación viniera de antes*). ¿Ocuparme de la casa?

S. RODRIGUEZ: (*Dirigiéndose hacia el sector donde está ella, a medida que se diluye la seguidora*). Mantenerla con el aseo de rigor. Disponer la comida. Administrar el dinero, no muy abundante, para las compras necesarias...

MANUELA GOMEZ: ¿Debo darle algún tratamiento?

S. RODRIGUEZ: ¿Qué?

MANUELA GOMEZ: Tiene un cargo muy importante, ¿no es cierto?

S. RODRIGUEZ: Dicen... Un elemental respeto será suficiente. Mutuo. ¿De acuerdo?

MANUELA GOMEZ: De acuerdo.

S. RODRIGUEZ: Creo que nos llevaremos bien... Hazlos pasar ahora.

MANUELA GOMEZ: ¿Aquí?

S. RODRIGUEZ: Aquí mismo. Supongo que no tienen la peste.

Manuela Gómez sale y, tras una breve pausa, entran, con cierto retraímiento una mujer indígena, de unos treinta y cinco años, con un niño de diez, que presenta el torso desnudo, y una jovencita de doce, con los pies descalzos, al igual que el niño. Manuela ha quedado rezagada en esta segunda aparición. Mutismo total en el grupo.

S. RODRIGUEZ: ¿Y dónde está el padre?

MUJER INDIGENA: ¡Si yo lo supiera, su merced! Meses que no lo veo. Y yo sin acomodo. ¡Santo Dios! Si su merced pudiera cuidar de los niños...

S. RODRIGUEZ: Ni tú me debes nada a mí, ni yo a ti. De modo que deja lo de *su merced*. Los tiempos han cambiado. Supongo... En cuanto a lo que me pides, vamos a ver qué puede hacerse. (*Al niño*).

Así que tú eres el hombre de la casa. (*El niño no contesta).* ¿Te gustaría estudiar? *(Permanece en desconfiado silencio*). Cómo saberlo si nunca lo has hecho, ¿verdad? (*A la niña*). ¿Y esta jovencita ayuda a su madre? (*La niña sonríe*). ¿En qué te ocupas?

La niña levanta su falda con picardía y muestra sus piernas abiertas a Rodríguez.

MUJER INDIGENA: (*Dándole una cachetada*). ¡Qué estás haciendo, desgraciada? (*El niño ríe*). (*A Rodríguez*). ¡Válgame Dios! Disculpe *su merced* el atrevimiento.

S. RODRIGUEZ: Del atrevimiento pueden salir las mejores cosas. *(A la niña).* ¿Te gustaría aprender otros... oficios? (*La niña lo mira con desconcierto*). Tú también vendrás a la Escuela.

MANUELA GOMEZ: ¿Ella?

S. RODRIGUEZ: Tengo entendido que las mujeres pertenecen al género humano.

Comienza a iluminarse la zona del Palacio de Gobierno, al tiempo que baja por la escalinata Antonio José de Sucre, Presidente provisional de Bolivia en ausencia de Simón Bolívar, en uniforme de gala, y, desde el extremo opuesto, va hacia él, con premura, un funcionario, de civil y elegantemente vestido. Se trata de una recepción que irá componiéndose por fragmentos ante los espectadores.

MUJER INDIGENA: ¿Y en la Escuela dan de comer?

S. RODRIGUEZ: No es un hospicio. Pero enseñamos a procurar la comida.

NIÑA: (*Con decisión*). Yo sé hacer eso.

MUJER INDIGENA: ¡Cállate la boca!

S. RODRIGUEZ: (*A la niña, evitando otra cachetada de la madre*). ¿Estás segura? (*Acariciándole la mejilla*). ¿Sin que te coman a ti?

La niña admite, con rubor, la caricia de Rodríguez.

FUNCIONARIO 1: (*A Sucre*). Y dicen, Excelencia, que los cholos se sientan con los demás muchachos. ¡Y reciben el mismo grado de instrucción!

SUCRE: Esa es la idea.

FUNCIONARIO 1: ¿Y también es la idea, Excelencia, que las niñas vayan a la Escuela? ¿No atenta eso contra la moral?

MUJER INDIGENA: (*A Rodríguez, en su escena*). Entonces, ¿cuidará *su merced* de ellos?

FUNCIONARIO 2: (*Entrando por la derecha*). Niñas, no Excelencia. ¡Prostitutillas! Ninguna niña decente conviene en estudiar.

S. RODRIGUEZ: (*A la mujer indígena*). Pierda cuidado *su merced,* porque *mi merced* tiene prevista *la merced* de ocuparse debidamente de *sus mercedes.* ¿Está claro?

La mujer besa las manos de Rodríguez, antes de que éste pueda retirarlas.

FUNCIONARIO 1: ¿Y estudiar... qué? ¿Carpintería, herrería, albañilería?

FUNCIONARIO 2: Quizás piense iniciar a las mujeres en las técnicas de labranza.

FUNCIONARIO 1: (*Tras una breve risa*). ¿Qué se puede esperar de un país de artesanos, Excelencia?

FUNCIONARIO 2: Absolutamente incompatible con las demás materias que dice enseñar. El martillo y el yunque no requieren de lecturas.

La mujer indígena sale con los niños y Manuela fija su mirada en Rodríguez.

S. RODRIGUEZ: (*Registrándola*). ¡Cuánta inercia, Manuela!

Manuela Gómez no responde. Rodríguez se quita el chaquetón y se lo da. Ella sale y él queda en actitud de esperarla. La iluminación en esta área va transformándose hasta lograr una atmósfera nocturna.

CORONEL: (*Entrando por el fondo*). Y eso no sería lo peor. Al fin y al cabo los oficios excitan la disciplina. ¡Pero enseñar Anatomía desnudando... detalles ominosos del cuerpo!

SUCRE: ¿Está usted seguro, Coronel? Don Simón es tan propicio para las habladurías...

CORONEL: Habladurías o no... ¡muy embarazosas, Excelencia!

FUNCIONARIO 2: Cuando el río suena...

FUNCIONARIO 1: A mí me parece que está definitivamente loco.

FUNCIONARIO 2: En el mejor de los casos .¿No han observado ustedes que presenta un *rictus facie*... como de endemoniado?

SUCRE: Muy difícil, amigo mío. Conozco a don Simón.

FUNCIONARIO 2: ¡Me aseguran, Excelencia, que ha prometido terminar con todo sentimiento religioso en menos de seis años!

FUNCIONARIO 1: De tres, he oído yo.

SUCRE: Año más o menos no importa ante un sentimiento milenario. Pero, ¿por qué mantiene, entonces, a tantos sacerdotes en el profesorado? Demasiados, tal vez...

Entran dos lacayos con diversas copas servidas, que los presentes toman. Aparecen nuevos invitados —hombres y mujeres— por todos los puntos del escenario —exceptuando el sector donde se encuentra Rodríguez—. Forman grupos con una tendencia de aproximación al Gran Mariscal. Fragor moderado de conversaciones.

CORONEL: Y la gente no sólo habla de don Simón.

SUCRE: ¿Cómo es eso?

Manuela entra con una chaqueta de etiqueta y un corbatín de pajarita, que le entrega primero a Rodríguez. Este cierra su camisa y se lo pone. Torcido.

CORONEL: Comienzan a insinuar... que detrás de todo esto hay otra cabeza.

FUNCIONARIO 1: Cierto, Excelencia.

CORONEL: Han trascendido algunas cifras...

SUCRE: (*Cambiando de actitud*). ¡Hablen claro, señores!

Manuela ayuda a Rodríguez a ponerse la chaqueta. El pantalón es el mismo, por lo que se percibe, en su vestuario de gala, cierta inadecuada desarticulación.

CORONEL: Trece mil pesos en seis meses, Excelencia... ¡cuesta creerlo! A no ser...

SUCRE: A no ser, ¿qué?

FUNCIONARIO 2: ¿No se habrán... desorientado algunos fondos por el camino?

FUNCIONARIO 1: O, quizás, la administración no ha sido lo suficientemente adecuada...

SUCRE: (*Cortante*). Puedo asegurarles, señores, que no ha habido extravíos de ningún tipo. Y en cuanto a los aciertos o desaciertos de la administración *(al Funcionario 1)*, ocúpese usted mismo de investigarlo.

CORONEL: Muy conveniente. Su Excelencia no tiene por qué arriesgar su reputación a causa de otro. (*Una pareja se acerca a Sucre, quien saluda incidentalmente y besa la mano de la dama. El coronel espera a que se distancie la pareja*). La situación es muy delicada. Incluso... podría cuestionarse el orden de prelaciones...

SUCRE: ¿A qué se refiere?

CORONEL: Hay fuerzas en el país, que admitirían mal verse relegadas. De alguna manera, sostienen la República...

SUCRE: ¿Va a convencerme a mí, Coronel, de la importancia del ejército?

CORONEL: En ningún momento pensé, Excelencia...

SUCRE: Escuche esto. Durante años el ejército ha devorado los fondos de Colombia y el Perú juntos. La guerra lo excluye todo. Cierto... Pero ya es tiempo de presentar otros combates. Los retos de la paz, Coronel, son ahora la urgencia. Y la educación está entre ellos. Así lo piensa el Libertador y así lo pienso yo. Y a los dos nos parió la guerra.
Rodríguez se dispone a trasladarse al área de la recepción. Manuela se sitúa ante él, lo mira y endereza el torcido corbatín. Rodríguez es ahora quien la mira con alguna sorpresa. Manuela baja ligeramente la cabeza y sale.

CORONEL: Comprendo perfectamente, Excelencia. Razón de más para que no se cuestione al educador. *Rodríguez traspasa el espacio hacia la escena del*

Palacio de Gobierno[22]*. Cierta expectación. Intensos murmullos. Saludos formales. Llega hasta el Gran Mariscal. El Funcionario 1, el 2 y el Coronel lo reciben con medida cordialidad, en lo que pretende ser un alarde de pericia diplomática.*

S. RODRIGUEZ: (*A Sucre*). ¿Nota, Su Excelencia, un aroma extraño?

SUCRE: ¿Cómo?

S. RODRIGUEZ: Un tufillo, más bien. ¿Celebramos alguna inmolación?

SUCRE: Ninguna, que yo sepa.

S. RODRIGUEZ: Menos mal. Por un momento creí ver en el brillo de la fiesta extravagantes presagios.

FUNCIONARIO 1: ¿Cree usted en presagios, don Simón?

S. RODRIGUEZ: Sólo en los que me dictan las personas. ¿Sabe leer las miradas?

FUNCIONARIO 1: No soy experto en eso.

S. RODRIGUEZ: Un lenguaje interesante, créame. Casi una escritura.

SUCRE: Venga conmigo, don Simón. Quiero hablar con usted.

Sucre y Rodríguez se retiran hasta quedar medio ocultos por la escalinata. Un cenital, superpuesto a la iluminación ambiente, irá incidiendo sobre los dos. Los integrantes de la recepción modificarán la intensidad de los murmullos, según varíe el interés por el aparte de Rodríguez y el Gran Mariscal, que, desde luego, no pasa desapercibido.

S. RODRIGUEZ: ¿Ocurre algo?

SUCRE: Pero puede ocurrir... No es necesario, amigo mío, considerar la excelencia de sus métodos. Ya hemos hablado bastante de eso. Sin embargo, debo admitir que se está produciendo en Bolivia alguna inquietud...

S. RODRIGUEZ: Cerrar la Escuela Modelo que, en pleno uso de mis atribuciones, ¡y usted lo sabe!,

---

22 La cual sucede meses después, con respecto a la escena de la familia indígena.

organicé aquí con tanto esfuerzo, no me parece una inquietud, Excelencia. Me parece un abuso inconcebible. Y eso ya ha ocurrido. Y clausurarla, aprovechando mi estancia en Cochabamba, una mezquindad, que me cuesta reparar. Y que eso lo haya hecho un simple *prefectillo,* una incoherencia del Gobierno[23].

SUCRE: Controle usted sus asuntos, don Simón. Y no lance sobre la Presidencia sus propios descuidos.

S. RODRIGUEZ: ¿Debo entender que el propio Presidente se desentiende de esto?

SUCRE: Debe entender que un Presidente no es un dios. Que son muchas las resistencias que están en juego. Y que, después de seis meses, todavía no me ha entregado el Reglamento de Enseñanza, con el que poder precisar a todo el mundo lo que usted pretende. ¿Cuántas veces se lo he pedido?

S. RODRIGUEZ: La educación sucede en las aulas y no en los papeles. Sobre todo cuando hay innovaciones que ensayar. Los papeles no lograron la independencia, Mariscal.

SUCRE: (*Alterándose*). ¡Yo sé cómo se logró la independencia! ¿Acaso estuvo aquí haciéndola? *Pausa.*

S. RODRIGUEZ: ¡Sí estoy aquí haciendo la libertad! ¡Somos dueños del suelo, Excelencia, pero no de nosotros mismos!

SUCRE: ¿Y cómo pretende conseguirlo? ¿Poniéndose al país en contra?

---

23 Se refiere a lo siguiente: Una vez instalada la Escuela de Chuquisaca, Rodríguez viajó a Cochabamba, en su calidad de Director General de Enseñanza —equivalente a un Ministro de Educación de hoy en día—, para realizar allí una labor similar. Esta ausencia del maestro fue aprovechada por el Prefecto Mariano Enrique Calvo para clausurar, ante las intrigas contra los criterios pedagógicos de Rodríguez, la Escuela de la capital. Aunque Sucre quiere mantenerse, en la escena, ajeno a todo esto, sin embargo, la acción del Prefecto estuvo precedida por una inspección ocular autorizada por el Mariscal.

S. RODRIGUEZ: ¿De qué país habla, Excelencia? Cientos de niños tuvieron que volver a sus casas con la clausura de la Escuela. Y temo que en Cochabamba pase lo mismo. ¡Ellos son el país! ¡Ellos más que nadie! *(Refiriéndose al grupo de funcionarios).* No esos empleados medradores, cuyo principal acierto sería desaparecer del mapa.

SUCRE: Medradores o no, sobre ellos descansa la organización del Estado. Y, aparte de lo que usted pueda pensar, también se sienten patriotas.

S. RODRIGUEZ: A veces, no hay cosa más patriótica que un tonto.

A medida que la discusión sube de tono, el cenital se irá esfumando para que se produzca de nuevo la integración con la totalidad de la escena.

SUCRE: ¡Reconozca que sus métodos pueden resultar irritantes, don Simón!... Usted mismo lo ha dicho. Las cosas no se han consumado. Vivimos una transición. ¡Y aunque la política no entre en sus planes, comprenda de una vez que sí constituye un cometido del Gobierno!

S. RODRIGUEZ: ¡Entonces, Excelencia, dedíquese el Gobierno a gobernar y yo me dedicaré a educar! ¡Y cúmplase con la autonomía que, ante usted, me fue prometida por el propio Libertador!

SUCRE: ¿Se da cuenta de lo que dice? ¿Imagina usted que la educación puede desprenderse del país?

S. RODRIGUEZ: Excelencia, ¡no hay país! ¡Sencillamente, no lo hay! Ni lo habrá nunca sin nuevas generaciones y nuevas actitudes.

SUCRE: (*Elevando paulatinamente la voz, ante la expectación de todos*). ¡Es inútil continuar hablando con usted! Pero, ¡escuche bien! Como Presidente de la República *le ordeno* la perentoria presentación de un Reglamento definitivo. ¡Con carácter previo a cualquier gestión posterior! Y, con todo respeto por su autonomía, el Gobierno decidirá sobre los fondos, dentro de la escasez que imponen las circunstancias. ¡Y, por supuesto, se evaluarán los resultados! ¿Queda esto entendido, don Simón?

(*Rodríguez mira a Sucre sin pronunciar una palabra. Da media vuelta y atraviesa por entre los concurrentes, que se han ido aproximando a la discusión*). ¡Si el Presidente no es un dios, menos el Director de Enseñanza!

Rodríguez sale definitivamente del espacio, hacia el área de su casa, al tiempo que comienza a descender el ante-proscenio, llevándose la escena del Palacio de Gobierno.

Rodríguez, que en ningún momento ha dejado de dar la espalda, se detiene. Se quita con furia la chaqueta de gala. Luego, el corbatín, que mete en un bolsillo de la chaqueta.

S. RODRIGUEZ: ¡Manuela!... (*Entra Manuela Gómez*). (*Entregándosela*). ¡Véndela! ¡O dásela a quien sea! Y si no la quiere nadie, haz con ella trapos para la casa... ¡Fuera el Director de Enseñanza! (*Manuela toma la chaqueta y mira a Rodríguez*). Al parecer, mi auténtica profesión es renunciar.

Manuela coge con timidez la mano de Rodríguez y la mantiene en la suya por breves instantes. Después, sale.

La iluminación nocturna se va perdiendo, mientras cae sobre Rodríguez la luz de una seguidora. Nada más en el escenario.

A lo largo del monólogo que sigue —un diálogo, en realidad, con el ausente Bolívar— Simón Rodríguez irá buscando distintos puntos de referencia, como si su imposible interlocutor tuviera características inasibles. Esto irá apoyado con la aparición de sucesivos y efímeros cenitales, que no iluminarán sino un vacío.

Oruro, 1827 - Arequipa, 1830.

S. RODRIGUEZ: ¡Te dije que no! No debimos separarnos. ¡Que yo te necesito y tú me necesitas! Que esta lucha gira sin cesar. Que no termina. ¡Te lo dije!... *¡Mea culpa* por la Escuela en Bogotá! *¡Mea culpa* por la Dirección de Enseñanza! *¡Mea culpa,* por no haberte seguido! *Mea culpa,* ¡pero no *mea culpa!* Porque no puedo evitar ver lo que veo.

Ni dejar de sentir lo que siento. Porque no estoy muerto. *Mea culpa,* ¡pero no *mea culpa!*... ¡Y nadie lo ve! Pero tú sí lo ves. Lo ves y lo sientes ¿no es cierto?... ¡Respóndeme! ¿Sabes desde cuándo intento comunicarme contigo? ¿Dónde estás? (*Cenital detrás de Rodríguez, quien hace un ademán de dirigirse hacia él. Fuera el cenital*). ¡Hay tanto silencio! Y el espacio, ¡qué grande! ¿Quién podrá llenarlo? ¿Logrará construir alguien de todo esto un universo?... ¡Contéstame! ¡Tú todavía no lo has hecho! (*Cenital frente a él, a la izquierda. Desaparece*). Te lo contaron, ¿verdad? ¡Qué te habrán dicho los pequeños medradores? No importa. Pueden cirticarme. ¡Aniquilarme! Pero humillarme, ¡ni tú Simón! Yo, ante ellos, renuncio. Yo, a ellos, no les respondo. *Mea culpa,* ¡pero no *mea culpa!* (*Cenital hacia el centro del proscenio. Rodríguez fija en él su mirada. Se diluye*). ¿Tú también? No puedo creerlo. ¡Tú, no! Dejarme solo, no. No es cierto... ¿Escuchas el silencio de América? Mientras este silencio nos penetre, tú y yo no podremos separarnos. ¡Ahora menos que nunca!... ¡Permanece atento, Simón! El tiempo comienza a ser adverso. Están en todas partes. ¡Y son oscuros!... ¡No *mea culpa!*

Un cenital aparece hacia la derecha, con mayor estabilidad. Rodríguez se va acercando a él con cautela, como si quisiera sorprenderlo antes de que se esfume. Manuela Gómez interrumpe su movimiento, la cual entra con una carta en la mano y los lentes de Rodríguez. Lleva un vestido distinto al de su anterior aparición.

MANUELA GOMEZ: (*Entregándole la carta*). Acaba de llegar.

Rodríguez la toma con cierto nerviosismo. Pudiera ser, finalmente, una carta de Simón. No ve bien.

S. RODRIGUEZ: ¿Dónde puse los lentes?

Manuela se los da. Rodríguez abre la carta. Lee. Es muy breve. Levanta los lentes y los deja sobre su frente. Comienza a caer hasta quedar acuclillado. Manuela lo observa, sumida en mal presentimiento.

S. RODRIGUEZ: ¡Bolívar ha muerto! (*El cenital que ilumina el vacío va desapareciendo con extremada lentitud. Rodríguez baja la cabeza. Su voz se escucha hundida, estertórea).* Abrázame, Manuela. ¡Abrázame!
Manuela lo estrecha y queda inclinada sobre él.

Por el fondo, y bajo luz de seguidora, entra Rodríguez-viejo. El pelo, con notables entradas, presenta un tono grisáceo. Conserva la pequeña chiva y el bigote, grises también, casi blancos. Lleva un liviano chaquetón, abierto, que le llega hasta las rodillas. Un bastón en su mano. Se dirige hacia Rodríguez-adulto, todavía arropado por los brazos de Manuela. Manuela Gómez, al sentir la presencia escénica, se incorpora, mira a Rodríguez-viejo y sale.
Rodríguez-viejo se detiene junto a Rodríguez-adulto, que no lo registra. Le toca el hombro. Rodríguez-adulto mira ahora desde su posición acuclillada. Se levanta. Cara a cara los dos. Rodríguez-adulto se quita los lentes y se los pasa a Rodríguez-viejo, quien, de la misma manera, se los pone sobre la frente. Rodríguez-adulto ve el bastón. Parece que quiere tocarlo, pero no lo hace. Después, sale definitivamente iluminado por la seguidora.
Rodríguez-viejo queda ante el público. Su seguidora desaparece, al tiempo que surge iluminación ambiental diurna hacia la izquierda, a poca distancia del proscenio. Rodríguez mira a todas partes, observando el espacio. Luego se dirige a la zona iluminada.

Concepción, 1834.

S. RODRIGUEZ: ¡Manuela! ¿Pasaste por la imprenta? (*Nadie contesta*). ¡Manuela! (*Silencio*). ¿De qué sirve una casa vacía? *Camina hasta el borde del proscenio y lanza su mirada a la parte anterior del patio de butacas, como a través de una ventana. Vuelve atrás. Se quita los lentes y los guarda. Entra Manuela Gómez. Transformación total en su aspecto. Conserva el pelo negro, pero lo lleva*

recogido en un moño, lo que le da un aire mucho más grave. Vestido muy humilde. En el brazo, una cesta tapada con un paño. Está notoriamente embarazada. ¿Vienes del mercado? *(Quitándole la cesta)*. No debes hacer esfuerzos. Recuerda que llevas dentro siembra de viejo. Nunca se sabe. (*Deja la cesta en el suelo*). ¿Fuiste a la imprenta?

MANUELA GOMEZ: En un mes tienen el libro.

S. RODRIGUEZ: Eso dijeron hace tres meses. ¿Has visto alguna vez algo más mentiroso que un impresor?... Sólo los políticos los superan... ¿Qué hay de comer?

MANUELA GOMEZ: Sancocho.

S. RODRIGUEZ: ¿Desalaste bien la cecina?

MANUELA GOMEZ: Desde anoche.

S. RODRIGUEZ: Necesito el libro cuanto antes. Ese, y el que vas a tener, son ahora mis únicos hijos posibles... Y el tuyo supone gastos. Habrá que pensar en eso.

MANUELA GOMEZ: ¿Darás clase de nuevo?

S. RODRIGUEZ: ¿Para terminar lleno de deudas? La enseñanza no es negocio. Ni debe serlo... ¿Te parece que podría montar... una pequeña empresa? *(Por la expresión de ella)*. No te parece. A mí tampoco. ¿Y con qué? Pero en algo hay que pensar... A veces me cuesta creer que estés conmigo.

MANUELA GOMEZ: ¿Por qué?

S. RODRIGUEZ: ¿Es preciso decírtelo? Gracias por eso. Siempre de un lado a otro. Y sin poderte dar nada en ninguna parte.

MANUELA GOMEZ: Chile es hermoso. Lo más hermoso que yo he visto.

S. RODRIGUEZ: Has tenido la mala suerte de encontrarte con un hombre que prefiere la libertad al bienestar. (*Manuela se aproxima y besa a Rodríguez*). Voy a acercarme a la imprenta. (*Iniciando la salida*). La educación no es negocio. Es... otra cosa. (*A punto de salir*). Ponle papas. Necesitas alimentarte. Y yo también.

Sale. Manuela Gómez se acaricia el vientre, toma la cesta y sale también, más hacia el fondo.

Al tiempo que se va la iluminación ambiental, penetra por la derecha, sobre una plataforma, la fachada de una casa, con la puerta y una amplia ventana enrejada. Intensa luz diurna, a medida que se estabiliza el mecanismo.

Santiago, 1837.

A través de la ventana se percibe la cabeza y parte de la espalda de un hombre sentado, que lee un libro.
Entra Simón Rodríguez, que añade ahora a su indumentaria un sombrero de ala ancha. Llega hasta la puerta y toca la aldaba. La figura del interior se levanta y abre. Es Andrés Bello, con largas patillas, obeso, algo encanecido. Tiene cincuenta y seis años[24].

A. BELLO: Estoy terminando el libro. Pase usted.

S. RODRIGUEZ: ¿No habrá manera de que me tutees?

A. BELLO: Respeto mucho la edad.

S. RODRIGUEZ: A estas alturas, no me parece tanta la diferencia.
Rodríguez se quita el sombrero y pasa. La plataforma gira ciento ochenta grados, dejando ver el interior de la casa, con un tresillo austero, pero más confortable que el de Londres.

A. BELLO: (*Tomando el libro de la mesita*). Agudo y original. Supongo que ha sido mal recibido.

S. RODRIGUEZ: El tiempo no es muy propicio ni para las *luces*, ni para las *virtudes*. Y mucho menos, *sociales*[25]. Por el *Pródromo*[26] me tacharon de loco

---

24 Bello volvió a América, procedente de Londres, en 1829. No pasó por Colombia. Se trasladó directamente a Chile.

25 Alusión al título de su obra: *Luces y virtudes sociales*, publicada en Concepción en 1834.

26 *Pródromo* —editado independientemente en Arequipa, en 1828— de la obra *Sociedades americanas en 1828*, cuya primera parte se publicó con posterioridad, sin el *Pródromo*, en 1842.

de inmoral y de hereje. Por esta obra espero lograr abiertamente el título de primo del demonio.

A. BELLO: Va usted demasiado de prisa. Excita los obstáculos.

S. RODRIGUEZ: Llega un momento, Andrés, en el que eso carece de importancia. Callar puede ser un crimen. Y no hacer, también.

A. BELLO: Leí su defensa de Bolívar[27].

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué no quisiste nunca encontrarte con él?

A. BELLO: (*Sentándose en una butaca*). ¿Cree usted que no lo quise?

S. RODRIGUEZ: Lo presiento.

A. BELLO: La defensa es buena. Cuesta pensar en un rechazo tan grande después de tanta gloria. ¿Es cierto que Venezuela pidió su exilio?

S. RODRIGUEZ: Hacia el exilio iba cuando lo alcanzó la muerte.

A. BELLO: Sin duda la reflexión exige la distancia. Y tal vez eso no le esté permitido a la acción.

S. RODRIGUEZ: Le pregunté por Miranda. Y me dijo algo parecido.

A. BELLO: Es posible que él y yo necesitáramos distancia... Debo reconocer que, desde que él no está, se respira cierta soledad en América.

S. RODRIGUEZ: ¿Sabes, Andrés? Lo que se hizo es inmenso. Pero algo ha fallado.

A. BELLO: ¿Cómo lograrlo todo?

S. RODRIGUEZ: ¡No me digas eso! ¿Hasta cuando justificaremos con la limitación humana nuestras traiciones?

A. BELLO: ¡Qué inclemente puede ser usted!

---

27 Hace alusión a la obra *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social,* publicada en Arequipa en 1830. Bolívar, que murió ese mismo año, no llegó a conocer el libro, sugerido por la mala campaña que se fue orquestando contra la acción bolivariana. Este título, y los anteriormente mencionados, pueden encontrarse en la ya citada edición de *Obras Completas.*

S. RODRIGUEZ: ¿Te asusta? Tal vez por eso eres tan creyente.

A. BELLO: Usted también lo es. Sólo que no lo sabe.

S. RODRIGUEZ: ¡Muy posible! Pero, desde luego, no en los frailes. Y tuve a varios en mis escuelas porque sabían enseñar... ¡Hay que creer en esto, Andrés! En nuestras propias manos.

A. BELLO: No siempre están limpias nuestras manos.

S. RODRIGUEZ: No siempre nuestra cobardía es limpia.

A. BELLO: ¿Escrúpulos de nuevo, don Simón? ¿Su renuncia, quizás?

S. RODRIGUEZ: ¿Mi renuncia?

A. BELLO: ¿Qué pasó con Sucre?

S. RODRIGUEZ: (*Tomando la propia idea de Bello*). Tal vez necesitábamos distancia... Cuando lo asesinaron[28], supe que, en realidad, no había sido un adversario. El poder, Andrés. El auténtico demonio.

A. BELLO: ¿Y se le metió dentro?

Rodríguez suelta una carcajada.

S. RODRIGUEZ: ¡Mírame! ¿Te parece que puedo personificar el poder? (*Con el bastón hacia lo alto*). ¿Crees que mi figura es adecuada para una estatua? Faltaría una mula. Pero las mulas nunca han merecido el bronce.

A. BELLO: Reconozco que el nuestro no es el frente de batalla más propicio. Pero sí el más profundo. Y, quizás, el más estable.

S. RODRIGUEZ: ¿Estable? Te refieres a la estabilidad de la miseria, por supuesto. A la estabilidad del absoluto desconocimiento. A la de un rechazo permanente. ¿Cuántos pondrían a sus hijos en manos de este cuestionable "monstruo"? ¿Qué sociedad admitiría a quien intenta formar la sociedad que no existe?... ¿Acaso nos queda algo, Andrés?

---

28 Antonio José de Sucre fue asesinado en la serranía neogranadina de Berruecos, próxima a Pasto, en 1830, por representantes de las tendencias que se oponían a la unidad de la Gran Colombia, las cuales provocaron, dos años antes, el atentado fallido contra Bolívar.

A. BELLO: No sé. ¿La historia?

S. RODRIGUEZ: ¿Y para qué? América se está perdiendo ahora.

A. BELLO: A las armas, entonces, don Simón, a ver si con ellas puede salvarla.

S. RODRIGUEZ: ¡A buena hora me vienes con sarcasmos!... ¿La historia? (*Rodríguez ríe*). ¡Nuestra propuesta podría llevar al mundo a una transformación sin precedentes! Y la historia es un ciclo que vuelve siempre a los mismos cauces. La historia destruye para sobrevivir, para hacer espacio. ¿Somos nosotros capaces de destruir?

A. BELLO: ¡Por Dios, don Simón, no siga usted!

S. RODRIGUEZ: Enseñamos a ser ciudadanos, ¿no es eso? A compartir, ¿cierto? Una materia que no tiene aplicación.

A. BELLO: ¡Cállese, por favor!

S. RODRIGUEZ: ¡Observa a tu alrededor, Andrés! Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Panamá, descomponiéndose por separado con la codicia de sus jefes. ¡El sueño de una Gran Colombia derruido, si es que alguna vez tuvo tiempo de ser grande! (*Ante un gesto de Bello*). ¡No me digas que me calle! Déjame al menos decírselo a alguien... El Río de la Plata debatiéndose en su propia inmensidad. Paraguay, con su cacique escupido por Dios[29]. Y Chile, Andrés, ¿crees que vivimos en un remanso?, lanzando absurdamente sus cañones contra Perú y Bolivia. ¿Queda algún residuo de la *unión?* ¿No era ese el objetivo?... ¡Naciones ridículas sangrando por el anacrónico tesoro de su pequeña autonomía! (*Pausa*). ¡Jamás volveré a enseñar!

A. BELLO: ¿Qué está usted diciendo? ¿Para qué escribe entonces?

S. RODRIGUEZ: En mis libros está escrito todo lo que se ha incumplido.

Rodríguez se dirige a la puerta.

---

29 Se refiere al Dictador José Gaspar Rodríguez de Francia, quien mantuvo el poder, prácticamente, desde 1814, hasta su muerte, en 1840.

A. BELLO: ¿Qué hace? Usted no puede irse así. Ni siquiera se ha sentado.

S. RODRIGUEZ: (*Poniéndose el sombrero*). No quiero perturbarte más, Andrés. Tú mismo prefieres que me calle. No hablemos ahora. (*Bello se levanta para despedir a Rodríguez, al tiempo que el mecanismo gira de nuevo. Con la puerta abierta, se ve a los dos por el frente de la casa. Rodríguez sale a la calle y Bello queda en el umbral*). Yo también he leído tus poemas[30]. ¿Cuándo terminas la *Gramática?* Desde Londres te lo estoy diciendo.

A. BELLO: Cuando la termine.

S. RODRIGUEZ: Me parece un plazo razonable[31]. *Apoyado en la fachada está ahora un mendigo —el mismo actor que encarnó a los mendigos anteriores—. Pareciera, en este caso, no tener defectos físicos.*

MENDIGO: (*Al ver a Rodríguez*). Una caridad para pasar el hambre.

S. RODRIGUEZ: ¡Siempre un mendigo! (*Como en una incontrolada trasposición*). ¿No eres tú de Caracas?

MENDIGO: ¿Caracas? ¿Y qué es eso?

S. RODRIGUEZ: Cosas mías. (*Bello esboza una sonrisa*). Tienes fuertes brazos.

MENDIGO: Merced de Dios.

S. RODRIGUEZ: Y tus piernas, ¿cómo están?

MENDIGO: Todavía caminan.

S. RODRIGUEZ: Ciego, no eres.

MENDIGO: ¿Y no lo estoy viendo?

S. RODRIGUEZ: Y escuchar, escuchas. ¿Qué haces pidiendo como un sinvergüenza?... Ven conmigo y te daré trabajo.

MENDIGO: Trabajo, ¿de qué?

S. RODRIGUEZ: De *trabajar,* en su primera persona.

MENDIGO: Déjelo, señor. Hoy ya he comido.

---

30 Las silvas, publicadas en la etapa londinense, *Alocución a la poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida.*

31 Fue en 1847, cuando Bello publicó su *Gramática de la lengua castellana para uso de los americanos.*

S. RODRIGUEZ: Pero no *has comido* mañana. Me parece.

MENDIGO: (*Comenzando la retirada por la izquierda*). ¡Perra suerte! Ya no son seguras ni las calles. (*Desde el otro extremo*). ¡Señor, váyase al carajo! *Sale.*

S. RODRIGUEZ: *(A Bello).* ¡Jamás enseñaré, Andrés! *Rodríguez va hacia la parte anterior izquierda, al tiempo que Bello cierra la puerta y todo el mecanismo de la casa es retirado del escenario. Iluminación por zonas. Rodríguez bajo una seguidora. Aparece por la derecha un grupo de niños —entre ocho y doce años—. Se sitúan cerca del proscenio. Sus vestimentas reflejan cierta heterogeneidad social, aun cuando predominan las más humildes. No hay pupitres. Todos de pie, aglomerados en una masa compacta.*

Valparaíso, Lima, Paita, Guayaquil, Quito, Latacunga, 1838-1846.

Tercera variación escénica sobre el tema de la escuela. Al hablar, los alumnos presentan distintos acentos locales.

ALUMNO 1: ¿Y qué pasó después, maestro?

Rodríguez mira al grupo. Hay reticencia en asumirlo.

ALUMNO 2: ¿La montaña era muy alta?

S. RODRIGUEZ: (*Quitándose el sombrero. Con algún matiz de concesión*). Muy alta. Un monte de plata, que domina todo el panorama.

ALUMNO 2: ¿De plata?

S. RODRIGUEZ: Sus entrañas.

ALUMNO 3: ¿Y relucía?

S. RODRIGUEZ: No demasiado. Muchos yacimientos quedaron vacíos de tanto llenar los barcos españoles.

ALUMNO 2: ¿Y por qué?

S. RODRIGUEZ: Ellos, en otro tiempo, eran dueños del Potosí.

ALUMNO 1: ¿Y qué pasó, maestro?

S. RODRIGUEZ: (*Asumiendo plenamente el relato*). Llegamos a la cumbre y los caballos comenzaron a

relinchar. Era un canto de euforia. El Liberatdor se detuvo en el borde del precipicio y todos nos reunimos junto a él. No relucía el monte, pero sí lo que estábamos viendo.

ALUMNO 1: ¿Ríos de oro?

S. RODRIGUEZ: No.

ALUMNO 2: ¿Soles?

S. RODRIGUEZ: No.

ALUMNO 3: ¿Pájaros brillantes?

S. RODRIGUEZ: No.

ALUMNO 4: ¿Y qué era?

S. RODRIGUEZ: América... Mucho más grande que la montaña. Como un mundo propio. Nuestro mundo.

ALUMNO 1: ¿Es mía América?

S. RODRIGUEZ: Ella se ofrece a quien se le ofrece. Nuestra será si aprendemos a sostenerla.

ALUMNO 4: ¿Y qué hicieron luego los caballos?

S. RODRIGUEZ: ¿Cuando los desmontamos?

ALUMNO 4: Sí.

S. RODRIGUEZ: (*Con amplia gesticulación*). Galoparon sin freno por toda la cima. A veces se alejaban en tropel y, luego, volvían cruzándose en todas direcciones y saltando unos sobre otros, como embriagados por su libertad.

El Alumno 4 reproduce, de súbito, el galope de un caballo, sin dejar su puesto.

ALUMNO 4: ¿Así, maestro?

S. RODRIGUEZ: ¡Más! Mucho más.

ALUMNO 1: (*Asumiendo también el movimiento desenfrenado del caballo*). ¿Así?

S. RODRIGUEZ: ¡Mucho más!

Prácticamente todo el conglomerado de alumnos galopa ahora con estruendo, manteniendo su posición compacta. Se escucha voces: ¿Así?, ¿Así, maestro? *Algunos relinchos.*

Rodríguez ríe y apoya gestualmente la desbordada manifestación de euforia, mientras se levanta el ciclorama gris, dejando ver un espacio iluminado con fuertes contrastes. En él están situados un rústico artilugio, de forma circular, para fabricar velas;

una ennegrecida cocina, que atiende Manuela Gómez, vestida de tono claro; dos sillas y un baúl, de medianas proporciones. Sobre él está sentado José, hijo de Rodríguez y Manuela, de unos doce años, quien pinta dificultosamente un cartel[32]. *Hacia el fondo, se percibe implementos de carpintería y un pequeño yunque. El Alumno 4, al ver el nuevo espacio, se desprende del grupo en su galopar, rodea el mecanismo de las velas y se detiene con un relincho.*

S. RODRIGUEZ: ¡Está bien! Basta. (*El grupo interrumpe su ruidosa galopada*). Dejemos de contar la historia y pasemos a hacerla. Cada uno a lo suyo.

Los alumnos rompen el grupo y se trasladan hasta el fondo. Algunos se distribuyen los instrumentos de carpintería y de herrería. La mayor parte se sitúa junto al artilugio de las velas. Cuelgan los pabilos, hacen girar lentamente el mecanismo y el sebo derretido cae en las mechas, que van siendo recubiertas. Ruido de trabajo: sierras en acción, martillazos, limaduras. Se mantendrá, con distinto grado de presencia, durante todo el desarrollo de las escenas simultáneas.

JOSE: (A su padre). Ya está.

Rodríguez se dirige a él. Se quita el chaquetón, lo deja, junto con el sombrero, en una de las sillas, toma el letrero y lo observa.

S. RODRIGUEZ: (*Leyendo*). "Luces y Virtudes Americanas". ...Resaltado... Bien... "Esto es, velas de sebo, pasiensia". "Paciencia", con dos *c*... "jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo". ...Corrige "paciencia" y ponlo en la puerta... ¿Qué te parece, Manuela?

MANUELA GOMEZ: Pensarán que estamos locos.

S. RODRIGUEZ: Eso ya lo piensan. De modo que no se pierde nada. (*Se acerca a Manuela*). ¿Cecina?

---

32 Rodríguez tuvo otro hijo con Manuela, además de José, del cual no se tiene mayores detalles. Incluso se desconoce su nombre. Probablemente, murió a muy temprana edad.

MANUELA GOMEZ: Papas.

S. RODRIGUEZ: La necesidad no come carne. (*Controla el trabajo de los alumnos*). (*A todos ellos*). Con cuidado. La única *propiedad* verdaderamente fundada es la que proviene del *propio* esfuerzo. Con cuidado, *(por alguno que, amparado en la minuciosidad, detiene el ritmo)*, pero ¡a trabajar!

Por la izquierda aparece ahora un grupo de muchachas —diez a quince años—, muy modestamente vestidas. Llegan hasta la mitad del escenario y, también agolpadas, hablan sin cesar con gran escándalo.

S. RODRIGUEZ: (*Desde su posición*). ¡Silencio! *(El bullicio aminora).* Malgastan en chismes sus cuerdas vocales.. ¿A quién le toca?

Una jovencita levanta el brazo y una de sus compañeras le pasa el único libro.

ALUMNA 1: *(Leyendo con evidente dificultad).* "No bien hubo... escuchado esto... el mucha...cho corrió por la calle...hasta lle...gar a la plaza se escondió...".

S. RODRIGUEZ: "...llegar a la plaza. "...Punto... "Se escondió...".

ALUMNA 1: "Se escondió entre...los puestos de bara...tijas...temeroso de que lo des...cu...-brieran...".

Comienza a oírse un viento de montaña.

MANUELA GOMEZ: (*En su escena, mientras la joven sigue leyendo, solapada por el ruido del viento, del trabajo de los alumnos y de la conversación*). (*A Rodríguez*). ¿Te dieron el dinero?

S. RODRIGUEZ: Me dijo que no tenía. La gente me huye, Manuela.

MANUELA GOMEZ: ¿Y entonces?

José ha terminado de corregir el cartel, va hasta la izquierda del proscenio, en donde —como en el acto primero— ha descendido, suspendida, una aldaba. Sitúa el letrero encima de ella, visible para el público, y después vuelve hacia el baúl.

S. RODRIGUEZ: Ascázubi[33] puede ser la solución. Le escribí. Yo no quiero que me den, sino que me ocupen... Será preciso marchar de nuevo.

MANUELA GOMEZ: Otra vez el frío de los Andes.

S. RODRIGUEZ: Otra vez, Manuela. Hasta que el cuerpo aguante. ¡Pobre amiga mía!

José comienza a halar esforzadamente el baúl con una cuerda y llegará así hasta el otro extremo del escenario.

MANUELA GOMEZ: No te compadezcas de mí. Compadece al propio maestro del Libertador.

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué dices eso?

MANUELA GOMEZ: Ese fue tu peor negocio.

S. RODRIGUEZ: Escucha esto. ¡Y respétalo!... Bolívar ocupa toda mi memoria. América, toda mi atención.

MANUELA GOMEZ: ¿Todavía?

S. RODRIGUEZ: Todavía.

MANUELA GOMEZ: ¡Qué duro es este pueblo!

S. RODRIGUEZ: *(Al grupo de alumnas).* ¿Quién sigue? (*El libro pasa a las manos de otra muchacha, que prosigue la lectura*). (*A los que fabrican velas*). ¿Y esas velas? ¡No se detengan! (*A Manuela*). Debo pasar por Paita.

MANUELA GOMEZ: ¿Por qué Paita?

S. RODRIGUEZ: Ella está allí.

MANUELA GOMEZ: ¿Quién?

S. RODRIGUEZ: Tocaya tuya.

ALUMNA 2: *(Interrumpiéndose).* ¿Qué significa "ingrimo"?

S. RODRIGUEZ: Aislado, solitario.

La muchacha continúa la lectura.

MANUELA GOMEZ: ¿Manuela se llama?

S. RODRIGUEZ: Manuela Sáenz. ¿Nunca te hablé de ella?

---

33 Roberto Ascázubi, con quien Rodríguez tuvo alguna amistad, era miembro de una de las más poderosas familias de Quito. En 1859, integró un Gobierno Provisorio en Ecuador.

MANUELA GOMEZ: (*Sacando un caldero del fuego*). Nunca.

S. RODRIGUEZ: Quizás, la mujer que más amó a Simón. Tal vez por eso no la permiten vivir en Ecuador. Y menos, en la Nueva Granada.

MANUELA GOMEZ: Un mal negocio.

S. RODRIGUEZ: ¡Calla, Manuela! No sabes lo que estás diciendo.

Manuela Gómez mira a Rodríguez, toma el caldero y sale, al tiempo que se diluye el viento de montaña y José termina de arrastrar el baúl.

ALUMNA 2: ¿Y "caneco"?

S. RODRIGUEZ: Borracho.

Después de una risita, la alumna sigue leyendo, mientras aparece, por la izquierda, una mecedora vacía. Cuando es detenida ésta, entra Manuela Sáenz, iluminada, al igual que Rodríguez, por una seguidora. Cincuenta años. Cierta obesidad, que no le resta prestancia. Tampoco su caminar dificultoso, que disimula con una cuidada lentitud. Sujeta con una correa un perro de considerable presencia. Al llegar a la mecedora, mira a Rodríguez. Y él, a ella.

MANUELA SAENZ: Ya era hora de que viniera a verme, don Simón. Hace años que lo espero.

S. RODRIGUEZ: (*Después de ponerse el chaquetón*). Sobrevivir quita mucho tiempo, doña Manuela.

MANUELA SAENZ: Llámeme como antes. Ni la gordura, ni los años justifican de su parte el tratamiento.

A partir de ahora, el ruido de trabajo se irá desvaneciendo, sin que se suprima la actuación gestual de los personajes. La muchacha lee inaudiblemente. La franja en la que están situados Rodríguez y Manuela Sáenz asciende un pequeño trecho sobre el nivel del piso, desgajando del resto el plano de la escena, que tiene lugar en el pueblo peruano de:

Paita, en 1843.

José observa el ascenso del mecanismo. Después intentará introducirse entre las muchachas, que lo

recibirán con rechazo. Ellas, de vez en cuando, denotarán síntomas de distracción o aburrimiento.

S. RODRIGUEZ: Debimos conocernos mejor, Manuela. Pero Simón era, sin duda, una ocupación excesiva.

MANUELA SAENZ: No tanto como hubiera querido. (*Mostrando esfuerzo al sentarse, lo que provoca en Rodríguez un movimiento de ayuda*). ¡No se mueva, don Simón! Todavía puedo hacerlo sola.

S. RODRIGUEZ: La humedad penetra en los huesos.

MANUELA SAENZ: (*Sentándose finalmente*). Eso dicen los médicos. La rabia y el cansancio, digo yo. *Sujeta la correa del perro a la mecedora.*

S. RODRIGUEZ: ¿Por qué me esperabas?

MANUELA SAENZ: ¡Por *él!* Hay cosas que usted sabe y que yo no he podido entender.

S. RODRIGUEZ: Pero *él* está muerto.

MANUELA SAENZ: ¿Lo está, don Simón? ¿O somos nosotros los muertos?

Rodríguez no responde. Va luego hasta el extremo de la franja elevada y hace una seña con el bastón a José, quien le alcanza una silla. La toma, la sitúa en el piso y se sienta.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué quieres saber, Manuela?

MANUELA SAENZ: El lo admiraba. ¿Fue usted quien lo hizo un gigante?

S. RODRIGUEZ: El era un gigante.

MANUELA SAENZ: ¿Y alguna vez los gigantes aman algo concreto?

S. RODRIGUEZ: Pensé que tú podrías responder a eso.

MANUELA SAENZ: ¡Yo sé que lo amé! Pero, ¿él?... ¿Sabe usted que iba a la cama como al campo de batalla?

S. RODRIGUEZ: Supongo que para ser vencido.

MANUELA SAENZ: ¡Para vencer, don Simón! Ni siquiera ahí le gustaba ser derrotado.

S. RODRIGUEZ: Imagino el tipo de contienda.

MANUELA SAENZ: Gloriosa, debo confesarlo. Aquello era algo más que hacer el amor. ¡Salíamos del

mundo! Agonizábamos y resucitábamos cada vez. ¿Usted lo entiende?

S. RODRIGUEZ: ¿Acaso hay otra forma de vivir?

MANUELA SAENZ: Por supuesto. Pequeñas preocupaciones. Pequeños deseos. Muchas personas viven como si nada pudiera suceder. A excepción del tiempo.

S. RODRIGUEZ: ¿Es eso lo que quieres?

MANUELA SAENZ: ¡Usted sabe que no!... Grandes alturas, aunque me arrastre el vértigo. Con una condición. No durar mucho.

S. RODRIGUEZ: ¿Agotada?

MANUELA SAENZ: Estamos permaneciendo demasiado, don Simón.

S. RODRIGUEZ: (Levantándose). No quiero fatigarte, Manuela... Tú no necesitas que te explique nada.

MANUELA SAENZ: ¡Quédese ahí!... Y usted, ¿por qué vino a verme?

S. RODRIGUEZ: Por *él*. Tú sabes cosas que yo no he podido comprobar... Pero no importa.

MANUELA SAENZ: Todavía nos afecta, ¿se da cuenta? El nos determina.

S. RODRIGUEZ: ¿Lo piensas realmente?

MANUELA SAENZ: ¿Y usted no?

S. RODRIGUEZ: ¡No! Lo grande orienta. Nunca determina... Bolívar ha existido y eso es un privilegio. Pero él no es el objetivo. ¡Debe ser rebasado!

MANUELA SAENZ: ¿Por qué dice eso?

S. RODRIGUEZ: De otra manera, ni su grandeza tendría sentido.

MANUELA SAENZ: Usted tampoco necesita comprobar nada.

Rodríguez se acerca al borde de la franja, toca en el con el bastón para llamar la atención de las alumnas y ordena un cambio de turno en la lectura. que seguirá realizándose inaudiblemente.

S. RODRIGUEZ: ¿Sabe si recibió mis cartas?

MANUELA SAENZ: ¿Qué cartas?

S. RODRIGUEZ: Le hablaba en ellas de los motivos de mi renuncia.

MANUELA SAENZ: Nada me dijo.

S. RODRIGUEZ: Nunca deja pruebas. A veces pienso que era un espectro.

MANUELA SAENZ: Pero apretaba con fuerza, don Simón. ¡Y aprieta!

S. RODRIGUEZ: ¿Te gustaría volver a Quito? ¿O a Bogotá?

MANUELA SAENZ: ¡Esos malditos me rechazan! Porque los conozco. Y porque lo amé... Ya no me interesan.

S. RODRIGUEZ: ¿Amargura, Manuela?

MANUELA SAENZ: ¡Vacío! ¿Con qué lo llenaremos?

S. RODRIGUEZ: ¡Con furia! Por tanto fraude.

MANUELA SAENZ: ¡Con rabia!

Pausa.

S. RODRIGUEZ: Dos recursos solitarios.

MANUELA SAENZ: Unámonos, entonces.

S. RODRIGUEZ: Dos soledades no se hacen compañía. Y todavía hay cosas por hacer. *(Con ademán definitivo)*. Me voy, Manuela.

Comienza a descender lentamente la franja. Manuela Sáenz y Rodríguez se observan. Ella permanece sentada, con el perro a sus pies.

MANUELA SAENZ: Si alguna vez se le termina el mundo, venga a Paita, don Simón. Aquí siempre habrá espacio para los dos.

Rodríguez toma la silla, espera a que la franja esté al nivel del piso y sale de la zona, que continúa el descenso hasta la desaparición de Manuela Sáenz. El ruido de trabajo y la lectura se hacen audibles de nuevo.

ALUMNA 3: ¿Qué quiere decir "expósito"?

S. RODRIGUEZ: De padres desconocidos... Sin orígenes, tal vez. O sin raíces.

La muchacha sigue leyendo. Un alumno le lleva una vela terminada. Rodríguez la toma, la examina y hace un gesto aprobatorio. Se acerca a la cocina

y la prende en el fogón. Después, se adelanta hasta el borde del hueco que ha dejado la franja al descender.

Los alumnos inician de nuevo los relinchos. Dejan sus instrumentos de trabajo y galopan otra vez, dispersándose, amenazantes, para rodear al grupo de muchachas, en el que se prescinde de la lectura. Rodríguez ya no registra nada de esto.

Los galopantes alumnos provocan con sus giros el desplazamiento de la masa femenina —de la que surgen algunos gritos—, hasta salir todos por la izquierda.

José permanece y se aproxima al baúl.

S. RODRIGUEZ: (*Con la vela en la mano*). ¡Manuela!

Entra Manuela Gómez, iluminada por una seguidora y vestida de oscuro. José, tras la línea del ciclorama gris, comienza a jalar el baúl hacia el lado opuesto, y vuelve, mitigado, el viento de montaña.

MANUELA GOMEZ: (*Tomando la otra silla, sobre la que está el sombrero de Rodríguez*). ¿Una vela nos dará calor?

S. RODRIGUEZ: Alguna luz. ¡Mira como tiembla! (*El ciclorama gris irá descendiendo a partir de ahora, hasta ocultar todo lo que está detrás de él incluida la acción de José. En ese momento desaparecerá también el sonido del viento).* Y, sin embargo, ahí está, en pleno combate. (*Todas las luces decrecen y queda prácticamente la sola iluminación de la vela. Algún ligero resplandor en la línea del ciclorama*). ¿Habrá provecho en todo esto?... Siéntate, Manuela. ¿Qué haces con la silla en la mano?

MANUELA GOMEZ: Te miro.

S. RODRIGUEZ: ¿Y qué ves?

MANUELA GOMEZ: (*Sentándose*). No sé.

S. RODRIGUEZ: ¿Tiemblo yo como la luz de la vela?

MANUELA GOMEZ: Nunca te he visto temblar.

S. RODRIGUEZ: ¿Estás segura? Hay que mirar con atención... ¿No ves a un viejo loco con los sueños podridos?

MANUELA GOMEZ: ¡Cómo!

S. RODRIGUEZ: ¿O a un vagabundo que ni siquiera sabe pedir limosna?

MANUELA GOMEZ: ¡No hables así!

S. RODRIGUEZ: Dime qué ves.

MANUELA GOMEZ: A un hombre.

S. RODRIGUEZ: ¿Con aspecto de hombre?

MANUELA GOMEZ: La luz no me deja ver bien.

S. RODRIGUEZ: ¿La luz de una vela?

MANUELA GOMEZ: La de él.

S. RODRIGUEZ: (*Apagando la vela*). ¿Eso crees? *El ciclorama ha descendido por completo. El resplandor del fondo se intensifica, dejando a las dos figuras en contraluz.*

MANUELA GOMEZ: Eso creo. (*Rodríguez se acerca y pasa su mano por los cabellos de ella*). ¡Pueblo duro! (*Rodríguez se sienta junto a ella*). ¡Pero tiene que ocurrir algo!

S. RODRIGUEZ: ¿Dónde? ¿En Latacunga? ¿En Quito? ¿En Lima?

MANUELA GOMEZ: Tiene que ocurrir algo... En cualquier parte.

S. RODRIGUEZ: Ya sé. Nueva Granada. Tú no conoces Bogotá... Podemos ir.

MANUELA GOMEZ: Y abrirías una escuela.

S. RODRIGUEZ: ¿También crees en eso? ¿Todavía?

MANUELA GOMEZ: Tú me enseñaste a creer.

S. RODRIGUEZ: Lo dices por mí... Y el frío. Y el pasar arroyos.

MANUELA GOMEZ: Sé que el camino es largo.

S. RODRIGUEZ: (*Como para sí*). Sí. Las cosas tienen que cambiar... Si alguien las cambia...

MANUELA GOMEZ: ¿Lo ves? ¡Vamos, Simón! Todavía hay tiempo.

SIMULTANEAMENTE,

Túquerres, 1847.

Suena el tañido mortuorio y continuo de una campana.

S. RODRIGUEZ: ¿Hay tiempo? Supongo que siempre lo hay.

Aparece por el patio de butacas, iluminado por seguidoras, el cortejo fúnebre, que lleva en hombros el féretro de Manuela Gómez.

MANUELA GOMEZ: Siempre.

S. RODRIGUEZ: No tanto las fuerzas... Pero, también.

MANUELA GOMEZ: También.

Seis hombres cargan el féretro. Delante de él, el niño José. Su traje oscuro le hace parecer mayor. Un sacristán con una cruz, abre el cortejo.

S. RODRIGUEZ: Cuando José sea grande...

MANUELA GOMEZ: Todo será distinto.

La franja que había descendido, surge ahora con un sacerdote y un monaguillo, situados en el extremo derecho, bajo luz cenital. El exiguo cortejo sube al escenario.

S. RODRIGUEZ: Mosquera[34] me recibirá en Bogotá. El me estima... Al menos, terminaré de publicar mis trabajos.

El cortejo hace un alto ante el sacerdote, quien reza en latín un breve responso, mientras acciona el hisopo. En su oración resulta perfectamente audible el nombre de Manuela Gómez.

MANUELA GOMEZ: ¿Bogotá es hermosa?

S. RODRIGUEZ: Peculiar. Algo solemne... Antes pasaremos por Túquerres. Allí me pueden hacer alguna propuesta.

El cortejo se dirige ahora hasta el centro del escenario, muy próximo al lugar donde se encuentran Manuela y Rodríguez.

---

34 El General Tomás Cipriano Mosquera gobernaba en la Nueva Granada, en ese tiempo. El fue uno de los más fieles amigos de Bolívar.

MANUELA GOMEZ: Todo es posible.

José mira a su padre en una momentánea detención. Simón Rodríguez lo registra, toma el sombrero, que está sobre las rodillas de Manuela, se levanta y se integra, junto a su hijo, a la escena funeraria.

Un intenso cenital irrumpe en el contraluz e ilumina a Manuela, quien se pone de pie y mira con absoluta incomprensión su propio entierro.

El cortejo avanza hacia el fondo y el ciclorama gris se levanta, sin luz posterior alguna, lo imprescindible para que todos entren a la gran oscuridad. Cuando lo han hecho, el ciclorama, como si se los tragara, desciende. También la franja, con el sacerdote y el monaguillo, hasta desaparecer.

El cenital que ciñe a Manuela se esfuma y se restituye el efecto de contraluz, con el resplandor, que ha permanecido, en la línea del ciclorama.

Ella toma su silla. Después la de Rodríguez. Y, arrastrándolas, sale despacio por la izquierda.

Sólo en este momento deja de oírse el tañido de la campana.

El resplandor decrece en su totalidad, al tiempo que, desde el hueco que ha dejado la franja, surge a todo lo largo una iluminación de cambiantes matices, la cual sugiere reflejos de agua. Un moderado fragor de corriente fluvial estará presente durante la nueva escena.

Cabo Blanco, 1854.

Ultimo viaje de Rodríguez. Por la izquierda, navegando *en el área longitudinal de la franja, aparece una balsa, tosca y de considerables proporciones, cuya supuesta línea de flotación coincide con la del piso del escenario. Se traslada muy lentamente. Algún movimiento de bamboleo, no siempre y nunca exagerado.*

En ella, tumbado sobre unos bultos y hacia el extremo derecho, Rodríguez, con un chaquetón muy deteriorado a modo de manta y el sombrero cubriéndole el rostro. José, de unos veinte años ahora, cerca de

su padre y sentado en el viejo baúl de Rodríguez. En el extremo opuesto, controlando una rudimentaria tabla —que sirve de timón—, Camilo Gómez, amigo de José y aproximadamente de su edad. Los dos jóvenes con vestimenta muy liviana. Un tonel, con una totuma para sacar agua. Dos remos sobre el suelo de la precaria embarcación. Cuerdas gruesas. La iluminación desde el fondo, enfrentada a la de focos perpendiculares que van surgiendo adscritos a las diversas posiciones de la balsa, da a las formas un aspecto denso y espectral a la vez.

S. RODRIGUEZ: (*Con cierta dificultad al hablar y manteniendo el sombrero sobre la cara*). ¿Cómo vamos, Cocho?[35].

JOSE: Bien, padre. Camilo está en el timón.

S. RODRIGUEZ: ¿Y la corriente?

JOSE: Lenta.

S. RODRIGUEZ: Temí que naufragáramos.

JOSE: No hay cuidado.

S. RODRIGUEZ: (*Quitándose el sombrero del rostro para ver el cielo*). Espero que no vuelva la tormenta... Tengo sed.

José saca agua del tonel y da de beber a su padre en la totuma. Rodríguez se cubre la cara de nuevo. José deja la totuma y, con alguna inseguridad por el bamboleo de la balsa, se dirige a donde está Camilo.

JOSE: El viejo sigue mal.

CAMILO: ¿Tiene fiebre?

JOSE: Supongo.

CAMILO: ¡Y este calor!... Toma el remo. Yo controlo desde aquí.

José coge uno de los remos, se sitúa a babor y, de pie, comienza a dar brazadas con él. Camilo gira el timón para evitar la desviación. La balsa aumenta levemente la velocidad.

S. RODRIGUEZ: (*Incorporándose, de súbito, medio cuerpo*). ¡Qué ocurre?

---

35 Rodríguez llamará *Cocho* a su hijo cuando se dirige directamente a él. Y *José* cuando lo refiere ante terceros.

CAMILO: (*Desde el otro extremo*). ¡Nada, maestro! Descanse.
S. RODRIGUEZ: No lo consigo.
CAMILO: ¿Mucho dolor?
S. RODRIGUEZ: Mucho... ¿Estamos llegando a Paita?
JOSE: (*Mitigando la extrañeza que le causa la pregunta de su padre*). Todavía no pasamos Cabo Blanco.
S. RODRIGUEZ: ¡Rema con fuerza. Cocho! ¡A Paita!
JOSE: ¿Por qué a Paita, padre? Habría que llegar por tierra.
S. RODRIGUEZ: Yo sé lo que digo... ¿No se ve a los de Zegarra?[36].
CAMILO: Nadie nos persigue, maestro. Quédese tranquilo.
S. RODRIGUEZ: (*Como para sí*). Ella responderá por mí.
Vuelve a recostarse, sumido en un sopor y sin cubrirse esta vez el rostro con el sombrero.
José deja de remar y va hacia el timón.
JOSE: ¡No puedo aguantarlo!
CAMILO: ¿Qué cosa?
JOSE: ¡Siempre igual! De un lado a otro.
CAMILO: Hay que moverse.
JOSE: ¿Para qué? Lo mismo en todas partes. (*Por Rodríguez*). La culpa es suya.
CAMILO: Es un buen hombre.
JOSE: No es buena la vida que llevamos.
CAMILO: El está mal.
JOSE: ¡Yo también estoy mal! La miseria a cuestas. Los acreedores atrás. ¡Y ese maldito baúl!
CAMILO: Baja la voz.
Pausa.
JOSE: ¿Qué esconderá?
CAMILO: ¿Dónde?

---

36 Este señor Zegarra financió un convenio con Rodríguez para refinar esperma de velas. La empresa constituyó un rotundo fracaso y Zegarra persiguió a Rodríguez, para intentar recuperar el dinero entregado.

JOSE: En el baúl.
CAMILO: ¿Nunca lo abriste?
JOSE: Nunca.
CAMILO: Una vez me dijo que guardaba sus bienes
JOSE: ¿El te dijo eso? ¿Cuándo?
CAMILO: Hace tiempo. Le pregunté.
JOSE: A mí no me ha dicho nada.
CAMILO: ¿Le preguntaste?
JOSE: No... ¿Y por qué no paga, entonces? ¿Por qué siempre estamos huyendo?
CAMILO: No sé.
S. RODRIGUEZ: (*Sin incorporarse*). ¿Hay alguien aquí?
Las luces superiores comienzan a diluirse hasta una atmósfera nocturna.
JOSE: ¡Aquí estamos, padre!
S. RODRIGUEZ: ¡Rema, Cocho! ¡A Paita! ¡Y tú, Camilo, prepara los caballos! (*Incorporándose levemente).* Cabalgaremos sobre la fiebre, si es preciso...
CAMILO: ¡Duerma, maestro! Duerma. (*Rodríguez cae de nuevo en el sopor*). (*A José*). Vamos a la orilla. La noche es peligrosa.
José toma el remo y bracea con fuerza. Camilo orienta el timón y la balsa toca el borde anterior de la franja. José deja el remo y Camilo coge una de las cuerdas, salta al piso del escenario y realiza un supuesto amarre en algún imaginario elemento del terreno.
José, en la balsa, se acerca al baúl. Lo observa. Luego, lo arrastra y lo sitúa en la orilla, ante la expectación de Camilo. Vuelve a la balsa y toma, detrás del tonel, una barra de hierro. Va a la orilla de nuevo y se sitúa ante el baúl, para forzarlo.
JOSE: Ahora veremos.
CAMILO: (*Ante el forcejeo de su amigo*). ¡Déjalo, José! Se dará cuenta.
JOSE: ¡No me importa! (*Logra finalmente saltar el candado y abre el baúl. Mira en su interior. Desconcierto, primero. Después, transición hacia la ira.*

Mete sus manos y arroja al suelo libros y manuscritos de Rodríguez, estos últimos cuidadosamente atados con cordeles. Alguno se rompe). (Mientras los arroja). ¿Estos son sus bienes? ¡Estos son sus bienes?

CAMILO: ¡Quédate quieto!

JOSE: ¡Maldito sea! ¡Mil veces maldito sea! (*Deteniendo su acción*). ¿Por qué me hace esto? Yo no le he hecho nada.

CAMILO: El no te ha hecho nada.

JOSE: ¡No lo defiendas! A mí no me preguntó si quería cambiar el mundo.

CAMILO: Yo sé.

JOSE: ¡Vámonos, Camilo! No aguanto más.

CAMILO: No podemos dejarle.

JOSE: Cabo Blanco está cerca.

CAMILO: ¡Pero se encuentra mal!

JOSE: Podrá llegar. Nunca necesita ayuda.

CAMILO: Esta vez es distinto, José. ¿No te das cuenta?

JOSE: ¡Te digo que él lo ha querido! (*Al ver que Camilo no piensa seguirle*). ¡Al infierno con su mundo!

José corre hacia la derecha.

CAMILO: ¡Espera! (*Cuando José ha salido*). ¡Cuidado con la noche!

Camilo queda absolutamente perplejo. Mira a Rodríguez, que continúa durmiendo. Finalmente, comienza a recoger los papeles y los libros. Los mete en el baúl y lo cierra, procurando que no se advierta el forzamiento del candado. Luego, lo arrastra hasta la balsa, con cautela, al tiempo que van intensificándose gradualmente las luces superiores.

Cuando termina de situar el baúl, se escucha, más sosegada, la voz de Rodríguez.

S. RODRIGUEZ: ¿No estamos navegando? (*Se incorpora medio cuerpo*). ¿Y José?

CAMILO: (*Después de una pausa*). Se marchó.

S. RODRIGUEZ: ¿A dónde?

CAMILO: (*Con todo esfuerzo por resultar convincente*). A pedir ayuda .

S. RODRIGUEZ: ¿Y cuándo vuelve?
CAMILO: No sé. Dijo que siguiéramos.
S. RODRIGUEZ: Ya... *(Pausa).* El es tu amigo. ¿No quieres irte con él?
CAMILO: ¿Cómo se le ocurre?
S. RODRIGUEZ: Pensé que preferirías acompañarle.
CAMILO: ¿No tenemos que ir a Paita?
Camilo suelta la amarra y Rodríguez se levanta, coge su bastón, va trabajosamente hasta el tonel y toma agua con la totuma.
S. RODRIGUEZ: ¿Dijo algo más al irse?
La balsa inicia el movimiento.
CAMILO: Nada, maestro.
S. RODRIGUEZ: Es bastante.
CAMILO: Nos encontraremos con él.
S. RODRIGUEZ: Puede ser.
Rodríguez se sitúa cerca del timón, en donde se ha instalado Camilo, se sienta en el suelo y reclina la cabeza sobre las rodillas.
CAMILO: ¿Qué le pasa? ¿El vientre de nuevo?
S. RODRIGUEZ: A veces, Camilo, pareciera que el alma se escapa.
CAMILO: ¿Usted diciendo esas cosas?
S. RODRIGUEZ: Eso siento.
CAMILO: ¿Y qué es, maestro?
S. RODRIGUEZ: ¿Qué es, qué?
CAMILO: El alma.
Pausa.
S. RODRIGUEZ: Lo que uno anhela.
Pausa.
CAMILO: ¿Como un deseo, dice usted?
S. RODRIGUEZ: Una pasión.
CAMILO: Debe ser difícil.
S. RODRIGUEZ: Inevitable. *(Comienza a levantarse, mientras mira a un punto determinado del patio de butacas, en donde irá surgiendo, hacia atrás, un resplandor).* ¿Ves aquello, Camilo?
CAMILO: (*Mirando a su vez*). ¡Cabo Blanco! Finalmente.
S. RODRIGUEZ: (*Tomando dificultosamente uno de los remos*). ¡Vamos!

CAMILO: ¿Qué hace, maestro? Tome usted el timón. Yo remaré.

S. RODRIGUEZ: (*Con resurgida fuerza*). ¿De qué estás hablando? ¡Actividad es lo que necesito! ¡Orienta bien este trasto!

Rodríguez rema con notoria inestabilidad. Ante el bamboleo de la balsa, Camilo deja el timón y se dirige apresuradamente hacia él.

CAMILO: ¡Cuidado, maestro!

S. RODRIGUEZ: ¡Al timón, Camilo! ¡Al timón!

Camilo se retira y orienta con firmeza el timón. La balsa se traslada hacia el extremo derecho, con una ligera inclinación que la va aproximando muy paulatinamente al borde anterior de la franja.

De súbito, Rodríguez saca el remo y se apoya en él. Todo su cuerpo se contrae de dolor. El remo resbala y Rodríguez cae al suelo.

CAMILO: (*Yendo hacia él*). Se lo dije, maestro. ¿Qué le ocurre, por Dios?

Camilo logra recostarlo en sus brazos.

S. RODRIGUEZ: ¡A Paita! Antes de que sea tarde.

CAMILO: ¡Cálmese, por lo que más quiera!

S. RODRIGUEZ: ¡Este dolor!

CAMILO: ¡No se esfuerce! Yo lo llevaré.

La balsa, que ha seguido el curso dejado por el timón, choca con el borde. Camilo vuelve a realizar un amarre imaginario. Luego, arrastra a Rodríguez y lo sitúa en la orilla.

S. RODRIGUEZ: ¿Hay gente en este lugar?

CAMILO: (*Después de mirar a distintos puntos del patio de butacas*). Hay gente. Pero no sé dónde está.

El resplandor, situado al fondo, comienza a trasladarse hasta llegar al ante-proscenio, el cual asciende —al tiempo que se fija en él la iluminación— con un grupo de pescadores indígenas, hacia el extremo izquierdo, quienes miran cautelosos a los recién llegados.

Camilo los percibe ahora y les hace señas para que se aproximen. Los pescadores se resisten a ello.

Rodríguez, que permanece en el suelo, también los ve.

S. RODRIGUEZ: (*A Camilo*). Desconfían de tan mala pesca.

CAMILO: (*A los pescadores*). ¡Ayuda, compañeros! ¡Vengan!

Los pescadores se van acercando, sin dejar totalmente su prevención. Uno de ellos, de fuerte contextura y con el pelo ligeramente canoso, parece encabezar el grupo. Es él quien se decide a hablar.

PESCADOR: (*Por Rodríguez*). ¿Está herido?

CAMILO: Muy enfermo.

PESCADOR: No hay médico en la aldea. ¿Por qué vinieron acá?

CAMILO: El río nos trajo. Vamos a Paita. ¿Está lejos?

PESCADOR: A muchas leguas.

CAMILO: ¿Y no hay pueblo más cercano?

PESCADOR: Amotape.

CAMILO: ¿También lejos?

PESCADOR: A menos leguas.

CAMILO: ¿Y hay médico allá?

PESCADOR: No, que yo sepa... Pero hay un cura.

S. RODRIGUEZ: ¿Tan mal me ves, buen hombre?

PESCADOR: Bien... no se ve.

CAMILO: (*Por Rodríguez*). Necesita atención. Es persona importante.

PESCADOR: *(Con evidentes dudas).* ¿Importante?

CAMILO: ¡Mucho! Habrá quien recompense.

PESCADOR: ¿Recompensa?... Curandero sí hay.

CAMILO :No queremos curanderos.

PESCADOR: Me pareció.

S. RODRIGUEZ: (*Desestimando la afirmación de Camilo*). Dile que venga.

PESCADOR: (*Poniéndose delante*). ¡Lo está usted viendo!

El pescador suelta una carcajada, que es coreada solidariamente por el grupo.

S. RODRIGUEZ: ¿Sabes de hierbas?

PESCADOR: De las buenas y de las malas.

Nueva carcajada, también coreada.

S. RODRIGUEZ: ¡Pues prepara algo que me quite este fuego del vientre!

PESCADOR: Veré qué puede hacerse.

S. RODRIGUEZ: (*A Camilo*). Luego, seguiremos camino.

CAMILO: Usted no debe viajar, don Simón.

S. RODRIGUEZ: ¡Te digo que no hay tiempo que perder!

CAMILO: ¡No puede hacerlo! Deje que yo vaya a Amotape. Arreglaré su traslado.

S. RODRIGUEZ: ¿Y Paita?

CAMILO: De ahí a Paita.

S. RODRIGUEZ: No hay tiempo Camilo. No hay tiempo.

CAMILO: Menos tiempo habrá si le pasa algo. (*A los pescadores*). Necesito baquianos y provisiones. (*Los pescadores no denotan reacción alguna*). ¡Quédense con la balsa!

El pescador canoso la observa sin mucho entusiasmo. Al fin, parece conceder.

PESCADOR: (*Señalando a dos del grupo*). Vayan con él.

Los pescadores, a excepción del que los dirige y de los dos acompañantes indicados por él, comienzan a ocupar la balsa y la registran por todas partes. Al ver esto, Camilo se apresura a retirar el baúl.

S. RODRIGUEZ: Mi bastón, Camilo.

Camilo toma también el bastón. Ve que uno de los indígenas se ha puesto el sombrero de Rodríguez. Se lo arrebata y lo sitúa, junto con el chaquetón, sobre el baúl, que traslada hasta la orilla.

PESCADOR: ¿Qué hay en el cofre?

S. RODRIGUEZ: Un tesoro de papeles.

El pescador se acerca al baúl y Camilo decide abrirlo para que compruebe su contenido, que aquél rechaza de inmediato. Camilo lo cierra, hace una seña a los baquianos y estos lo cargan. Después inician los tres la marcha hacia la derecha. Camilo se voltea antes de salir y mira a Rodríguez, que también lo observa.

S. RODRIGUEZ: ¡Cuanto antes, Camilo! No tardes.

(Salen. Rodríguez toma el bastón y se levanta con

visibles muestras de dolor). (Al pescador). ¡Date prisa con ese guarapo, si no quieres que reviente!

El pescador llama con un silbido a uno de sus compañeros, que lleva colgado un pequeño recipiente de cuero. Este deja la balsa y se acerca. El pescador le descuelga el cuero y se lo ofrece a Rodríguez.

PESCADOR: Más rápido, el diablo.

S. RODRIGUEZ: ¿A quién pretendes engañar? ¿No ibas a prepararlo tú?

PESCADOR: Esto calma hasta la tempestad. Bébalo sin cuidado. (*Rodríguez coge el cuero*). ¡Trago largo!

Rodríguez bebe. De pronto, arroja el cuero. El líquido parece quemarle.

S. RODRIGUEZ: ¿Qué me diste? ¡Te dije que me ardía!

PESCADOR: Tranquilo. Déjelo hacer. (*Recoge el cuero, da una palmada a su compañero, suelta la amarra y suben a la balsa, con los demás. Todos miran a Rodríguez, todavía contraído, que se mantiene apoyado en el bastón, mientras la balsa comienza a moverse de nuevo*). (*A Rodríguez*). ¡El fuego cura el fuego!

La carcajada otra vez, más insistente, a la que todos se suman, al tiempo que, por la derecha, va desapareciendo la rudimentaria embarcación y, con ella, la luz —superior e inferior— en la zona de la franja, y el sonido del agua.

Rodríguez alcanza poco a poco cierto sosiego, mientras, sobre una plataforma, penetra por la izquierda, y tras el espacio de la franja —que se nivela con el piso del escenario—, dos paredes en ángulo de un rancho, un rústico camastro, una silla y el baúl de Rodríguez, que sirve de mesita de noche. Algunos objetos encima de él: platos usados, una jarra, una totuma... En el borde de la plataforma, Camilo, quien mira a Rodríguez. Iluminación diurna.

Amotape, 1854.

CAMILO: Aquí es, maestro.

S. RODRIGUEZ: (*Después de lanzar una ojeada en redondo),* ¿Y Amotape?

CAMILO: Estamos en las afueras.

Rodríguez recoge del suelo el chaquetón, que no se pone, camina con dificultad hacia la plataforma y entra en ella por el lugar donde se encuentra Camilo —posición de la entrada que se conservará en lo sucesivo—. Observa el recinto.

S. RODRIGUEZ: ¿Esto es todo lo que pudieron darte? (*Camilo no contesta*). No importa. Permaneceremos sólo lo necesario. ¿Será posible viajar mañana?

CAMILO: Acuéstese, maestro. Necesita reposo.

Rodríguez se sienta en el camastro y deja el chaquetón sobre él.

S. RODRIGUEZ: Temo descansar, Camilo.

CAMILO: Paita no se moverá de su sitio... ¿Por qué quiere ir allá?

S. RODRIGUEZ: Ella es la única que puede entender...

CAMILO: ¿Lo espera una mujer?

S. RODRIGUEZ: No sé si me espera. Pero allí está.

CAMILO: ¿Quiere que le anuncie su llegada?

S. RODRIGUEZ: Manuela no necesita anuncios.

CAMILO: ¡Por Dios, don Simón! Su mujer murió hace años.

S. RODRIGUEZ: ¿Piensas que deliro? Hay en el mundo, por lo menos, tantas *manuelas* como *simones.* Y ésta nunca fue mi mujer... Temo descansar. Y estoy cansado.

Rodríguez se inclina para descalzarse y la posición le produce un nuevo y doloroso espasmo. Camilo se aproxima a él y lo tiende sobre el camastro. Después lo descalza y le quita los pantalones, dejando ver unos interiores largos, que casi llegan a los tobillos. Sitúa el chaquetón a sus pies. Coge agua de la jarra y se dispone a darle de beber. Rodríguez lo rechaza y queda estático. Camilo pasea con nerviosismo por el recinto y, luego, se sienta en la única silla. La iluminación decrece a un nivel nocturno.

S. RODRIGUEZ: (*Hablando con algún esfuerzo*). ¿Hay medicamentos en el pueblo?
CAMILO: No, maestro.
S. RODRIGUEZ: ¿Ni en la casa del cura?
CAMILO: No he ido allí.
S. RODRIGUEZ: Acércate.
CAMILO: No sé si querrá recibirme. Y menos, a estas horas.
S. RODRIGUEZ: ¿Pasó algo?
CAMILO: Problemas.
S. RODRIGUEZ: ¿Qué problemas?
CAMILO: (*Tras una pausa*). Don Santiago prohibió a la gente que viniera para acá. Y tampoco quiere...
S. RODRIGUEZ: ¿Qué?
CAMILO: Que entremos en el pueblo.
S. RODRIGUEZ: ¿Piensa que soy contagioso?
CAMILO: No exactamente... El dice que usted no es persona fiel a la Iglesia...
S. RODRIGUEZ: ¿Hereje? (*Incorporándose sin dejar la cama*). ¿Y no deben ser los impíos el principal objetivo de un sacerdote?
CAMILO: Yo no sé, maestro. Pero él se opone...
S. RODRIGUEZ: ¿Y los demás?
CAMILO: Los demás, usted sabe... Hay una mujer que a veces trae alguna cosa... Al amanecer...
S. RODRIGUEZ: ¿También nos niega la comida?
CAMILO: No la niega. La... entorpece.
S. RODRIGUEZ: ¡Dile a ese cura que venga!
CAMILO: Yo... lo dudo, maestro.
S. RODRIGUEZ: ¿Lo dudas? ¡Dile que voy a confesarme!
CAMILO: ¿Confesarse?
S. RODRIGUEZ: ¡Tú, díselo!
CAMILO: ¿Y a usted le parece que él...?
S. RODRIGUEZ: Por supuesto.

De inmediato se tiende de nuevo en el camastro y aparece por la derecha, a la altura del proscenio, el párroco Santiago Sánchez, de unos cincuenta años, que ilumina su camino con un candil.
El sacerdote atraviesa el escenario hasta el extremo

opuesto, al tiempo que Camilo, asumiendo la nueva escena, sale del rancho a su encuentro. Luego, van ambos hacia el fondo y, al llegar a la línea de la plataforma, giran y siguen la horizontal hasta la posición de entrada al recinto.

Camilo le indica al párroco que espere y entra en el rancho. Acomoda los platos, cubre las piernas de Rodríguez con el chaquetón, vuelve al borde de la plataforma e invita a pasar a Don Santiago. Este lo hace con alguna cautela, levanta el candil para ver mejor, se aproxima a Rodríguez y lo mira muy de cerca, creyendo que está dormido.

S. RODRIGUEZ: ¡Apague el candil! Me molesta.

Ante la inesperada orden, el párroco se apresura a hacerlo.

DON SANTIAGO: ¿Te sientes muy mal, hijo mío?

La iluminación irá ascendiendo hasta un tinte de amanecer.

S. RODRIGUEZ: (*Incorporándose en el camastro*). Siempre he creído que una misión sagrada debe atender las miserias humanas que encuentre a su paso. (*Don Santiago no pronuncia palabra*). Pero, al parecer, usted tiene una versión particular hasta del mismo Evangelio.

DON SANTIAGO: No entiendo.

S. RODRIGUEZ: Me informan que ha ordenado nuestro total aislamiento.

DON SANTIAGO: No tanto, hijo mío.

S. RODRIGUEZ: ¿Tiene usted idea de lo que yo soy?

DON SANTIAGO: Noticias tengo...

S. RODRIGUEZ: ¿Con algún matiz condenatorio?

DON SANTIAGO: *(Sentencioso).* Nadie, sino Dios, puede condenar.

S. RODRIGUEZ: Lástima que usted se considere excesivamente autorizado por él.

DON SANTIAGO: (*Comenzando a enervarse*). ¡Te equivocas! Eres tú quien debe comprender... Las ideas muy... liberales, pueden ser malentendidas. La gente aquí es muy simple. Carecen de instrucción.

S. RODRIGUEZ: ¿Y no los instruye usted?

DON SANTIAGO: Hago lo que puedo.

S. RODRIGUEZ: Pero no demasiado. A fin de cuentas, ustedes viven del misterio.

DON SANTIAGO: El misterio... no lo hice yo.

S. RODRIGUEZ: Hasta cierto punto, mi cauteloso presbítero. Nuestra incapacidad hace el misterio. Propicie el saber en sus sermones, si no es mucho riesgo.

DON SANTIAGO: ¿Olvidas, hijo mío, que todo saber parte de la Divina Providencia?

S. RODRIGUEZ: (*Recordando palabras similares del presbítero Carreño*). Tiene usted la virtud de volverme a la infancia. Alguien me dijo eso alguna vez... Pero, aun así, permítale a la Divina Providencia que se actualice. Hace años que América se empeña en combatir la oscuridad.

DON SANTIAGO: ¿Y alguna luz es más intensa que la luz de Dios?

S. RODRIGUEZ: Tanto... que deslumbra. Los mortales tenemos retinas más modestas.

DON SANTIAGO: ¿Será posible que no haya en ti algún sentimiento religioso?

S. RODRIGUEZ: Ahora es usted quien se equivoca... Yo juré mi religión en la propia Roma, ante el mismísimo Bolívar. Y esa religión está aquí, entre nosotros. ¿Entiende usted? No para sectores de la humanidad. Para la humanidad entera.

DON SANTIAGO: Dios perdona hasta a los impíos.

S. RODRIGUEZ: ¡No hay impíos, maldita sea! ¡Hay hombres!

Rodríguez sufre una contracción, que el párroco, absolutamente enervado ya, parece no registrar.

DON SANTIAGO: (*Mirando a Camilo, que ni siquiera aventura aproximarse a Rodríguez*). ¡Evidentemente, he sido engañado! (*A Rodríguez*). Me dijeron que querías *confesarte*. Pero no veo ninguna predisposición para ello... Quédate como estás, y yo me quedaré como estoy.

Don Santiago inicia la salida del recinto.

S. RODRIGUEZ: (*Con cierto entumecimiento en la voz*). ¡Espere!... Puesto que le dijeron que iba a *confesarme*, así se hará.

DON SANTIAGO: Los sacramentos no son *cuestión de palabra.*

Avanza de nuevo hacia el borde de la plataforma.

S. RODRIGUEZ: (*Antes de que salga*). Usted no va a desestimar la oportunidad de *haber confesado* a don Simón Rodríguez.

Pausa.

DON SANTIAGO: (*Después de voltearse*). Tan infinita soberbia, hijo mío, creo que requiere de una *confesión.*

S. RODRIGUEZ: De todas las que quiera... Eso sí. Haga usted las preguntas. En estos momentos no tengo muy fresca la lista de pecados.

Don Santiago sitúa la silla detrás del camastro, junto a la cabecera. Saca una estola del bolsillo de la sotana y se la pone. Se sienta después.

DON SANTIAGO: (*A Camilo*). La *confesión* es secreta.

Camilo tarda unos breves instantes en asimilar la sugerencia. Luego, se dirige con alguna torpeza hacia la posición de salida, al tiempo que desciende una rústica puerta —abierta—, con su correspondiente marco, y queda situada en el lugar adecuado, antes de que Camilo la traspase.

El sacerdote inicia la confesión *con las fórmulas latinas. Camilo sale finalmente por la puerta recién surgida. La cierra y en ese momento se hace inaudible toda la escena que sucede tras ella. Alguna gesticulación de Rodríguez. Miradas del párroco. A la inversa. Se percibe el movimiento de los labios y los ademanes. Nunca demasiado. Con pausas.*

Por la derecha entra una aldeana de unos cuarenta años. Lleva un recipiente cubierto con un paño. Camina con cierta premura por el mismo trayecto que recorrió Don Santiago. Llega hasta la parte exterior al rancho, en donde se encuentra Camilo. La luz diurna ha progresado.

ALDEANA: Se me hizo tarde porque tengo el muchacho enfermo. ¿Y cómo va don Simón?

CAMILO: Don Santiago está con él.

ALDEANA: (*Alarmada*). ¿Don Santiago? (*Entregándole el recipiente con comida, sin ni siquiera retirar el paño*). ¡Santo Dios! Me voy enseguida.
CAMILO: No se preocupe. Lo está *confesando*.
ALDEANA: *¿Confesando?...* ¿Y no y que no era creyente?
CAMILO: Yo tampoco entiendo nada.
ALDEANA: ¡Se ven unas cosas!
CAMILO: Ellos sabrán lo que hacen.
ALDEANA: Eso son los humores.
CAMILO: ¿Qué humores?
ALDEANA: Igual que las olas del mar. De un lado a otro. Y nunca se sabe...
CAMILO: ¿Y qué dicen en el pueblo?
ALDEANA: Allí siempre hablan. Como no hay otra cosa que hacer... Algunos vendrían. Pero no se atreven.
CAMILO: Cada uno a lo suyo.
ALDEANA: Y nada por nadie... Y es lo que yo digo. Hay que dar, si quieres que te den.
CAMILO: Verdad.
ALDEANA: Pero el que no sabe es como el que no ve. Y ellos hablan... y no ven. Porque, pregunto yo, ¿don Simón les quitó algo?... No... ¿Y entonces?
CAMILO: El temor es mucho.
ALDEANA: ¿Y qué temor puede haber en la miseria? Perder, no van a perder... (*Al ver que Camilo se fija en la comida*). Arroz y un poco de papas. No pudo ser más.
CAMILO: Y es demasiado. No querrá probar nada.
ALDEANA: ¿Tan mal está?
CAMILO: Yo creo. A veces repunta. Pero luego...
ALDEANA: A todo el mundo le llega su hora. ¡Dios nos ampare!

Mientras tanto, la confesión *termina. Rodríguez mira con curiosidad la gesticulación absolutoria del párroco, quien, después, se levanta, se quita la estola, recoge el candil, observa a Rodríguez, le dice algo y sale, dejando la puerta entreabierta. Rodríguez abandona su posición incorporada y se tiende.*

DON SANTIAGO: (*A la aldeana*). ¿Y tú qué haces aquí?

ALDEANA: Pasaba, don Santiago. Y vi al señor Camilo...

DON SANTIAGO: (*Percibiendo el recipiente con comida en las manos de Camilo*). ¿Pasabas? (*A los dos*). Hoy comerá con apetito. ¡Se *confesó* el hombre! (*A la aldeana*). Ven conmigo. El pueblo debe saberlo.

Don Santiago inicia en sentido inverso el mismo recorrido, con la aldeana detrás, al tiempo que sube la puerta, restituyéndose la situación escenográfica inicial.

Cuando el párroco y la aldeana salen por la derecha, Camilo entra al recinto. Se acerca a Rodríguez y pone el paño sobre el baúl.

CAMILO: Arroz con papas. (*Rodríguez rechaza el ofrecimiento*). Tiene que comer, maestro.

S. RODRIGUEZ: Hazlo tú por mí.

Camilo se sienta en la silla y come con voracidad del propio cuenco. Luego, va hacia el baúl para dejar el recipiente, bebe agua y se vuelve a sentar. La somnolencia le va dominando. Cabecea.

La iluminación ambiental es sustituida por luz concentrada sobre el área del camastro.

De súbito, Rodríguez lanza un prolongado quejido. Camilo sale bruscamente de su sopor y se levanta.

CAMILO: ¿Qué es, maestro?

Rodríguez respira trabajosamente.

S. RODRIGUEZ: ¿Se hizo de noche?

CAMILO: ¡Dios mío! ¿Quiere que me acerque al pueblo?

S. RODRIGUEZ: ¿Hay luna?

CAMILO: No parece.

S. RODRIGUEZ: Quédate.

Profiere un nuevo quejido de dolor.

CAMILO: ¡Voy a buscar gente!

S. RODRIGUEZ: ¡No vayas!... ¿Para qué?

CAMILO: ¡Aquí no hay nada!

S. RODRIGUEZ: Nada necesitamos... ¡Paita, Camilo! Ya no podrá ser.

CAMILO: ¿Qué está usted diciendo? (*Toca la frente de Rodríguez*). ¡Tiene mucha fiebre!

S. RODRIGUEZ: Mucho frío... ¿Hay viento?

CAMILO: No, maestro.

S. RODRIGUEZ: ¿Estás seguro? (*Jadea por unos instantes entrecortadamente, ante la alarma de Camilo, quien toma el paño, lo moja y lo pone en su frente*). Dile a José que no me odie. Y que no se culpe. Que se esfuerce en otras cosas...

CAMILO: ¡Usted se lo dirá!

S. RODRIGUEZ: No importa quien lo diga. (*Se quita el paño*). El mundo, Camilo. Ahí está.

CAMILO: Sí, maestro.

S. RODRIGUEZ: ¿Escuchaste lo del *juramento?* ¿Alguna vez te hablé de ello? (*Camilo no contesta*). ¡Un gran momento! El mundo, Camilo. Estaba delante. Sin saberlo. (*En un intento de incorporarse, mientras mira hacia arriba*). Y, de pronto, apareció. (*Desde lo alto, va descendiendo el artilugio escenográfico del juramento en Roma. Además de las plataformas irregulares, tiene añadida ahora, en su parte anterior, una escalinata, que culminará próxima al proscenio*). ¡Toda una montaña vino hacia nosotros!

CAMILO: ¡Cálmese por Dios!

S. RODRIGUEZ: No tengas miedo. Ya no... (*La luz de una seguidora cae sobre Rodríguez, quien se levanta sobre el camastro, dejando intacta la posición del chaquetón, y camina, sin el menor síntoma de enfermedad y de vejez, hasta la primera plataforma del artilugio, fijado ya en el piso. Camilo no registra nada de esto y permanece atento a la cabecera de la cama, posición "real" de Rodríguez).* ¡Un vuelo lleno de cadenas! (*Va ascendiendo*). Lo sabíamos. Y no lo sabíamos... Para dejarlas atrás. (*Se detiene en una de las plataformas*). ¡El mundo no termina en Paita, Manuela! Ni en Caracas, María de los Santos. O en los pastos de Nueva Granada, madre boliviana. No termina tampoco en tu *claridad* francesa. ¡Mujeres desoladas todas! (*Continúa el ascenso).* ¡Cadenas de pájaros! ¡De huracanes!

¡Pujan hacia arriba! Hacia el gran parto. (*Llega a la última plataforma*). ¡Qué paz tan seca, Camilo! (*Camilo se sienta, sin dejar de mirar con angustia la cabecera. Rodríguez va hasta el borde de la plataforma y mira al público*). Siguen ahí. (*Como si asumiera una presencia*). ¿Los recuerdas? (*Comienza a escucharse, grabada y en un segundo plano, la* Carmañola Americana). ¿Son los mismos?... ¿Qué quedará de todo esto, Simón? ¿Algún papel escrito? (*Pausa*). (*Con una explosión de voz, ante la cual se esfuma la* Carmañola). ¡Tú hiciste tu *independencia!* (*Gran pausa*). ¿Qué ocurrió con la mía?

A partir de ahora, Rodríguez desciende despacio por la escalinata frontal. Al llegar al suelo, su actitud irá adoptando las características reales de su decrepitud. Camina hasta el centro del proscenio y se detiene.

S. RODRIGUEZ: (*Al público*). Simón Rodríguez. Expósito. (*De inmediato sufre una última y pormenorizada contracción, que hace levantarse a Camilo, en la trasposición de planos, y aproximarse a la cabecera del camastro). (Con cierto fragor estertóreo*). ¡Ay, mi alma!

Rodríguez va cayendo con lentitud, mientras Camilo intenta pronunciar algo, que no pasa del gemido. Rodríguez queda definitivamente tendido en el suelo con mortal inmovilidad. Las cuerdas, que estuvieron presentes en actos anteriores, aparecen de nuevo a todo lo largo del ciclorama gris, al tiempo que Camilo, sin saber que hacer, sale del recinto, mira a todas partes, vuelve a entrar, bordea el camastro, observa fijamente la cabecera y sube hasta ella el chaquetón, cubriendo el presunto rostro de Rodríguez. Después tiende sus brazos sobre el lecho y se deja caer acuclillado.

Por las cuerdas descienden y quedan suspendidos —en una variación final del mural latinoamericano— hombres y mujeres, de todas las razas y edades, con candiles encendidos como única iluminación en

su zona. Llevan ropa de dormir, a modo de túnicas blancas.
Comienza a escucharse un ruido de viento.
Baja hacia el centro, colgada de los hombros y hasta una mediana altura, una de las figuras, también con su candil, que sostiene con ambas manos.
Sube el ciclorama gris y se ve, en todo el espacio hasta el ciclorama negro, una extensa prolongación panorámica del mural, con las formas ya situadas en sus cuerdas. Muchos levantan sus candiles, como si pretendieran vislumbrar mejor el cadáver de Rodríguez. Se miran entre sí. Cuchichean. Ordenan silencio con cautelosos siseos.
El viento se hace intenso y los candiles van apagándose por zonas, como a ramalazos. Al final, sólo permanece encendido el de la figura colgante, que esta protege con sus brazos mientras asciende, al tiempo que, sincronizadamente, declinan la iluminación sobre el camastro y sobre el cadáver de Rodríguez.
Cuando la figura colgante desaparece con la luz preservada, se produce una total oscuridad en el escenario.
Por unos momentos persiste todavía el sonido del viento, para llegar después al definitivo silencio.

FIN DE LA OBRA

INDICE

Pág.

Nota Preliminar 5

Personajes 9

Acto I 13

Acto II 63

Acto III 109

Acto IV 139

COLECCION CUADERNOS DE DIFUSION

1 Antología. — *José Antonio Ramos Sucre.*
2 Manual de Extraños. — *Juan Calzadilla.*
3 Visión de la pintura en Venezuela. — *Roberto Montero Castro* — *Juan Calzadilla.*
4 La plataforma continental. — *Kaldone Nweihed.*
5 La crisis de la sociedad colonial venezolana. — *Germán Carrera Damas.*
6 El Tirano Aguirre. La conquista del Dorado. Suena el teléfono. — *Luis Britto García.*
7 La ciencia amena. — *Aristides Bastidas.*
8 Lao-Tse y Chuang-Tse. — *Angel Cappeletti.*
9 Espacios en disolución. — *Hanni Ossott.*
10 Ejercicios narrativos. — *José Balza.*
11 Cine y política. — *Raúl Beceyro.*
12 Libro de intervalos. — *María Elena Huizi.*
13 Ecología: La paradoja del siglo XX. — *Carlos Machado Allison.*
14 La lucha corporal y otros incendios. — *Ferreira Gullar.*
15 El arte de narrar. — *Juan José Saer.*
16 La educación superior en Venezuela. — *Orlando Albornoz.*
17 Los instrumentos de la orquesta. — *René Rojas.*
18 El agresor cotidiano. — *Ednodio Quintero.*
19 Maquillando el cadáver de la revolución. — *Julio Miranda.*
20 Trébol de la memoria. — *Cecilia Ortiz.*
21 Los insectos y las enfermedades. — *Carlos Machado-Ricardo Guerrero.*
22 Narración del doble. — *Gabriel Jiménez Emán.*
23 Indagación por la palabra. — *Gabriel Rodríguez.*
24 Textos de anatomía comparada. — *Mariela Alvarez.*
25 Piezas perversas. — *Rodolfo Santana.*
26 Los pasos por volver. — *Luis Masci.*
27 El día que me quieras. — *José Ignacio Cabrujas.*
28 Cadáveres de circunstancias. — *Ludovico Silva.*
29 Brasa. — *Márgara Russotto.*
30 El destierro. — *María Elena Huizi.*
31 Memoria en ausencia de imagen-memoria del cuerpo. — *Hanni Ossott.*
32 El poeta de vidrio. — *Armando Romero.*
33 33 construcciones de origen japonés. — *Andrés Mellado.*
34 Esto que gira. — *Vasco Szinetar.*
35 Ultima luna en la piel. — *Orlando Chirinos.*
36 Los espacios del tiempo. — *Marilyn Contardi.*

37 Apuntes sobre el texto teatral. — *Edilio Peña.*
38 Un fausto anda por la avenida. — *César Rengifo.*
39 Los caminos borrados. — *Earle Herrera.*
40 Transformaciones. — *Rodolfo Privitera.*
41 Ejercicios para el olvido. — *Enrique Mujica.*
42 El dado virgen. — *Raúl Henao.*
43 Bitácora del alcatraz. — *Freddy Hernández.*
44 Pasturas. — *Gelindo Casasola.*
45 Textos para antes de ser narrados. — *Alejandro Salas.*
46 Mundo Alterno. — *Gabriel Armand.*
47 Metales. — *Emilio Briceño Ramos.*
48 Sol quinto. — *Miguel Szinetar.*
49 Distancias de la huella. — *Manuel Hernández.*
50 Los hermanos. — *Edilio Peña.*
51 Alfabeto para analfabetos. — *Isaac Chocrón.*
52 Vida con mamá. — *Elisa Lerner.*
53 La última actuación de Sarah Bernhardt. — *Néstor Caballero.*
54 El sueño de las tortugas. — *Pedro Riera.*
55 Babel 73. — *Jean Zuné.*
56 Fuego de tierra. — *María Luisa Lazzaro.*
57 El poeta invisible. — *Julio Miranda.*
58 Libro de mal humor. — *Roberto Hernández Montoya.*
59 Alguna luz - Alguna ausencia. — *Santos López.*
60 Confidencias del cartabón. — *Iliana Gómez Berbesí.*
61 El monigote y otros relatos. — *Juan Antonio Vasco.*
62 Antología de la casa sola. — *Luis Alberto Angulo.*
63 El festín de los muertos. — *Víctor Guédez García.*
64 Si muero en la carretera no me pongan flores. — *César Chirinos.*
65 La otra distancia. — *Margaret Pigaro.*
66 El viejo grupo. — *Román Chalbaud.*
67 Nueva crítica de teatro venezolano. — *Isaac Chocrón.*
68 Los 1001 cuentos de una línea. — *Gabriel Jiménez Emán.*
69 Difuntos en el espejo. — *Chevige Guayke.*
70 La sombra de otros sueños. — *Gustavo Guerrero.*
71 Los andantes. — *José Quintero Weir.*
72 Cartas de relación. — *Antonio López Ortega.*
73 Principio continuo. — *Alfredo Chacón.*
74 Muerte en el paraíso. — *Luis Britto García.*
75 25 poemas. — *Reynaldo Pérez Só.*
76 El habitante final. — *Adelis Marquina.*
77 Poemas. — *Francisco Madariaga.*
78 A la orilla de los días. — *Eleazar León.*
79 Reverón. — *Levy Rossell.*
80 Hasta que llegue el día y huyan las sombras. —*Hanni Ossott.*
81 El otro salchicha. — *Armando José Sequera.*
82 La historia que no nos contaron. — *Carlos Pérez Ariza.*
83 El rumor de los espejos. — *David Alizo.*

84 Del antiguo labrador. — *Elizabeth Schön.*
85 Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir. — *Laura Antillano.*
86 Antología. — *José Barroeta.*
87 Habitación de olvido. — *Ramón Querales.*
88 Cuerpo. — *María Auxiliadora Alvarez.*
89 Las bisagras o Macedonio perdido entre los ángeles. — *Néstor Caballero.*
90 El vendedor. — *Mariela Romero.*
91 Oculta memoria del ángel. — *Orlando Chirinos.*
92 La andariega. — *Alicia Alamo Bartolomé.*
93 El último regalo. — *Edilio Peña.*
94 Vida en común. — *Manuel Cabesa.*
95 Una cáscara de cierto espesor. — *Juan Calzadilla.*
96 Correo del corazón. — *Yolanda Pantin.*
97 Teatro. — *Ugo Ulive.*
98 Viola D'amore. — *Márgara Russotto.*
99 El bosque de los elegidos. — *José Napoleón Oropeza.*
100 Mezclaje. — *César Chirinos.*
101 Amigos para siempre. — *Carlos Moros.*
102 Antología poética. — *Víctor Valera Mora.*
103 Soneto al aire libre. — *Miguel Márquez.*
104 Visión memorable. — *Miguel Gomes.*
105 Cerrícolas. — *Angel Gustavo Infante.*
106 Contracuerpo. — *Wilfredo Machado.*
107 Parálisis andante. — *Juan Antonio Calzadilla.*
108 Soy el animal que creo. — *Santos López.*
109 Origami. — *Octavio Armand.*
110 Guerrero llevado adentro. — *Mharía Vázquez.*
111 Más cercano al día. — *José Antonio Yepes Azparren.*
112 Mi novia Itala come flores. — *Miguel James.*
113 Soy el muchacho más hermoso de esta ciudad. — *Igor Barreto.*
114 Cementerio privado. — *Earle Herrera.*
115 La línea de la vida. — *Ednodio Quintero.*
116 Procesos estacionarios. — *José Luis Palacios.*
117 Rodríguez. — *Gregorio Bonmati.*
118 De marcianos, patriotas y liberadas. — *Néstor Caballero.*
119 La audiencia del obispo. — *Carlos Pérez Ariza.*
120 Almacén. — *Rafael Arraiz Lucca.*
121 La casa en llamas. — *Milagros Mata Gil.*

Este libro se terminó de imprimir en Caracas, Venezuela, en los Talleres de Anauco Ediciones, C. A., en el mes de diciembre de mil novecientos ochenta y ocho.

FOTO: ISIDRO NUÑEZ

Gregorio Bonmatí (Madrid, 1943), graduado en Derecho y Filosofía y Letras, reside en Caracas desde 1965. Ha sido asesor de Monte Avila Editores, Jefe de Redacción de la revista **Letras Nuevas,** fundador en la Universidad Simón Bolívar de la revista **Tiempo Real** así como de la **Editorial Equinoccio.** Profesor de Análisis de Texto en el Centro de Teatro de dicha universidad, estrenó una versión de **El Diario de Anna Frank,** realizada a través de un taller específico para su montaje. Es autor de un mediometraje de ficción titulado **Contraluz.** Actualmente, es Director de Publicaciones del Comité del Bicentenario del Dr. José Vargas y de la Fundación Rómulo Betancourt. Ha publicado el libro **Sensaciones** (diario poético) y tiene concluido un texto de ensayos, **Radiografía de la Tragedia,** y un **Relato, opus ocho,** del que hay fragmentaria constancia en publicaciones periódicas.

FONDO EDITORIAL FUNDARTE

FUNDARTE
95.

CUADERNOS DE DIFUSION Nº 117